AVENTURAS DE JUAN ESPARRAGUITO
O EL NIÑO CASI LEGUMBRE



AVENTURAS
DE
JUAN ESPARRAGUITO

DE ESTE LIBRO SE HAN TIRADO 1000 EJEMPLARES : 100 EN PAPEL DE HOLANDA, NUMERADOS DE 1 A 100, QUE CONTIENEN DOS PRUEBAS DE LOS GRABADOS FUERA DE TEXTO, UNA EN NEGRO Y OTRA EN COLOR, Y 900 EN VÉLIN LAFUMA, NUMERADOS DE 101 A 1000. ADEMÁS, SE HA TIRADO UN EJEMPLAR ÚNICO, EN JAPÓN IMPERIAL, QUE CONTIENE TODOS LOS ORIGINALES.

EJEMPLAR Nº 70

AGUSTÍN IVÁN EDWARDS

Y

SONIA EDWARDS

HAN HECHO IMPRIMIR ESTE EJEMPLAR

ESPECIALMENTE PARA

BIBLIOTECA NACIONAL. SANTIAGO

CUCHICHEOS DE UN ABUELO

AVENTURAS
DE
JUAN ESPARRAGUITO
O
EL NIÑO CASI LEGUMBRE

TEXTO DE AGUSTIN EDWARDS
ILUSTRACIONES DE A. GOMEZ PALACIOS

MCMXXX

A

CUCHITO Y SONIA

ESTOS CASCABELES SON CATORCE

Y SE LLAMAN :

NOTA — *Habiéndole puesto catorce cascabeles al gato de la portada, no se le ponen más, por ahora.*

CASCABEL No. 1

DE CÓMO APARECIÓ JUAN ESPARRAGUITO



RESCIENTOS treinta y tres años antes del año I, se había casado don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso con doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda. En tantos, tantos años, el Cielo no les había traído el niño por que suspiraban. Vivían siempre tristes y cabizbajos, pensando por qué la suerte los había maltratado de esta manera y echando de menos las risas y los gritos de un pequeñuelo.

Don Astroberto era como su apellido, largo, macizo, barbilampiño. Tenía, sin embargo, unas cejas fenomenales que parecían cerco de jardín, una nariz brotada como una coliflor madura y un lunar que toda la gente tomaba por la punta de un espárrago verde. Era cariñoso, bonachón, muy comedor y padecía de tanto, tanto sueño, que a veces dormía y dormía por meses enteros.

Doña Primorosa, su mujer, era panzuda, de buen reir, con una cara de zapallo encendido y una cabellera color maíz que le llegaba hasta los talones. La pobre tenía en todo el cuerpo y principalmente alrededor de las orejas y de la boca, unas vegetaciones raras que a veces parecían como musgo seco. Porque se brotaba sola, la llamaban Fecunda a más de Primorosa. Era menos dormilona que don Astroberto, porque cabeceando y cabeceando tenía que ocuparse de hacer la comida, de barrer, de encender

los velones de cebo en la noche y de apagarlos por la mañana con el mismo dedal con que cosía, o soplando como un fuelle hasta desde varios metros de distancia. En una ocasión don Astroberto tomó uno de estos soplidos por un huracán porque a él lo botó de la cama.

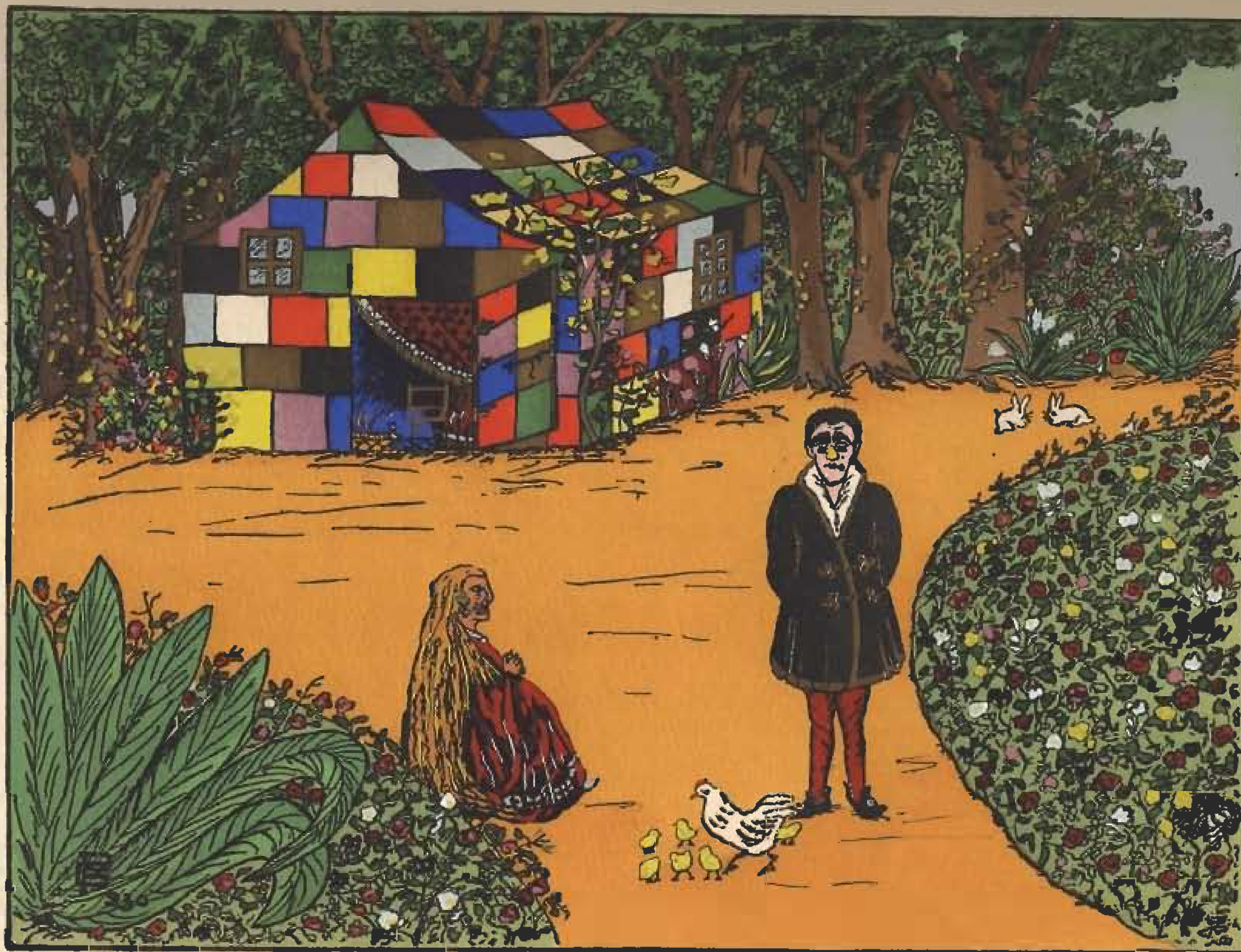
Vivían en una casa pequeñita en que apenas cabían los dos, construída con cubos de madera de todos colores : los había verdes, amarillos, rojos, azules, negros, blancos, morados y también dorados y plateados. A lo lejos, la casita, rodeada de un jardín enorme, se veía como un arco iris brillando al sol. Pero faltaba la verdadera alegría, mientras no llegase el niño con que soñaban don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso y doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda.

Todas las noches, al acostarse, doña Primorosa rezaba pidiéndole a Dios un niño. Don Astroberto, cuando despertaba, una vez cada varios meses, hacía lo mismo. Así es que por cada rezo de don Astroberto, doña Primorosa echaba un ciento.

Y así pasaron trescientos treinta y tres años, hasta el año I, que comenzó con un día precioso. El sol pegaba con mucha fuerza en la casita de los mil cubos de colores, y todas las flores que había en el jardín, las rosas, los claveles, los jazmines, las violetas, las calas, los lirios, las azucenas, los pensamientos, los capachitos, no se movían, bañándose en el calor de los rayos del sol, porque no soplaba ni siquiera una leve brisa.

Doña Primorosa, sentada en un zapallo grande que acababa de desenterrar de la hortaliza, y don Astroberto, volviendo de una higuera de la cual colgaban unas brevas que parecían melones por lo grandes y que tenían por fuera una cáscara color azabache y por dentro unas carnes muy ricas color grana encendida, conversaban de los eternos ruegos que le hacían al cielo.

— *Tengo para mí, Primorosa, que un día tan lindo como hoy*



Tengo para mí, Primorosa, que un día tan lindo
como hoy no lo ha hecho Dios para que suframos
un nuevo desengaño

no lo ha hecho Dios para que suframos un nuevo desengaño, y antes de caer la noche, creo que tendremos al fin el gusto grande y llegará el niño.

Y diciendo ésto, don Astroberto se rascó el lunar en forma de punta de espárrago verde, como si de allí fuera a salir algo.

Doña Primorosa, llena de esperanzas y de una sopa de pan con cebolla y ajo que se había comido poco antes, sonreía plácidamente pero no se atrevía a decir nada por miedo al desengaño.

— ¿Cómo le pondremos? — preguntó doña Primorosa.

Don Astroberto, con aire muy grave y frunciendo las colosales cejas hasta que se vieran como un matorral enmarañado, contestó :

— Primorosa, si ha de ser hombre, como espero, le pondremos nombre cristiano y no como el mío que no se sabe lo que es. En cuanto al apellido, si yo soy Esparragón, el niño tendrá que llamarse Esparraguito.

— ¿Cómo te suena, — dijo doña Primorosa, — que le pongamos Juan? Acuérdate lo lindo que era de chico San Juan Evangelista.

— Bien me parece, — contestó don Astroberto. — ¡Y qué bien suena Juan Esparraguito!

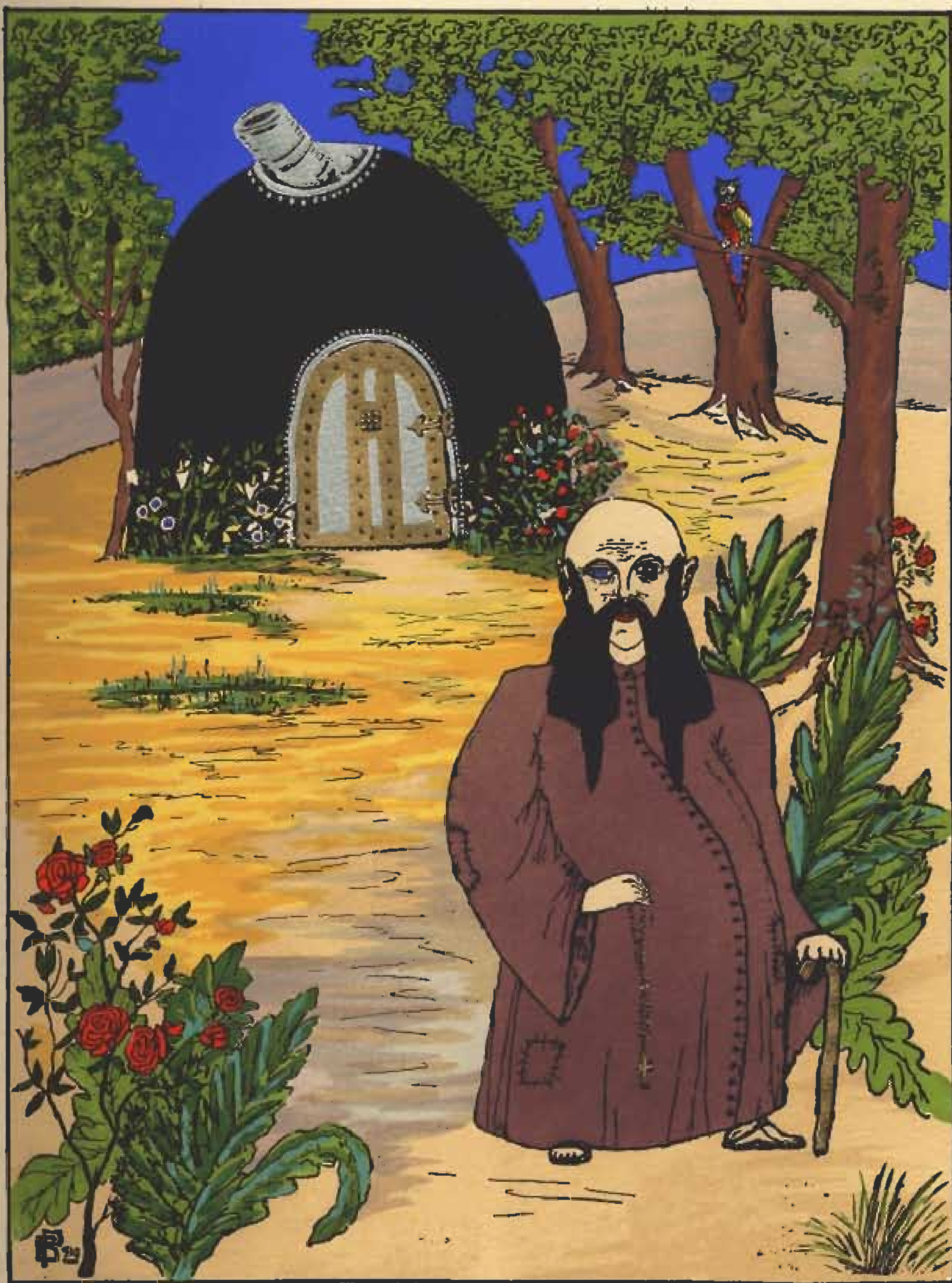
Con el calor del día, don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso, bostezó y comenzó a dormirse, roncando a ratos y riéndose de gusto a otros, y se cayó de bruces sobre unos matorrales. Tan fuertes eran los ronquidos, que una bandada de moscas y mosquitos se levantó del suelo, huyendo de aquellos estruendos como quien huye de un terremoto. La sopa de pan con ajos y cebollas que él también había comido le gorgoreaba entre ronquido y ronquido.

Doña Primorosa se fué a recoger verduras y después a la cocina para hacerle más comida. Cuando caía la noche, sintieron que alguien llegaba a la reja del jardín llamándolos por su nombre. Tenía que ser un amigo que los conocía bien. Asomó la cabeza

un individuo a quien llamaban Copucha, pero cuyo verdadero nombre nadie conocía. Era un ermitaño que vivía escondido en un bosque de los alrededores, en una casa redonda de barro, pintada de negro, con una sola puerta y ninguna ventana. Nadie había entrado nunca a esa casa, y unos decían que Copucha era un brujo del género panzón (cuando todos los otros brujos son flacos), y otros afirmaban que no había tal y que Copucha era un verdadero santo que hacía penitencia comiendo mucho sin apetito y pegándose con santa resignación unas indigestiones horribles a fin de redimir los pecados de gula de todos los demás hombres.

Copucha tenía patillas y bigotes fenomenales muy negros y nada de pelo en la cabeza; una barriga insolente de grande, piernas muy cortas y brazos muy largos. Para hacer méritos, solía comerse un buey entero después de haber almorzado suculentamente, y se lo tragaba con cuero, astas, patas y cuanto hay. En una ocasión, estaba ya tan lleno cuando se lo tragó, que la cola le quedó fuera de la boca, y como era negra, la gente dijo que las patillas le habían crecido por milagro, de repente. Varios calvos le pidieron la receta para hacer crecer el pelo de golpe y porrazo, y él no pudo explicar la verdad porque tenía la boca llena.

Ese día 1° del año I, no había hecho la penitencia ordinaria, porque el año I no comienza sino una sola vez y él quería darse vacaciones. No había, pues, comido nada, porque estaba de fiesta, y se sentía feliz como toda la gente que se ha librado de una tarea obligada. Se le conocía cuando estaba contento principalmente en que le temblaba ligeramente la barriga y se le movían las orejas espantando a las moscas. Don Astroberto y doña Primorosa lo querían mucho y lo creían santo de los que llaman mocarros, es decir quc les cuelgan cosas de las narices por no sonarse, como penitencia. Salieron a recibirlo y lo convidaron a sentarse con ellos en una mata de tunas que les servía de sofá. Estaban acos-



un hombre á quien llamaban Lopucha pero cuyo
verdadero nombre nadie conocia

tumbrados, y, lejos de molestarles, las espinas les hacían cosquillas y se ponían más contentos. Copucha traía una gran noticia. La noche antes, por la abertura de arriba de su casita, se le había aparecido un pájaro hablador y le había dicho que había llegado el momento de premiar la fidelidad de 333 años de don Astroberto y doña Primorosa. Si esa noche juntaba en una canasta las mejores legumbres del jardín de doña Primorosa y las dejaba a la puerta de su casa en el bosque y él hacía una penitencia feroz, aparecería el niño deseado. Copucha, aunque el pájaro no se lo había dicho, pensó que no era natural que él hiciera todo el trabajo y venía a decirles a don Astroberto y a doña Primorosa que sería bueno que por su parte hicieran algunas manifestaciones que facilitaran el acontecimiento.

A don Astroberto, al oir esa nueva, le corrían unas lágrimas espumosas como de cerveza negra. Doña Primorosa sonreía como en trance. Prometieron ponerse en oración hasta que llegase el niño esperado. Copucha se fué. Don Astroberto y doña Primorosa se recogieron a su casita, se hincaron juntos y empezaron unos rezos muy largos que no cabrían en 500 silabarios si fueran a imprimirse. Copucha se encerró en su vivienda del bosque; pero había tenido buen cuidado de llevarse las mejores legumbres de la hortaliza de doña Primorosa en un canasto que parecía tejido de oro (tan amarillos eran los coligües de que estaba hecho) y allí lo dejó en la puerta mientras caía la noche sobre los repollos, zanahorias, tomates, coliflores, espárragos, arvejas y papas, a cuál más grande. Al centro del canasto se abría un repollo que parecía esperar a que algún niño se sentase en él. Por lo menos el repollo en cuestión tenía un hueco sospechoso que parecía estar esperando algo.

Copucha pasó la noche comiendo las cosas más indigestas en señal de penitencia, y mientras se retorcía de dolores de estómago, sintió un batir de alas afuera y no se atrevió a asomarse por

temor de espantar a los pájaros sobrenaturales que seguramente revoloteaban por allí.

— « *¡Copucha! ¡Copucha!*
¡Para de comer y escucha!
¡Mira el cogollo!
¡Al centro del repollo! »

gritaba un pájaro, seguramente el mismo que antes se había asomado a contarle lo que iba a pasar. Cuando ya le pareció que el ruido de alas se había alejado mucho y apenas se sentía un rumoreo lejano, como el de una chicharra, que seguía gritando « ¡Copucha!... ¡Copucha!... », se asomó a la puerta, miró al canasto y vió una cosa chiquita que no supo si era que le había salido al repollo otro brote grande o si era un niño. Bien pronto salió de dudas, porque oyó una vocecita dulce, pero muy sonora, que decía « Papá » y « Mamá ». Era más diminuto que un pigmeo, tan flaquito que se le confundía con un espárrago de viña, con una carita como la corola de una cala amarilla, pelo verde, ojos de semilla de achira, nariz en forma de copihue blanco en miniatura, y piernas y brazos muy diminutos pero tan bien formados que a la vista se conocía que tenía músculos de fierro. A un lado de la boquita aparecía un lunar minúsculo de punta de espárrago como el de don Astroberto. Pero lo más curioso era que el chico en vez de ombligo tenía una argolla como de hueso, con una especie de tejido de canasto encima. En cada oreja llevaba un racimo chiquitito y tierno de las mismas vegetaciones de su Mamá, que le daban el aspecto de un niño coronado de helechos para una fiesta.

Fué tanto el gusto de Copucha, que sintió que la indigestión se le pasaba repentinamente, y pensando en la alegría aún mayor de sus amigos don Astroberto y doña Primorosa, corrió a través del bosque llevando el canasto en la cabeza. Al despuntar el alba,



"¡Copucha! ¡Copucha!
¡Para de comer y escucha!"

CASCABEL No. 2

LAS COSAS QUE DIJO DOÑA MIELOSA



UY pronto corrió por toda la comarca la noticia de la llegada de Juan Esparraguito y oyó contar el cuento una vieja incorregible, chismosa, a quien ya se le había incendiado la casa en que vivía, construída toda entera de espinas secas y hortigas, esa planta que nadie puede tocar sin que le salgan ronchas, por las muchas infamias que inventaba. La última vez había hecho explosión la casa con unas calumnias incendiarias que había levantado, y a un bombero se le pegó una hortiga en las asentaderas y a otro se le clavaron varias espinas debajo de los brazos porque entre los dos entraron a la casa en el momento en que hacía explosión a salvar a una niña de cinco años a quien la vieja martirizaba.

Doña Mielosa Lágrima de Suspirada se llamaba aquella vieja, viuda de nacimiento, porque sus padres antes que naciera la habían prometido en matrimonio a unos amigos que tenían un hijo llamado Hilario Cosquilla, pero a quien la gente llamaba « Carcajada » por lo mucho que se reía hasta sin asunto. Cuando Mielosa estuvo en estado de casarse y vió a su novio riéndose tanto, se largó a llorar sin consuelo y le vino un hipo armonioso y acompasado que le cortó el habla y la respiración. Cuando quiso llamar a su novio por su nombre e intentó decirle ¡Hilario! no pudo decir más que ¡Hip! ¡Hip! y el novio, después de tantos años

llegó a la casa de don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso y de doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda, y en puntillas, para que no lo sintieran, porque temía interrumpir los rezos de los pobres viejos que no se habían movido en toda la noche, lo dejó calladito, calladito detrás de ellos. Y no lo vieron ni sintieron. Copucha se fué frotándose las manos, con la barriga agitada como el mar en tempestad y las orejas azotándole contra el cráneo como ventiladores eléctricos.

Cuando don Astroberto y doña Primorosa repetían por la 3.333.333ª vez : « ¡Cuándo nos enviarás, Señor, el niño que esperamos! », oyeron una vocecita que decía dulcemente : « Papá... Mamá... » Les pareció la música más deliciosa que habían oído en su vida. Juan Esparraguito, el niño casi-legumbre, había llegado por fin. Sin la fidelidad de 333 años y sin la sabiduría y santidad alimenticia de Copucha que había intercedido por ellos, nunca habrían tenido tamaño gustazo.

en que se reía sin motivo, comenzó a expeler unas carcajadas perfectamente inteligentes y adecuadas a las circunstancias. Y mientras Mielosa comenzaba entre hipo e hipo a dar verdaderos berridos de llanto, Carcajada se retorcía riéndose como si le hubiese dado un ataque. Y a punta de risas de él y de hipos de ella se cortó el matrimonio. Mielosa quedó agriada y la gente no la llamaba viuda de nacimiento sino solterona.

Con ella vivía la niña que los bomberos habían salvado del último incendio. Serena Gota de Rocío se llamaba. Era rubia, preciosa, buena como un ángel, inteligente, estudiosa. Tocaba el piano primorosamente, a veces a cuatro manos y sola. En esos casos apurados usaba sus piececitos tan lindos como sus manitas y nadie, nadie se apercibía que no eran cuatro manos. Es que su madre era japonesa, y en el Japón, su tierra, le enseñan a los niños a servirse de los piés como de las manos. Tenía un oído tan fino que distinguía si una mosca zumbaba con voz de contralto o con voz de soprano, y como conocía todas las músicas, hasta la de los jilgueros, canarios, ruiseñores, cuckooes, ranas, gallos, cacatúas y zancudos, ninguna mosca podía desentonar sin que a Serena le diesen escalofríos. Y ese mismo sentido de la melodía que Dios le había dado, hacía que Serena aborreciese los desentonos de las mentiras, los chirridos aborrecibles de la calumnia, el rechinamiento destemplado de los chismes. Doña Mielosa, que adoraba todas esas desvergüenzas, la había recogido cuando su madre, que trabajaba en un circo, había muerto, y lo hizo de puro hipócrita, para que la gente repitiera como cosas buenas salidas de su casa las que Serena decía y como invenciones de la gente que la quería mal las maldades de ella misma. Y a Serena Gota de Rocío la martirizaba sin pegarle, con las infamias que echaba a correr. También había querido doña Mielosa que la gente creyese que era viuda de verdad y no de nacimiento y que Serena Gota de Rocío era hija suya. Pero a nadie engañaba, porque de tanta

maldad y espanto no podía haber salido tanta bondad y belleza.

A oídos de doña Mielosa llegó, como se ha dicho, la noticia del nacimiento de Juan Esparraguito. La incomodó mucho que don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso y doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda tuvieran un gusto tan grande y les llegara un hijo que todos reconocían como de ellos, cuando a ella nadie le quería creer. Y más rabiosa se puso todavía cuando Serena Gota de Rocío comenzó, de gusto, a tocar en el piano una canción alegre y tierna.

— Debías tocar el ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! en vez de esos aires empalagosos, — decía doña Mielosa respingando la nariz con una mueca de chimpancé con dolor de muelas. — ¿No sabes que Esparraguito no es hijo de Astroberto y Primorosa sino una creación diabólica de Copucha en connivencia con Satanás? ¡Fíjate que es medio verde como los grabados del Diablo!

— ¡Madrastra Mielosa! — suplicaba Serena, — no digas esas cosas tan feas y tan malas. Mira que Dios te puede castigar.

Y dicho y hecho, por decir tamaña desvergüenza le salió caspa en las cejas y una erupción en la lengua y se puso más fea y malvada que nunca.

Serena Gota de Rocío se puso un vestido precioso de encajes de oro salpicado de unos brillantes chiquitos, como su nombre. *Del cajón de una cómoda diminuta, sacó dos cisnes*



Del cajón de una cómada diminuta sacó dos cisnes de goma, de esos que se inflan



Y los cisnes de goma, movieron los ojitos, abrieron el pico, aletearon y corrieron por los espacios llevando a Serena sentadita en el canastillo

de goma, de esos que se inflan, un canastillo hecho de varillitas de plata que brillaba, dos espejos redondos con un marco de perlas y una varillita de oro. Doña Mielosa, echando sapos y culebras por la boca, se había tirado de cabeza a un baño lleno de barro mal oliente para refrescarse, porque así era ella y solo se le pasaba la rabia con las hediondeces, y no vió los preparativos que hacía Serena Gota de Rocío.

Al canastillo Serena le atravesó por debajo la varillita de oro y se la amarró con unos cordoncitos de seda púrpura. En los dos extremos de la varillita ajustó los espejos redondos con marcos de perlas. Fabricó así un carrito maravilloso, que brillaba al sol lo mismo que la belleza y la bondad de Serena. Enseguida comenzó

a soplar los cisnes y éstos a hincharse e hincharse hasta que quedaron de tamaño natural. Con los mismos cordoncitos de seda púrpura les hizo unos arneses llenos de borlas y trenzados y los ató al carrito maravilloso. Pero no volaban, porque eran de goma. Serena se hincó, juntó las manitas y con una sonrisa de querubín



Serena, en puntillas, se acercó á la cuna de pétalos de rosa en que Esparraguito dormía su primer sueño

rezó así : « Ángel de mi guarda, tú que todo lo puedes, dame este gusto ; déjame ir a ver a Esparraguito y haz que los cisnes vuelen conmigo en el espacio de un pensamiento hasta la casita de los cubos de mil colores. » Y el Ángel de la Guarda, que siempre, siempre le dá a los niños buenos lo que piden cuando, como en este caso, es algo bueno, sin que nadie lo viera tocó con la punta de una de sus alas de lamas de oro la cabecita de *los cisnes de goma y éstos movieron los ojitos, abrieron el pico, aletearon y*

corrieron por los espacios llevando a Serena sentadita en el canastillo. Y los jilgueros y canarios y ruiseñores gorjeaban de alegría con las músicas que Serena se sabia de memoria. En menos de un pensamiento llegó a la casita de los mil cubos de colores. En un prado de azucenas escondió el carrito mientras las mariposas revoloteaban en millares alrededor. *Serena, en puntillas, se acercó a la cuna de pétalos de rosa en que Esparraguito dormía su primer sueño.* Vió que tenía un lunarcito igual al de don Astroberto y unas vegetaciones idénticas a las de doña Primorosa, que su semblante era angelical a pesar de su tez amarillo subido y que sonreía como si escuchase músicas celestiales. Ni don Astroberto que dormía, ni doña Primorosa que cocinaba en la pieza de al lado, la vieron, y dándole un beso en la frente, dulce como un caramelo y suave como crema de almendras, salió Serena escapada, se subió a su carrito y voló de vuelta a la casa ingrata de las hortigas y espinas. Desinfló los cisnes, que quedaron como juguetes otra vez, desarmó el carrito, guardó cada cosa en su lugar y se puso a tocar en el piano a cuatro manos una canción burlona.

Doña Mielosa, sacudiendo la cabeza y haciendo saltar barro hediondo en todas direcciones, gritó destempladamente :

— Eso está mejor, Serena. Hay que burlarse de Astroberto y de Primorosa porque Copucha se ha reído de ellos haciéndoles creer que Esparraguito es su hijo.

Y Serena, que era la bondad misma y tocaba aquella canción para burlarse de los que creían la necedad que doña Mielosa había echado a correr, no quiso decirle lo que merecía y supo callarse en medio de tan desvergonzada provocación.

— Yo sé ahora — suspiraba Serena — que Esparraguito es la bendición que el cielo le ha enviado a don Astroberto y a doña Primorosa. ¿ De dónde habría sacado ese lunarcito si no fuese hijo de él, ni esas vegetaciones si no fuese hijo de ella, ni esa sonrisa angelical si no fuese un dón del cielo ?

CASCABEL No. 3

DOÑA PRIMOROSA Y PELLEJO PREPARAN TRAJES

ESTIR al niño era muy, muy importante. ¡ Sus carnecitas casi como tejidos vegetales eran tan delicadas! ¿Qué tela usar que no le irritara aquella piel finísima que podía marchitarse como los pétalos de una flor al menor roce de un género burdo? Don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso no entendía nada de éso. Era muy tierno de corazón pero muy tosco de manos y medio bruto. Sus intenciones no podían ser mejores, pero era capaz de dar un bofetón creyendo que hacía cariño. Doña Primorosa, a pesar de su exuberancia de carnes que le rebosaban por todas partes y de esas vegetaciones raras, era una artista con sus manos. Por éso le habían puesto Primorosa.

Apenas sacó a Esparraguito del canasto de legumbres, lo regó con un pulverizador. Temió que si lo bañaba se deshiciese. Esparraguito lloró un poco al principio, pero luego sintió como si le diesen nueva vida, y ya la segunda vez que lo roció su mamá revolvía los ojos y abría la boquita en señal de regocijo porque todavía no sabía hablar y no decía sino «Tatá» y «Mamá». Solo una vez se equivocó. Le dieron una mazamorra de alpiste descompuesto y de salitre artificial que le frunció la boquita, y decía «Totó» y «Momó». Pero al día siguiente doña Primorosa tuvo

buen cuidado de prepararle bien la mamadera con porotos granados y salitre natural y Esparraguito gritaba a pulmón lleno : « Papáaaaaa!... Mamáaaaaaa! »... Como era medio legumbre, se hacía indispensable aplicarle fertilizantes para que creciera.

Lo más urgente era prepararle la cuna. Después de una consulta con don Astroberto en que éste no atinaba a decir sino « hagámosla de material ligero », doña Primorosa resolvió improvisar un colchoncito de pétalos de rosas. Y cogió en el jardín las rosas más lindas que encontró, rojas, blancas, rosadas, moradas, amarillas. A cada una le arrancaba los pétalos más gordos, y las rosas, para demostrar su contento, no se secaban a pesar de éso. Al fin de cuentas eran para Juan Esparraguito que, como ellas, había llegado al mundo en esa misma casita de los mil cubos de colores. Con una hoja larga y angosta de una planta acuática, rodeó los pétalos de rosas, y ningún niño en el mundo ha tenido una cama más blanda y perfumada que Juan Esparraguito.

Pero así no podía quedar para siempre. Por el momento era verano y no hacía tanta falta que tuviese trajes; pero ¿y cuando viniese el frío? ¿Y cuando Esparraguito supiese caminar y quisiese salir? Aunque era medio legumbre, no estaba bien que anduviese desnudo. ¡Qué diría doña Mielosa, que ya lo tenía entre ojos, si tal sucediera!

A don Astroberto no se le ocurría ninguna idea práctica para vestir a Esparraguito. Propuso primero que lo entablillaran con un madero por delante y otro por detrás como las javas de legumbres que vendían en el mercado, y como doña Primorosa se indignara, se fué al otro extremo y dijo que podían envolverlo en unas hojas de parra.

— ¡Pero se secan, Astroberto! — gritaba doña Primorosa indignada.

Don Astroberto, agotado de pensar tanta tontera, se echó a dormir con la boca abierta debajo de la higuera, para que las

brevas maduras le fuesen cayendo en las tragaderas sin molestarse.

Doña Primorosa, como que era mamá, estaba horriblemente preocupada, y para tranquilizar los nervios se fué a dar una vuelta por el jardín. Allí estaba, como siempre, el viejo jardinero podando unas plantas, regando otras, arrancando malezas que a doña Primorosa le parecían tener la cara y los sentimientos de doña Mielosa por lo feas que eran y el daño que hacían.

Pellejo Espinosa, que así se llamaba el jardinero, estaba en la casa desde hacía más de 333 años. Era largo como un colihue gigante, lleno de espinillas hasta parecer casi una mata de quisco, nariz chata de forma y color de tomate maduro, barba como de trébol rosado y dientes de granos de maíz. Usaba gafas grandes montadas en varillas de mimbre y los ojos, que ya eran enormes, se le veían como faros de automóvil. Pellejo era sabio. Había leído y leído por cientos de años, y como era de natural amistoso, se encontraba con mucha gente en los pueblos a donde iba a vender las flores y legumbres de su jardín.

— Buenas tardes, doña Primorosa, — dijo Pellejo mirando a la buena señora de arriba abajo, porque su estatura no le permitía otra cosa. — ¿ Qué la trae por aquí a la hora en que Vd. está de ordinario preparándole la comida a don Astroberto?

— Pellejo — dijo doña Primorosa — sufro más con las preocupaciones de este momento que con el color de mi cara o las vegetaciones raras que tengo y que en esta época me brotan y producen comezones insoportables. Tú eres bueno y sabio, Pellejo, y aquí me tienes sin saber cómo vestir al niño. A Astroberto no se le ocurren sino burradas y en cuanto se trata de pensar me encuentro sola, sola, sola!

Y diciendo ésto le comenzó a salir de los ojos algo que a Pellejo le parecieron lágrimas.

Pellejo se rascó la cabeza con una sonrisa maliciosa, se acercó con aire de misterio y le sopló al oído muy en secreto :

— ¡Yo tuve un amigo chino!

Doña Primorosa creyó que Pellejo se había vuelto loco y llena de temores le dijo :

— ¿Qué te pasa, Pellejo? ¿Estás en la luna? No te estoy preguntando por tus amistades. Quiero que me digas cómo podemos hacerle trajes a Esparraguito.



Pellejo Espinosa, que así se llamaba el jardinero, estaba en la casa desde hacía más de 333 años

Y Pellejo, muy seguro de sí mismo y mirando a doña Primorosa más de alto abajo todavía, repitió más alto :

— Yo tuve un amigo chino. Pa-Vu-Re-Al se llamaba y sabía más que yo.

Algo debía saber Pellejo que le iba a decir, pensó doña Primorosa, y ya más tranquila, le dijo :

— Cuenta, cuenta, Pellejo, y no me tengas muerta de curiosidad. Mira que cuando estoy así la comezón de las vegetaciones se hace insoportable.

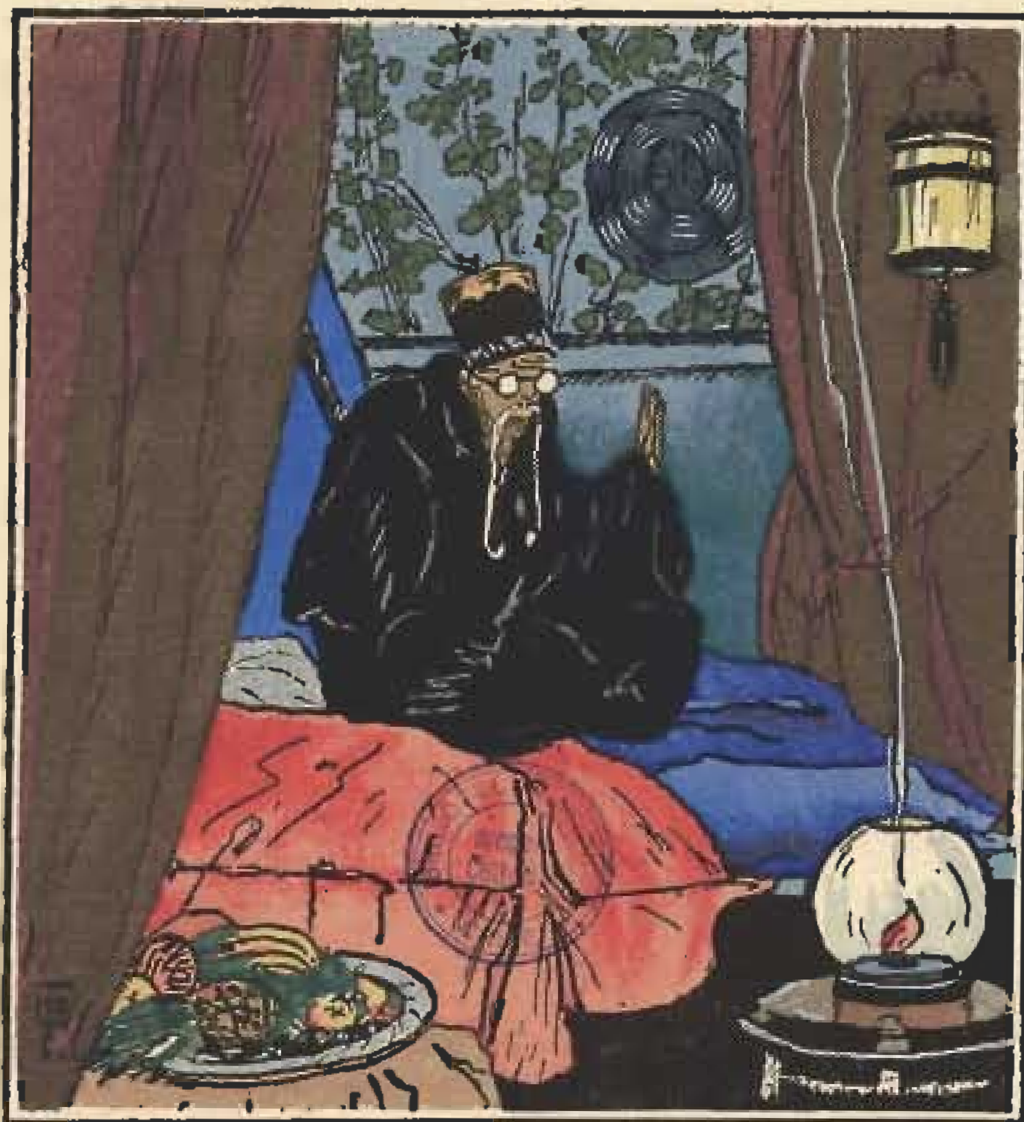
— La historia es larga, doña Primorosa. Siéntese en este rastrillo.

Y diciendo ésto, le puso la herramienta con los dientes clavados en el suelo, porque de otro modo doña Primorosa se habría ensartado en todas aquellas puntas.

Pellejo, con voz que parecía salir de un abismo de siglos y siglos, dijo de esta manera :

— *Pa-Vu-Re-Al, el amigo chino que tuve*, nació en su país más

viejo que todos los países miles de miles de años antes que nuestros tatarabuelos vieran la luz del día. Yo lo conocí cuando estaba ya muy viejo y tenía una trenza que le daba vueltas y vueltas alrededor del cuerpo desde el cuello, le cubría los brazos y las piernas y como todavía le sobraba, llevaba, como quien lleva un paletó al brazo, metros y metros de trenza con que se abrigaba el cuerpo cuando hacía frío. Él, por éso mismo, no necesitaba traje, y no tenía empacho en comunicarle a la gente con quien simpatizaba, como le ocurrió conmigo, un secreto que en su país habían guardado con gran sigilo. ¡Y ese secreto, doña Primorosa, nos va a salvar de apuros! ¡Pa-Vu-Re-Al me contó cómo se hacen telas y trajes de seda!



Pa-Vu-Re-Al, el amigo chino que tuve

— Nunca me habría imaginado, Pellejo, que supieras tanto, — interrumpió doña Primorosa. — ¡Cuenta, cuenta, cuenta!... — exclamó la pobre señora en el colmo del entusiasmo, rascándose de gusto la pantorrilla izquierda.

— ¡Muy bien! ¡Hem! — dijo Pellejo, con una ligera carraspera producida con toda diablura para acentuar su importancia, y continuó su cuento :

— Pa-Vu-Re-Al, — dijo, — era un poco borracho y tomaba un licor muy fuerte hecho de arroz fermentado que llamaba « Sa-ke » porque cada vez que empinaba la botella, a él le parecía que entre gorgorito y gorgorito decía « saque, saque más ». Fumaba también en una pipa de ámbar rojo cristalino una cosa que llamaba « opio », que expedía un olor muy fuerte y unos vapores muy gruesos y era, segun él, polvo de hojas de amapolas secas. Un día que había tomado más que de costumbre, entre chupada y chupada de su pipa me dijo :

— Pellejo miserable, ¿has oído hablar de la seda?

Como buen chino, trataba a los que no eran de su vieja raza y pertenecían a la clase de los sirvientes con un desprecio más aparente que real, y como yo sabía ésto, no me importaba que unas veces me llamase « miserable », otras « perro » y aún « gusano reumático ».

— No, Pa-Vu-Re-Al, nunca.

— Pues aprende algo, espinilla ambulante, dijo con aire burlón, y empezó a dormirse entre los vapores del opio, y a contar, con voz gangosa, este cuento :

« En mi tierra celestial, todos querían tener los trajes más
« lindos y vaporosos, porque el cutis de las chinitas es como de
« porcelana tostada por los rayos amarillos del sol de otoño.
« Y empezaron a mirar a las arañas, esos bichos de muchas,
« muchas patas, que hacen telarañas que parecen encajes.
« ¿Por qué, decían, no podemos hacer lo mismo que estos
« bichos brutos? Y se pusieron a pensar; y cuando los chinos
« se ponen a pensar es como si se subieran al cielo y de allí
« vieran todo, todo, todo!... »

y Pa-Vu-Re-Al, soltando las masas de trenzas que llevaba al brazo y arrojando la pipa al suelo, levantó los brazos y los movió como para abrazar al mundo.

— No creas que voy a parar de contarte, me dijo enseguida, y recogiendo la pipa continuó así, entre bocanada y bocanada :

« Unos chinos quisieron primero robarle la tela a las arañas y
« se hicieron unos trajes que parecían lindos pero se rompían
« por ser demasiado finos. Pero ésa fué la primera seda que
« apareció en el mundo y la
« primera idea de que se po-
« día recoger cositas de los
« insectos y tejerlas.

« Dos mil seiscientos cua-
« renta años antes del año I,
« *había en la China una Em-*
« *peratriz que se llamaba Si-*
« *Ling*, que podía haberse
« llamado No-Ling porque a
« todo decía que no, y se había
« casado con el Emperador
« Huang-Ti. No se confor-
« maba con que se perdiera
« la idea genial de aprovechar
« las secreciones de los insec-
« tos para hacer cosas lindas,
« y caminando por su jardín,
« vió que *en unas plantas de*
« *hojas grandes que se llama-*
« *ban moras se paseaban unos*
« *gusanitos chiquitos*, tan chiquititos como una haba tierna. Se
« puso a observarlos, y notó que estos gusanitos tenían cada seis
« meses otros gusanitos y que antes de tener los otros gusanitos
« comenzaban a sacar de un capullo que tenían una hebrita larga,
« larga, larga, que a veces llegaba hasta un kilómetro, dando
« vueltas la cabecita como un molinillo y que esta hebrita era
« como la telaraña de las arañas. « ¡Ésto es admirable! » se dijo
« la Emperatriz, y tocando la hebrita vió que era mucho más firme



había en la China una Emperatriz que se llamaba Si-Ling

« que la de las telarañas. « De ésto se puede hacer algo, » dijo, y
« entonces, como buena china, se puso a pensar, y ya te he dicho
« que cuando los chinos piensan es como si subiesen al Cielo. Y
« pensó por varios años seguidos, hasta que un buen día se le
« ocurrió inventar un telar con una carretilla y comenzó a tejer y
« tejer y tejer, hasta hacer un género que brillaba como un espejo
« y que al tacto era lo más suave y rico que se puede tocar, y Si-
« Ling se hizo un traje y el Emperador Huang-Ti se volvió loco
« de gusto y creyó que en la noche habían bajado ángeles del
« Cielo trayéndole la túnica que llevaba. Nunca se había visto en
« la China cosa semejante. Pero, al mismo tiempo, pensó que
« era una cosa muy maravillosa y que no convenía que gente
« que no fuera china su-
« piera de ello, para así
« dejarlos con la boca
« abierta de admiración
« cuando llegaran a la
« China y la vieran. Pero
« Huang-Ti no contaba
« con la maldad de los
« japoneses, una gente que
« vive en unas islas cerca
« de la China, y talvez por
« estar rodeados de agua
« salada tienen un poquito
« la apariencia de sardi-
« nas. Estos japoneses se
« robaron cuatro chinitas
« preciosas que la Empe-
« ratriz Si-Ling tenía tejiendo y tejiendo tela de seda y se las
« llevaron à sus islas y las obligaron a hacer lo mismo. Fué tan
« grande la alegría de los japoneses cuando vieron telas de seda,



en unas plantas de hojas grandes que se llamaban moras se parecían una gusanita chiquita

« que *resolvieron construir un templo de oro y lo llenaron de*
« banderas y colgajos de seda de todos colores y de grandes corti-
« najes con dragones bordados y una cantidad de letras raras en
« columnas cerradas. De allí corrió la noticia de esta nueva tela
« y llegó a un país muy rico y grande llamado la India. Nadie
« había visto por esos lados ni siquiera un pedacito del nuevo
« tejido, hasta que una princesa china, muy andariega y aventu-
« rera, se llevó para allá los huevitos de unos cuantos gusanitos
« de seda y unas plantitas de mora, y para que no la descu-
« briesen ni la persiguiesen, se escondió las dos cosas en el pei-
« nado, porque has de saber tú, Pellejo, que las chinas elegantes
« se construyen verdaderos monumentos de pelo en la cabeza
« y para que no se desarme duermen reclinando la cabeza en unos
« leños de madera que dejan libres los moños, trenzas, afeites y
« adornos con que están coronadas.

« Por aquellos siglos había un Emperador en un lugar que
« llamaban Roma; yo no puedo pronunciar bien el nombre, pero
« se llamaba algo así como Aureliano. Compraba y vendía muchas
« cosas en el Oriente mandando galeras, unos buques que hacía
« caminar con remos manejados por presos condenados a éso. En
« uno de los viajes trajeron seda, y cuando la vió el Emperador,
« dijo que valía su peso en oro; pero ni él usó seda ni permitió
« que la usara la Emperatriz tampoco, por temor a que no siguie-
« ran usando las cosas fabricadas en su tierra. Dos padrecitos per-
« sas llevaron noticia de la seda a otro lugar que me cuesta mucho
« pronunciar, pero me parece que era algo como Constantino-
« popopolopo. Habían vivido muchos años en la China y resol-
« vieron llevar esta curiosidad escondida en una caña. Adentro
« iban las plantitas de mora y los huevitos de gusanos. Muchos
« cientos de años después, otro individuo que me parece que se
« llamaba Hernán Cortés, español muy valiente que se había ido a
« conquistar a Méjico, llevó los mismos gusanitos y la misma mora

« para allá. Tengo — dijo Pa-Vu-Re-Al —, varias plantitas y
« unos gusanitos que te voy a regalar, pero cuídalos mucho,
« porque es cosa muy preciosa. Yo llevé de esas mismas plan-
« titas a un país que se llama de los Yankees y pagaron miles y
« miles de discos enormes de plata que ellos llaman « dollars »
« por unos brotecitos chiquititos. »

Y diciendo ésto, Pa-Vu-Re-Al me pasó unos gusanitos en unas cáscaras de nueces colosales, y unos paquetes de moras envueltos en unos pañuelos de seda de todos colores empapados en rocío para que no se secaran.

— Venga a ver, doña Primorosa, le voy a mostrar lo que son estas cositas que yo he tenido guardadas muy, muy secretas por serle fiel a Pa-Vu-Re-Al; pero ya que Esparraguito ha venido al mundo, es un gusto para un servidor tan, tan viejo, de más de trescientos treinta y tres años, emplear todo lo que sabe y todo lo que tiene para hacerle un traje.

Y le mostró los gusanitos color ceniciento, no más grandes que la naricita de Esparraguito, con unas alitas diminutas y tan débiles que no les servían sino de adorno y una especie de cachito en la cola.

— Fíjese, doña Primorosa, en estos gusanitos que me dió el chino. No tienen otros gusanitos sino cada seis meses. Pa-Vu-Re-Al me explicó que había otra clase que los tenían con más frecuencia, pero como pasaba con todas las cosas, la abundancia siempre significaba mala calidad y los gusanitos que se reproducían más ligero daban peor seda.

Doña Primorosa abrió cada ojo tamaño y vió que cada gusanito tenía adentro y a lo largo de su capullo como dos saquitos llenos de un fluído viscoso. Pellejo le mostró que al contacto con el aire ese fluído se ponía sólido y podía estirarse y estirarse y se evitaba que se encogiese picándolo con espinas de rosas a modo de alfileres para mantenerlo en la posición en que se le dejaba.

Otros gusanitos que Pellejo también tenía hacían lo que Pa-Vu-Re-Al le había contado y se ponían hasta por tres días seguidos a dar vueltas la cabecita como un molinillo sacando hilo, hilo, hilo por más de un kilómetro.

La cara color zapallo de doña Primorosa se puso color de vino tinto de la emoción y resolvió con Pellejo plantar y plantar moras y criar y criar gusanitos, y al cabo de seis meses, ya doña Primorosa pasaba más de la mitad del tiempo que antes empleaba en la cocina, sentada en la puerta de la casita de los cubos de mil colores, tejiendo y tejiendo trajes de seda rosada, amarilla, azul, celeste, morada, verde, para Esparraguito. ¡Y fué de ver cómo salió Esparraguito de elegante el día en que pudo dar sus primeros pasos!

CASCABEL No. 4

COPUCHA LE CUENTA COSAS

SPARRAGUITO empezaba a andar y a hablar. Sus piernecitas con músculos de hierro le permitieron muy pronto correr por todas partes, treparse a los árboles, saltar por encima de las acequias llenas de agua. En las mañanas despertaba tan contento que cantaba con una vocecita dulce, muy dulce :

Dáme, Señor, la alegría,
Dáme también la paciencia;
No me dés todavía
Ni penas ni dolencia.
Soy tan chiquitito
Y no estoy educado.
Espera, Señor, un poquito
A que esté preparado.
Ser muy bueno prometo,
Señor, porque te respeto,
Y querer a mi papá
Tanto como a mi mamá.

Copucha, músico malo y poeta peor, le había enseñado la canción y aguardaba que Esparraguito creciese y pudiese comprender más cosas para llevarlo a su ermita del bosque y enseñarle todo lo que había en los miles de miles de libros que allí guardaba en una sala subterránea.

Y un día Copucha, sin decirle nada ni a don Astroberto ni a

doña Primorosa, mientras aquel dormía la siesta y ésta recogía legumbres en la hortaliza, llegó hasta la reja del jardín y con voz misteriosa le dijo a Esparraguito :

— ¡Vén! Te voy a contar cosas.

Y salieron camino del bosque. Hacía frío. Esparraguito, a más de un traje muy grueso de seda café oscuro, llevaba una capa, también de seda, color azul de Francia con vueltas rosadas. Los árboles habían perdido las hojas porque era invierno y la naturaleza dormía como don Astroberto durante largos meses. Esparraguito y Copucha iban pisando sobre un verdadero colchón de hojas secas. Aquél, tan chiquitito y liviano, pasaba sobre ellas casi como una mosca; pero Copucha hacía un ruido espantoso, rompiéndolas en mil pedazos. Anduvieron y anduvieron por largo rato. No había caminos, porque Copucha tuvo buen cuidado de esconder su casa redonda en lo más espeso del bosque para que nadie, nadie pudiera llegar hasta allí sino llevado por él. Por fin llegaron. Esparraguito abría sus ojos de semilla de achira y miraba y miraba esa casa redonda que parecía una sopera dada vuelta, con una sola puerta y sin ventana. Pero Copucha había cortado todos los árboles alrededor, y por una abertura que la casa tenía en el techo asomaba un anteojo enorme que parecía la chimenea de un vapor, con el cual miraba las montañas, las estrellas y quién sabe si hasta lo que pasaba en el cielo!

— Esparraguito, dijo Copucha, antes de entrar haz la señal de la cruz y promete que nunca, nunca le vas a contar a nadie lo que vas a ver. Aprovecha las lecciones, pero promete que no le dirás a nadie que Copucha te las dió, ni dónde ni cómo guarda Copucha los tesoros escondidos que tiene aquí.

Esparraguito, muerto de curiosidad y loco por saber cosas, muchas cosas, que le permitieran recorrer el mundo, hizo la señal de la cruz y poniéndose un dedito en el lunar prometió por su papá que no diría nada, nada que Copucha no quisiera. Nunca se ha

sabido por qué Copucha exigió de Esparraguito esta promesa; pero se cree que Copucha era muy enemigo de la publicidad en materia de sabiduría, y creía que los verdaderos sabios no se andan recomendando solos. Además, como vivía tan solo y tenía tantas cosas valiosas, temía que lo asaltase gente mala si llegaba a conocerse el sitio en que vivía.



Esparraguito miraba atónito, con la boquita abierta, la inmensidad de cosas que Copucha tenía allí

Abrió la puerta Copucha con la uña chica de la mano izquierda que tenía cortada como una llave de seguridad, cosa en que Esparraguito no se había fijado. Y como el niño expresara sorpresa y abriese la boquita, Copucha se llevó un dedo a la boca y le dijo:

— ¡Chut! Acuérdate de la promesa. Nadie sabe que mi dedo meñique es llave. — Y entraron. *Esparraguito miraba atónito, con la boquita abierta, la inmensidad de cosas que Copucha tenía allí*. Eran millones de millones de objetos de todas clases: máquinas, automóviles, calderos, casitas, muñecas, perros, pelotas, frascos de todos colores, camas, mesas, sillas, roperos, baños, veladores, campanas, bombas, cañones, sables, fusiles, locomotoras, cajitas de música, teléfonos, aeroplanos, zeppelines, radios, gramófonos.

Pero todo, todo era pequeñito como si fuera para pigmeos no más grandes que el tamaño de un alfiler chiquirritísimo.

— ¿Y para quién son tantas cosas raras y para qué sirven? le preguntó Esparraguito a Copucha.

— ¡Ah! Esparraguito, contestó éste. Tú acabas de venir al mundo y estamos en el año I. En 1930 años más hasta los niñitos como tú van a mirar todo ésto como juguetes. Pero ahora yo, solo yo, he podido fabricar todo ésto y mostrarte lo que el mundo va a ser cuando tú tengas 1930 años. Y para que lo comprendas mejor, toma estos vidrios, póntelos sobre tus ojitos de achira y siéntate en ese sillón cerca de la puerta.

Y diciendo ésto, Copucha le pasó unos vidrios muy gruesos medio arqueados, amarrados con unas tiras como de cuero y se los ajustó a la carita. ¡Para qué decir cómo se veía Esparraguito con aquellas cosas! Parecía un mono sabio o un profesor pigmeo. Pero ¡qué maravillas las que vió! Todas las cosas crecieron y crecieron y se veían enormes : las máquinas parecían como si fueran una fábrica entera; los automóviles como si don Astroberto, doña Primorosa, Copucha y él pudiesen andar dentro con gran comodidad; las casitas, mucho más grandes que la de su papá y de Copucha puestas juntas; los perros, como verdaderos canes de San Bernardo, de ésos que viven en las montañas y salvan a los viajeros que pierden su camino; las pelotas, del tamaño del sol y de la luna; las camas, mesas, sillas, roperos, baños y veladores, como el mobiliario de un palacio encantado; las campanas, como las de la Iglesia que Esparraguito frecuentaba con sus padres; las bombas, como una que había llegado a la casa de doña Mielosa a apagar el incendio ocasionado por las mentiras, chismes y enredos de esa vieja malvada; los cañones, sables, fusiles, locomotoras, aeroplanos, teléfonos, zeppelines, radios, gramófonos, inmensos, colosales, por manera que Esparraguito, que no había oído nunca hablar siquiera de semejantes cosas, pensó que él sería hormiguita.

Y mientras Esparraguito miraba espantado, Copucha se puso

un traje muy raro de una especie de hilo azul. Primero se metió los pantalones y después una blusa.

— ¿Qué estás haciendo, Copucha? le dijo Esparraguito.

— Quiero mostrarte, niño, el traje del porvenir junto con las cosas del porvenir. Cuando tengas 1930 años, el mundo será todo máquinas, puras máquinas, y todos tendrán que conocerlas y aprender a manejarlas, sean príncipes, millonarios o pordioseros y miserables.

Y apretando un botón escondido en la pared, se encendieron miles de miles de luces y todo lo que era máquina empezó a moverse con un ruido infernal.

Esparraguito, cegado con tanta luz y ensordecido por el ruido, cerró los ojitos y con las manitos se tapó las orejas. Copucha no quería asustarlo sino enseñarle, y apretó otro botón y todo volvió a quedar oscuro y en silencio. Se fué al sillón y le sacó los vidrios a Esparraguito.

— Parece que estoy soñando, Copucha — dijo éste. Veo otra vez todo tan chiquitito como al principio.

— Así está, Esparraguito, — le contestó Copucha. Y ahora, en el año I, nadie lo puede ver grande sino con los vidrios míos. Cuando tengas 1930 años, tú y todos lo verán sin vidrios. Vén conmigo, te voy a mostrar otras cosas más maravillosas todavía.

Y diciendo ésto lo tomó de la mano y se dirigió al medio de la casita. Esparraguito, por mirar tanto objeto, no se había fijado que en el suelo había como una puerta. Copucha apretó un botón. Se abrió, se encendieron unas luces y se vió una escala. Le pareció a Esparraguito que la abertura era tan chica que Copucha no cabría; pero a pesar de su panza era ágil y estaba acostumbrado a encogerse de una manera especial para bajar por ahí, como lo hacía todos los días y, en ocasiones, varias veces al día.

Y bajaron a un cuarto diminuto, diminuto, lleno de unas tablitas que parecían como estantes de libros para pigmeos y en ellos

unas cositas cuadradas, chiquititas como una pastilla de chocolate. Había millones de millones de éstas.

— ¿Qué cosas son éstas? preguntó Esparraguito, que iba de asombro en asombro.

— Estas no son cosas, Esparraguito. Son libros, y en ellos está toda la sabiduría del mundo. Lo que acabas de ver más arriba no se podría hacer sin ellos. ¡Mira!

Y diciendo ésto untó el dedo en una tacita en que tenía una goma que no manchaba, lo puso en el lomo de uno de los libritos diminutos, y salió del estante pegado en el tercer dedo de la mano derecha. Frunció la boca como para silbar y sopló con tal puntería y delicadeza que las páginas de un papel finísimo iban dando vueltas una tras otra como si lo hiciese una mano invisible.

— ¿Ves, Esparraguito? dijo Copucha. Imposible sería que nadie volviese estas páginas con los dedos. Son demasiado toscos y grandes, especialmente los míos. Y yo he descubierto este sistema de tener en muy poco espacio mucha, mucha sabiduría. De otro modo no me cabrían los libros de todo el mundo en todas las lenguas como tengo aquí.

Y diciendo ésto le mostró página por página el librito que tenía en la mano.

— ¿Puedes leer, Esparraguito? le preguntó.

— Todavía no, Copucha, pero tú me vas a enseñar.

— Pues bien, — le dijo Copucha, — éste es precisamente el libro que necesitamos para éso. Es un abecedario y un silabario en todas las lenguas principales. Y van todas por su orden de interés para mí : el español, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el ruso, el japonés, el chino, el holandés, el sueco, el noruego, el dinamarqués, el húngaro, el turco, el flamenco, el árabe, el polaco, el hindú y las 230 lenguas que se hablan en la India, el volapuc y el esperanto.

Copucha se sentó en el suelo sobre un papel secante con Espa-



Copucha se sentó en el suelo sobre un papel secante
con Separraguito sobre sus rodillas

rraguito sobre sus rodillas, y empezó a leerle el silabario español. La inteligencia de Esparraguito era sorprendente. En media hora de estudio se sabía de memoria el abecedario y leía sin dificultad un cuento que a él le pareció medio tonto, impreso en la parte de abajo de la primera página en unos caracteres diminutos que parecían la cabeza de un alfiler. Y, cosa estraña, pasó a la página en inglés y muchas de las palabras las leía, las pronunciaba como estaban escritas y salían unos sonidos raros que Copucha no entendía.

— ¿No me entiendes, Copucha? decía Esparraguito que creía haber aprendido a leer correctamente.

— No, Esparraguito, no te entiendo porque este idioma se escribe de una manera y se pronuncia de otra.

— Qué tontería tan grande, Copucha. ¿A quién se le ocurrió esa payasada?

Copucha se sonrió con paternal benevolencia y le contestó :

— No es payasada, sino habilidad. La cosa tiene dos objetos : ante todo, que las gentes que no son inglesas no lo comprendan fácilmente y crean que es clave secreta, y enseguida, que los ingleses trabajen y trabajen y trabajen para entender su propio idioma, porque así se ejercita el poder de observación, que no es muy grande en las razas que no son imaginativas.

— ¿Y cómo se escribe Copucha en inglés? preguntó Esparraguito.

— ¡Winter Cherry! dijo Copucha.

— ¿Y se pronuncia « Copucha »? — dijo Esparraguito muerto de la risa.

— ¡Exactamente! dijo Copucha.

Esparraguito, que era muy, muy inteligente, pensó para sí : « Tendrá uno que ser inglés para no reirse al hacerlo ».

Dieron vuelta la hoja con un soplidito de Copucha y apareció la página en francés.

— ¿Y ésta, es fácil, Copucha? preguntó Esparraguito.

— Así creo yo, contestó Copucha, porque como sabes, Esparraguito, yo como mucho por penitencia y con una facilidad extraordinaria aprendí a recitar cientos de miles de « menus ».

Esparraguito, a pesar de lo inteligente, como era chiquitito, chiquitito, solía salir con unas inocentadas muy grandes, y dijo :

— Yo creo que yo podría decir « consommé ».

Copucha sopló, dió vuelta otra página y comenzó a hacer unos ruidos guturales que le raspaban la garganta y al final de cada período emitía un sonido más claro que llegaba a parecer palabra.

— ¿Qué te pasa, Copucha, estás enfermo? ¿Te puedo traer una gárgara? dijo Esparraguito afligido.

— No, Esparraguito; estoy leyendo en alemán y notarás que al final se distinguen mejor los sonidos. Es que en alemán no importa lo que viene antes, y solo al final sale la palabra que le dá al resto algún sentido. Sin ella sería pura mazamorra.

— Me gustaría aprenderlo, dijo Esparraguito. Debe ser muy divertido oir y oir sin saber por dónde va a salir la cosa...

— Con el tiempo te lo enseñaré, Esparraguito; pero no tienes todavía bastante firme la garganta ni bastante desarrollada la paciencia para esperar a veces por horas que resulte el sentido.

Y con otro soplido, pasó Copucha a la otra página.

— Ésto que parece música, — le dijo Copucha, — es italiano. No sé cómo explicártelo, pero es como latín sincopado, y en esa lengua se cantan melodías preciosas y se ha escrito un poema que parece compuesto por Dios mismo.

— ¿Y no hay cosas parecidas en otras lenguas, Copucha? preguntó Esparraguito.

— Sí, las hay en todas, porque el genio, Esparraguito, no reconoce patria ni se aprisiona en un idioma. Corre por el mundo como una chispa invisible que levanta de repente un fuego abrasador o en las nieblas de Inglaterra con Shakespeare, o en las



Un fluido mistērioso de grandeza y de júbilo
los envolvía á él y á Copucha que parecía
transfigurado

campiñas risueñas de Francia con Voltaire, o en los valles luminosos de Italia con Dante, o en las llanuras áridas y asoleadas de Castilla con Cervantes, el más grande de todos los genios.

Esparraguito estaba atónito. Sentado en las rodillas de Copucha, oía y oía cómo éste se ponía casi elocuente y le hacía ver mundos que él no sospechaba.

— Cuenta, cuenta más, Copucha. Tienes que saber más, — suplicaba Esparraguito.

— Sí, — dijo Copucha, — sé más, mucho más, y en estos estantitos están todos, todos los libros más lindos que han escrito los hombres; pero tengo más abajo un tesoro mucho más grande que todos estos libros juntos.

Y diciendo ésto, Copucha se levantó, apretó otro botón y se abrió en el piso otra puerta. Había otra escala más grande, de un material blanquísimo que parecía alabastro, cuajado de piedras preciosas, y abajo se veía como un santuario todo de oro, engastado con brillantes. Tanta luz y resplandor casi cegó a Esparraguito; pero se sentía arrastrado hacia abajo, y *un fluido misterioso de grandeza y de júbilo los envolvía a él y a Copucha, que parecía transfigurado.* Su figura grosera, casi grotesca, se veía con aquellas luces fina, pálida, vaporosa. Había armonía de proporciones en su cuerpo, dulzura espiritual y mística en su semblante y su voz le parecía a Esparraguito como los acordes del órgano de la Iglesia a que lo habían llevado a hacer su primera comunión. Y Esparraguito mismo se sentía como en el aire, muy cerca, muy cerca del cielo, rodeado de ángeles que batían sus alas para mantenerlo en suspenso. Un perfume como el de la Iglesia emanaba de allí adentro y le daba a Esparraguito ganas de hincarse y de rezar.

Copucha, serio, muy serio, porque la sonrisa que se dibujaba en su semblante era de bondad y de dulzura y no de broma, le dijo a Esparraguito apenas se encontraron abajo en el santuario :

— Póstrate, Esparraguito, ante lo más grande que hay en el

mundo. Éste es el tabernáculo que encierra ese largo rollo de lámina de oro que va dando vuelta y vuelta alrededor de este espacio en que nos encontramos. Por los siglos de los siglos se puede desenrollar y no se concluye de leer ni de aprender. En él están inscritos en todas las lenguas y en todos los tiempos los mandamientos de la ley de Dios. Y unos hombres los veneran en una religión y otros en otra, unos en un idioma y otros en otro; pero son siempre los mismos, porque se fundan en las mismas enseñanzas morales. Has de creer en Dios, has de honrar a tu padre y a tu madre, no has de robar ni de matar, no has de mentir, y así en todo. Pero, Esparraguito, nadie había llegado a engastar esas mismas piedras preciosas que son el tesoro de la humanidad en un metal más puro que Cristo, y por éso yo guardo sus mandamientos en este rollo de oro.

Sin ésto, todos los libros que acabas de ver más arriba no se habrían escrito, porque los hombres no habrían tenido paz ni tiempo para levantar su espíritu por encima de la lucha salvaje de las bestias, y sin los libros no habrían podido inventarse las maravillas mecánicas que viste más arriba todavía. Por éso este tabernáculo está en la base de mi casita, los libros encima y las máquinas en la superficie. Es el cimiento.

Y basta por hoy, Esparraguito; no quiero cansarte. Ya te he dado más de lo que a tu edad puedes entender.

Y diciendo ésto, Copucha, con Esparraguito en brazos, salió de allí lleno de unción. Esparraguito iba con las manitos juntas como rezando y con los ojitos de achira clavados hacia arriba. Los libros le parecieron más diminutos que nunca, las máquinas y muebles aún más pequeños, y solo le pareció grande, muy grande, la abertura del techo de la casa de Copucha por la cual se veía el cielo.

CASCABEL No. 5

EN EL JARDÍN CON SERENA GOTA DE ROCÍO


ABÍAN pasado varios años. Esparraguito continuaba yendo a ver a Copucha casi todos los días. Había aprendido mucho : idiomas, matemáticas, religión, ciencias naturales, literatura; pero ¡cosa extraña! Copucha no había querido enseñarle libros sobre arte, ni sobre flores, ni sobre animales, y cuando Esparraguito se los reclamaba, movía la cabeza de un lado a otro, se ponía muy grave y le decía con una voz que no le dejaba ninguna esperanza :

— ¡No! ¡no! Esparraguito, el arte no se aprende en libros. Hay que sentirlo. Está en el amor, en la naturaleza, en el temperamento de los hombres, en la poesía que tiene la vida y que unos más sensibles ven y otros menos imaginativos no penetran nunca. No se puede tocar aquí o allá, pero se siente y no sé hasta qué punto tú, pobre criatura, que eres medio legumbre, pudieras sentirlo.

Y Esparraguito quiso como echarse a llorar. Copucha, que lo adoraba, se enterneció y le dijo :

— ¿Te gusta, Esparraguito, andar en el jardín y mirar las flores; te hace impresión cuando ves una montaña grande coronada de nieve; te enterneces cuando miras a tu madre; quieres a algunos de los niños con que te has encontrado en la Iglesia o cuando has ido a comprar juguetes; te alegra el canto de los

pajaritos por la mañana y te entristece el gorgoreo de las ranas al caer el sol; te sientes refrescado cuando cae la lluvia y lleno de vida cuando el sol te baña; te dan ganas de llorar cuando ves a un pobre que pide limosna y un gusto grande cuando alguien le tiende la mano y le hace una caridad?

Y Esparraguito, haciendo pucheros todavía y sin poder hablar, dijo entre sollozos :

— Copucha, Copuchita, sí, sí, sí; pero no sé por qué.

— No importa, Esparraguito. Basta que lo sientas. Yo te diré por qué. ¡Es que, a pesar de ser casi legumbre, tienes alma! Ninguna cosa viva deja de tenerla : los hombres, los animales, los insectos y acaso las flores, las plantas y los árboles. Y ahora, anda, corre, juega, salta en medio de las flores, busca a los niños que te gusten más, oye todos los ruidos misteriosos de la naturaleza, el canto de los pajaritos, el graznido de los aguiluchos, el mugido de las vacas, el balar de las ovejas, el relincho de los caballos, el rebuzno de los pobres asnos, el chasquido de las cascadas, el silbar del viento, el golpeteo de la lluvia, la reventazón del trueno, el murmullo del mar; mira el titilar de las estrellas, el galopar de las nubes cuando sopla el viento, los tintes turquesa del amanecer, las irradiaciones amatista del crepúsculo, el rojo de las rosas y claveles, el azul del resedá, el verde de los helechos, el blanco de los jazmines, el rosado de las hortensias, el morado de las violetas, el amarillo del retamo, el negro de ciertos lirios; aspira los perfumes salinos de las playas, los igualmente estimulantes del pasto recién cortado, los embriagadores de los naranjos en flor y, por fin, Esparraguito, ama, ama mucho a tus padres, búscate una compañera de tu edad que te quiera a tí tanto, tanto, que te haga sentirte envuelto en los ruidos misteriosos de la naturaleza, en las formas y colores de todas las cosas bellas del mundo, en los perfumes de todo lo que llega hasta nosotros en bocanadas de paraíso.

Esparraguito oía a Copucha convertido casi en poeta, como si estuviera soñando con cosas muy lindas, y luego sintió que por todo el cuerpecito le corría como una cosquilla misteriosa que lo empujaba a jugar, correr, saltar y bailar. Y, levantándose de las rodillas de Copucha que lo tenía en la falda, allá, en un tronco de árbol que le servía de banco a la entrada de su casita del bosque, corrió solito de vuelta a la suya, y en un suspiro llegó allá, casi sin resuello. Esa sensación que tenía de curiosidad loca por todo, de ansiedad alegre por brincar hasta el techo, ¿sería que Copucha, sin sospecharlo, le había revelado el secreto de lo que se llama arte, que, como el mismo Copucha le había dicho, no era sino la poesía de la vida? Esparraguito era todavía demasiado pequeño para comprender sus propios sentimientos. Pero sentía, sentía mucho.

Serena Gota de Rocío, aquella niña angelical que vivía con doña Mielosa Lágrima de Suspirada, lo veía con alguna frecuencia. Se habían hecho muy, muy amigos, y a hurtadillas Esparraguito la había llevado varias veces a oir a Copucha. Pero Serena no se interesaba mucho por los libritos ni por las máquinas y objetos que tenía éste en la parte de arriba de su casita, y mientras Esparraguito oía las lecciones de Copucha, ella prefería quedarse rezando o tocando el órgano en el santuario de más abajo, y decía que muchas veces, coros de ángeles habían venido a cantarle las melodías más preciosas porque sabían lo mucho que le gustaba la música. Y siempre, siempre, Serena Gota de Rocío rezaba por doña Mielosa y le suplicaba al cielo que le quitase la manía de contar chismes y meter enredos. ¡Tantas veces que ella quedaba temblando que la casa se quemase otra vez!

Esa tarde que Esparraguito volvía sintiéndose medio artista, sin saberlo, Serena venía llegando a verlo. Doña Mielosa se había quedado dormida de desesperación, porque gracias a los ruegos de Serena hacía mucho tiempo que no había podido meter un

enredo, y la niña aprovechaba para venir a jugar con su amiguito en el jardín. Don Astroberto también dormía debajo de la higuera. Le había quedado gustando el lugar desde la última vez en que le habían caído, sin ningún trabajo, mil brevas maduras en la boca, entre ronquido y ronquido. Pero como el pobre era medio bruto, aunque muy bueno, no se había fijado que estaban todas verdes, porque no era estación de brevas, y por estar con la boca abierta, esperándolas, se le entraban bandadas de moscas que lo hacían estornudar. Esparraguito miró aquello y corrió a taparle la cara con un enorme brote de pangue, planta que da hojas del tamaño de una sábana. A Esparraguito le pareció que las moscas se consultaban entre sí, porque se juntaron « como moscas » en una mancha de sol en el suelo, y venía tan lleno de ilusiones y fantasías de casa de Copucha, que creyó oir a un moscardón que le decía a los demás : « ¡Qué lastima que nos hayan tapado el baño de lluvia tibia que todos nos estábamos dando por turno en la boca de don Astroberto! » Doña Primorosa estaba muy preocupada con unas cuncunas que le habían comido las hojas de sus mejores lechugas y quería exterminarlas con veneno ; pero Pellejo, mucho más inteligente, le aconsejó que mandara buscar a doña Mielosa y consiguiese con ella que soplase aunque fuera un poquito sobre cada mata : con éso las cuncunas morirían todas, y como a doña Mielosa le gustaba tanto lo que hacía daño y era espinudo, se encargaría además de recogerlas y llevárselas a su casa como quien lleva ramos de flores.

— ¡Qué diablo es Pellejo! exclamó doña Primorosa. Y dirigiéndose a Serena Gota de Rocío que en ese momento trataba de oler una orquídea y estaba muy extrañada de que una flor tan linda no tuviese olor, le gritó :

— ¿En qué está Mielosa, Serena? ¡Quiero mandarla llamar para que me venga a soplar las cuncunas!

Serena, que no sabía de la rabia reconcentrada de doña Pri-

morosa ante sus lechugas convertidas en queso suizo con los tarascones de las cuncunas, le dijo con mucha dulzura :

— ¡No haga tal! Está con el aliento que parece gas asfixiante. Se las va a matar todas, doña Primorosa.

— ¡Rico! — exclamó esta última, riéndose como una hiena después de haberse comido un camello muerto.

Serena no deseaba que fuesen a buscar a doña Mielosa inmediatamente. Quería jugar un poco con Esparraguito y se moría de susto por lo que doña Mielosa podía hacerle si la encontraba allí. ¿Y si se le antojaba soplar sobre ella en vez de las cuncunas? ¡Era la muerte segura! Pero a la pobre Serena no se le ocurría qué decir para evitarlo. Esparraguito acudió en su auxilio y con su vocecita dulce en la cual ya había cierta tonalidad que revelaba aplomo al hablar, le dijo a doña Primorosa :

— Espérese hasta la noche, Mamá, porque con la puesta del sol se juntan todas las cuncunas, y doña Mielosa acabará con ellas de un soplido en vez de infestar todo el jardín. ¡Capaz que nos asfixiemos todos! Además, en la noche, el aliento se le pone a doña Mielosa hasta incandescente y con un solo soplido matará a las cuncunas y quemará todas las malezas que a ella le gustan tanto calcinadas para hacerse ensalada con hiel y sal de Carlsbad y bencina!

Doña Primorosa se tranquilizó y no notó que por su cabellera color maíz que le llegaba hasta los talones venía subiendo un verdadero regimiento de cuncunas, comiéndole hebra por hebra hasta que, en un suspiro, la dejaron con melena tan corta y a la moda, que era de asegurar que esas cuncunas habían aprendido el oficio de peluqueros en alguna de las mejores peluquerías de París. Una cuncuna chica que tenía dolor de garganta se atoró con una de las hebras de pelo un poquito más gruesa que las otras.

Pero lo importante es que Serena se había librado del peligro y que Esparraguito podía jugar con ella toda la tarde hasta que se entrara el sol.

— ¡Qué lindo es tu jardín, Esparraguito! le dijo Serena, ¡y cómo me gusta venir aquí a correr y mirar, y hablar contigo! Y diciendo ésto, le dió un beso a Esparraguito, y éste sintió que Serena Gota de Rocío le daba mucha vida y alegría y que sus tejidos casi leguminosos se refrescaban.

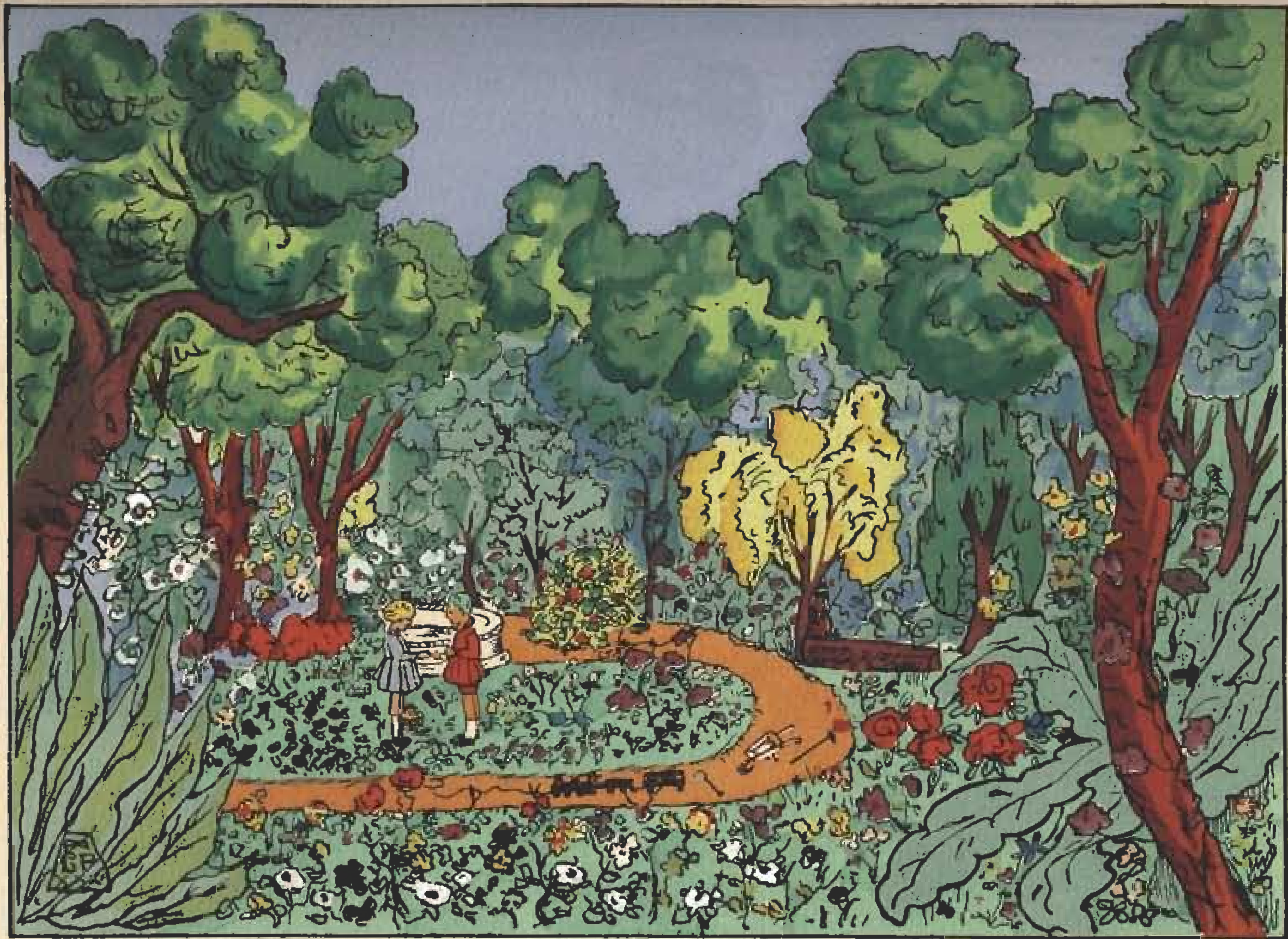
— *¡Qué linda y qué buena eres, Serena! dijo Esparraguito, entre alegre y turbado.*

— Juguemos a las escondidas, agregó.

A Serena le pareció bien, y para no perder tiempo Esparraguito se tapó la carita con las dos manos y le gritó a Serena :

— ¡Escóndete!

Serena corrió a través de unos rosales cargados de flores, saltando, riéndose hasta quedar con la respiración cortada y los cachetes rojos como unos botones escarlata que recién abrían sus pétalos. La tarde caía ya. Atravesó Serena la hortaliza cuajada de legumbres. Un zapallo, que Pellejo había partido porque temía que estuviese pasmado y echase a perder los otros, mostraba su faz redonda y rubicunda, y a Serena se le antojó que estaba remedando grotescamente al sol que en esos instantes se precipitaba detrás de los árboles grandes en un cielo que no mostraba ni siquiera un modesto pañal blanco de nubes. Y al zapallo, pasmado y todo, le salían de adentro unas madejas de pelo rubio sedoso y unos pepones de oro desleído, como para mostrar que hasta los frutos descarrilados llevan el sello de la fecundidad que Dios quiso darle a la naturaleza. Unas babosas lamían la cáscara tersa y amarillenta del zapallo e iban dejando depositada una sustancia viscosa y brillante que a Serena se le antojó que era como plata blanda por lo que brillaba al sol. Serena no se había detenido para esconderse allí, porque no había dónde, sino admirada de ver cómo cosas tan miserables como un zapallo casi podrido y unas babosas tan inmundas podían adquirir tanta belleza de colores. Y pensó si el sol sería un artista, como decía Copucha, de ésos que ven la



—¡Qué linda y qué buena eres, Serena! —dijo Esparraguito, entre alegre y turbado.

poesía de la vida! La imaginación es rápida siempre y en los niños un relámpago que revienta en distintas direcciones. Todo aquello lo pensó, lo vió y lo olvidó Serena en un suspiro, y en menos de un segundo emprendió de nuevo la carrera, atravesó una quebradita sombreada por unos árboles que llevaban en sus ramas unas cuentecitas como de coral encendido y sin detenerse, fué recogiendo aquellas de las cuentecitas que un viento cruel de las primeras horas de la tarde había arrancado y desparramado. Y eran tan lindas y expedían un perfume tan extraño, que Serena, como siempre hacen los niños, se echó unas cuantas a la boca. El sabor era acre y Serena las soltó con un gesto feo. Y luego le entró un miedo espantoso. ¿Se habría envenenado? Y corrió hacia el fondo del jardín donde estaba Pellejo arreglando unas enredaderas de pasionarias, esa flor de pétalos grandes y morados que llaman así porque del centro salen unos brotecillos tiernos, en cada uno de los cuales parece que la naturaleza hubiese querido remedar las herramientas con que crucificaron a Jesucristo.



—No, Serena. No te aflijas,— dijo Pellejo

— ¡Pellejo! ¡Pellejito! gritó Serena, ¡mira! ¿Será veneno?

Pellejo, con su cara de tal, encorvó su cuerpo de colihue para mirar de cerca las cuentecillas rojas que Serena le mostraba en la palma de la mano, y se sonrió maliciosamente.

— *No, Serena. No te aflijas.* Ésto es lo que llaman peumo, y para apreciarlo hay que tenerlo en la boca mucho, mucho rato, hasta que se cuece bien con el calor de la lengua. Y entonces es

muy, muy bueno. Pero no ha sido hecho ni para las mujeres ni para los niños, ni aún para muchos hombres grandes, porque son bien pocos los que pueden cocer peumos en la boca. ¡La abren mucho antes de que estén cocidos, la mayor parte de las veces para decir lo que mejor hubieran callado! ¡Copucha sabe!

Serena sonrió de puro angelical que era, pero no había entendido sino lo último, « ¡Copucha sabe! » y lo primero : se llamaba peumo y no era veneno.

Y saltando a otra idea que, por lo dèmás, era la principal, le preguntó a Pellejo dónde podía esconderse para que Esparraguito no la pudiese encontrar.

— Allá, en ese bosquecillo que queda al pié del cerro, — dijo Pellejo, y le mostró una mancha verde-oscuro que con la luz de la tarde se veía entre gris y negro, al pié de un pequeño promontorio cubierto de unas como cuncunas largas, espinudas, que salían de la tierra como racimos disparados en todas direcciones.

Corrió Serena allá, penetró en la mancha verde-oscuro y desapareció.

— ¡Cucoo! — gritó Serena — ¡Cucoo!..... ¡Cucoo!.....

El eco de su vocecita llegó hasta Esparraguito que, fiel a las lecciones de Copucha, que le había enseñado que hasta para jugar a las escondidas había que ser serio y honrado, seguía en la misma postura en que lo había dejado Serena, inmóvil y con las manitos tapándose sus ojitos de semilla de achira. Como sacudido por una corriente de ésas que sienten los niños novedosos y ringletes cuando se meten a jugar indebidamente con las campanillas eléctricas, Esparraguito saltó y corrió en la dirección que le parecía a él la de la voz. Y llegó al rosal, y tropezó con el zapallo pasmado, y atravesó la quebrada de los árboles de las cuentecillas de coral, y se detuvo.

— ¡Serena! — gritó. ¡Serena! ¿dónde estás?

— ¡Cucoo!... ¡Cucoo!... — volvió a oir Esparraguito; pero ya más débil, mucho más débil.

Y salió escapado en la dirección de la voz.

— ¡Que te quemas! ¡que te quemas! — oyó Esparraguito decir como en un suspiro. ¿Era voz o era solo una brisa armónica que producía esos sonidos al besar las hojas y estremecerlas?

Esparraguito tuvo miedo. ¿Le habría pasado algo a Serena? Pero, si era así, a él, hombre a pesar de ser casi legumbre, le cabía la obligación de socorrerla.

— ¡Serena! ¡Serena! ¡Serena Gota de Rocío! — exclamó Esparraguito, con la voz entrecortada por la carrera y un sollozo de angustia.

El sol se había entrado enteramente. La oscuridad que comenzaba a teñirlo todo de timtes extraños cometía, además, la maldad de agrandar y agrandar las cosas. Y el bosquecillo verde a los piés del cerro, se veía como un mar negro y profundo, y los quiscos de más arriba como unos brazos de gigantes malignos que en vez de vello tenían espinas, y el ruido del agua de la quebrada como si miles de demonios estuviesen arrastrando piedras. Esparraguito estaba aterrado, pero quería tanto, tanto a Serena, que no la iba a dejar sola en ese bosque negro cuando era a él a quién se le había ocurrido ese juego de las escondidas!

Y haciéndose el valiente entró al bosque y buscó y buscó gritando: — ¡Serena!... ¡Serena!... ¡Serena Gota de Rocío!... ¿Dónde estás? Tu Esparraguito te busca.

En ese momento la brisa agitó unas hojas grandes, inmensas, que crecían a la orilla de un arroyo. El sol se había entrado; pero la luna, tan buena siempre, tan risueña, tranquila y suave, asomó su cara plateada y luminosa y Esparraguito, sin saber si era el ruido de las hojas o la vocecita, muy débil, de Serena, oyó que decían:

— ¡Aquí estoy!

La luz de la luna dàba de lleno sobre una de aquellas hojas grandes que parecían como de terciopelo, y por una de las infinitas vértebras vegetales que sostenían su tejido leguminoso, corría

y brillaba una gota de rocío como un diamante cristalino. Esparraguito se acercó y le pareció que reflejaba los ojitos, la boquita, las mejillas de Serena. ¡Y qué linda era! ¡Y qué pura!

— ¡Me escondí de veras, Esparraguito! — le pareció a éste que la brisa y las hojas le decían. No te aflijas. ¡Vine del cielo y he vuelto allá y en éso me lo llevo! Pronto, muy pronto, me verás otra vez.



Ahogando un sollozo salió del bosque. guiado por la luz de la luna.

Esparraguito ya no tenía miedo, pero sí pena, mucha pena. *Ahogando un sollozo salió del bosque, guiado por la luz de la luna.* Y de pronto se acordó que su padrino — así llamaba él a Copucha desde hacía tiempo — le había dicho, mostrándole los rayos de la luna, que su luz era « serena ». Y la miró de lleno con sus ojitos de achira y le pareció, por lo diáfana, por lo linda, por lo pura, que era Serena su amiguita, con la carita más redonda, que le sonreía allá en lo alto, en el silencio plácido de la noche, y que las estrellas mismas se habían apagado para que cosa alguna le quitara una partecita siquiera de la luz que sobre él, pobre niño casi legumbre, estaba derramando.

Y llegó a la casita de los cubos de los mil colores y se quedó profundamente dormido.

CASCABEL No. 6

VUELO INESPERADO



UBLADO y feo amaneció el día siguiente. Parecía que todo estaba triste y desierto. Las hojas de los árboles destilaban el agua que había caído sobre ellas durante la noche, y a Esparraguito le pareció que aquel llanto del cielo era por la ausencia de su amiguita y que todas las plantas relucían y se habían purificado a través de la pena. Los claveles cargados de agua se inclinaban sobre sus tallos y era tan grande el peso para la finura de estos últimos, que Pellejo y doña Primorosa andaban de mata en mata atándolos como en ramilletes para que se tuvieran mejor.

Bien le había dicho Copucha — pensó Esparraguito — que los seres frágiles y débiles juntándose se protegen unos a otros y se animan y se dan calor y vida. ¡Qué no daría él por tener hermanitos y acurrucarse con ellos en un rinconcito de la casa de los mil cubos de colores para olvidar la pena grande, tan grande que tenía, de no ver a su querida Serena Gota de Rocío!

Don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso se había levantado esa mañana lleno de presentimientos y no había querido tomarse la gamela de chocolate espumoso, fragante de vainilla y canela, que doña Primorosa le preparaba diariamente para el desayuno. Ni tampoco quiso el viejo comerse la tortilla de huevos de avestruz con matas enteras de cebollas que

ocupaba un azafate de cemento que mucha gente tomaba por un bebedero de animales de la plaza del pueblo. Estaba sin apetito, y solo tenía una sed muy grande. Le pidió a Pellejo que le pasara la manguera gorda con que regaba el jardín y le diera toda la fuerza a la llave una vez que él tuviera la roseta bien ajustada a la boca. Así lo hizo Pellejo, y comenzó a brotarle el agua, no solo en la boca, sino por las narices y por las orejas. Don Astroberto ya no era don Astroberto, sino la catarata del Niágara que Copucha le había descrito a Esparraguito y que éste se moría de ganas de visitar allá lejos, muy lejos, en un país en que todo parecía haber sido creado por Dios con vidrios de aumento.

Y mientras don Astroberto se regalaba con este diluvio para su uso particular, doña Primorosa se rizaba la melena cortísima que le habían dejado las cuncunas, con una peineta hecha de dientes de lagartija montados en un colmillo de elefante recién nacido, tan chiquito que cuando doña Mielosa lo vió, de puro malvada que era, dijo que no había tal y que nunca había sido elefante sino ratón, con los dientes más largos que los demás ratones por lo mucho que tanto el ratón papá como la ratona mamá habían roído en su vida.

— ¿Te acuerdas del primer día del año I, Primorosa? dijo don Astroberto en cuanto Pellejo cerró la llave del agua y amainaron las cascadas que se despeñaban por todo su cuerpo. ¡Qué lindo fué de sol y de esperanza! — añadió, con la cara iluminada de felicidad. Y haciendo una mueca muy fea, agregó :

— ¡Y qué feo está hoy! Tengo presentimientos, Primorosa.

Doña Primorosa, que lo trataba como a niño regalón, le dijo :

— ¡Ya estás con tus cosas, Astroberto! Si te hubieras tomado la gamela de chocolate no tendrías ideas negras. ¡Es hambre lo que tienes!

Pero doña Primorosa le decía éso solo para animarlo, porque ella, en el fondo, sentía también que algo malo iba a pasar. Tenía

como un nudo en la garganta y un escozor en los ojos que de vez en cuando le goteaban.

Esparraguito había soñado toda la noche con unos viajes extraordinarios a regiones de las cuales Copucha le había hablado y que él tenía ansias de conocer. Hasta entonces, no sabía cómo se llamaba ni dónde estaba ese país tan lindo en que él había nacido. Sabía, sí, porque Copucha se lo había dicho, que su Papá se llamaba Esparragón y él se llamaba Esparraguito porque su tierra tenía la forma y hasta la coloración de los espárragos : largo, muy largo, con una punta muy verde como de árboles, blanda, rica y alimenticia, y otra blanca muy dura e incomible como las piedras y el desierto y que él, cuando soñaba, lo veía cuajado de montañas; bañado por un inmenso mar que cambiaba de color y era azul turquesa en una punta y gris acero en la otra y verde esmeralda entremedio; inundado por cascadas como de plata y ríos que parecían de cobre por lo rojizo de sus aguas; con campos bordados de flores silvestres de millares y millares de colores que hacían palidecer los tintes de la casita de los mil cubos; con unas entrañas que guardaban tesoros incalculables de los metales que Copucha le había mostrado en las máquinas..... Y cuando él se ponía a pensar cómo pintaría a su tierra, ya que no sabía hacer mapas, decía que le gustaría darle la forma de una hada que llevara en la frente una estrella que brillase no solo en la noche sino también durante el día y se la ganase a brillar al mismo sol. Por lo mismo que era casi legumbre, Esparraguito había absorbido en su sistema, intensa, viva, ardiente, toda, toda la savia de su tierra, y para él su tierra era, como debe ser para todos los niños, lo más grande, lo más lindo, lo único!

Como había cesado de llover, *salió al jardín a correr y a echar a una acequia de agua corriente unas cáscaras de nuez que Pellejo le había dado* para que hiciera carreras de botes. Y Esparraguito, recordando las lecciones de Copucha, le había puesto a una la

« Santa María », a otra « La Pinta », y a otra « La Niña », nombres con que había bautizado un tal Cristóbal Colón unos buquecitos no mucho más grandes en que había salido a descubrir un mundo nuevo. A cada media nuez le había metido a modo de mástil una espina larga, de una planta que Pellejo llamaba maclura, y en cada espina había pegado un pétalo de rosa blanca, carnoso y crespo, que hacía de vela. Para pegarlo, se había valido de un líquido viscoso que secretaba del tronco un árbol que Copucha le había mostrado en el jardín y llamaba gomero, porque de él salía esa sustancia pegajosa que al contacto con el aire se endurecía. ¡Y era de ver cómo salieron tumbándose y revoloteando en las olitas encrespadas de la acequia las tres cascaritas de nueces que Esparraguito llamó « carabelas » recordando el nombre que Copucha le había dado a la verdadera « Santa María », a la verdadera « Pinta » y a la verdadera « Niña »! Pasaron debajo de una piedra atravesada sobre la acequia a modo de puente, y más allá, en un remanso formado por un codo, quedaron como fondeadas. Se habían pegado a unas hojas de choclo que Pellejo había botado allí y que la corriente no alcanzaba a tocar. Esparraguito, encantado, soñaba con un viaje a tierras lejanas, muy lejanas, en que iba a descubrir cosas raras, cosas lindas, cosas fenomenales. ¡Si él pudiera embarcarse en una de las tres medias nueces! Y metió uno de sus piés en una, con tan mala suerte que la hundió, enterrándola en el fango,



calió al jardín á correr y á echar á una acequia de agua corriente unas cácaras de nuez que Pellejo le habría dado

rompiendo el mástil y rasgando en mil pedazos el pétalo de rosa. Casi se pone a llorar. Estaba triste, muy triste. Recogió las otras dos « carabelas » y se las echó al bolsillo. No se imaginaba él, por cierto, lo mucho que le iban a servir en sus aventuras. Menos se sospechaba todavía que pocos instantes después iba a ir viajando por los espacios como un volantín que corta las amarras.

Se dirigió a la casita de los mil cubos de colores. Iba como soñando. Llegó a una plazoleta en que no había ni árboles, ni plantas, ni flores, sino un pasto que Pellejo cuidaba mucho cortándolo, pasándole un rodillo pesado, regándolo con unas rosetas que daban vueltas como molinillos con la misma fuerza del agua. Las nubes comenzaban a fugarse en distintas direcciones, correteadas por el viento, dejando en el cielo grandes espacios azules y luminosos. El jardín seguía sumido a trechos en tintes grises y tristes y solo allá arriba, muy arriba, en esas manchas azules, veía Esparraguito mucha luz y mucha alegría. Y como presintiendo lo que le iba a suceder, pensó : « ¡Quién pudiera volar para allá y montarse a caballo en las nubes! »

Se quedó con la vista fija en el cielo, y para estar mas cómodo se tendió de espaldas en el pasto, húmedo con la lluvia de la noche. De pronto, vió como un punto negro que salía de las nubes y se proyectaba contra el azul del cielo en los espacios abiertos. ¿Es que se movía o era que las nubes corriendo y corriendo le daban la apariencia de moverse? Y luego el puntito creció. Ya no era puntito sino algo largo. ¡Se movía! Esparraguito, entusiasmado, le clavó sus ojitos de semilla de achira y vió que por momentos crecía y crecía y crecía. ¡Tenía alas! ¡Tenía pico! ¡Tenía cola! ¡Alrededor de la cabeza tenía como un collar de plumas! ¡Y qué grande era el pájaro! ¿Sería uno de ésos que Copucha llamaba cóndores y bajaban, como él decía, de los picos nevados de las montañas cuando les apretaba el hambre? Esparraguito sintió un escalofrío por todo el cuerpo, y para darse ánimos prefirió

atribuirlo a la humedad del pasto. Pero en realidad tenía miedo, tanto miedo que se quedó inmóvil. Las piernecitas estaban como tiesas de susto. Y luego le pareció que todo se ponía negro, que un aire caliente le quemaba la carita, que dos luces de rayo se clavaban en sus ojitos de semilla de achira, que unas garras agudas como el rastrillo con que Pellejo trabajaba en el jardín rasguñaban su vestidito de seda y que una cosa dura y cornuda le pescaba la argollita que tenía en vez de ombligo, que la tierra se movía y se iba e iba, que se sentía mareado, que ya iba a perder el equilibrio y a caer y estrellarse contra algo duro, muy duro, que lo haría mil pedazos. ¡Y para defenderse se pescó de algo grueso y duro y pellejudo y rugoso!



Con su anteojo muy largo y poderoso siguió por mucho rato aquel vuelo fantástico

El cóndor se lo había llevado por los aires y con la rapidez del relámpago subía y subía con su presa. Esparraguito, pescado de su argollita por el cóndor, volaba y volaba por los espacios, y temiendo que se le desgarrara, se había asido de una de las patas. Atravesaban nubes que dejaban el vestido de seda de Esparraguito empapado en vapores de agua y destilando, como acababa de ver, esa misma mañana, a don Astroberto, y luego brillaba el sol tan ardiente que lo secaba. A lo lejos se veía una cadena de montañas con todas las crestas nevadas y resplan-

decientes de luces de mil colores como los cubos de su casita. Abajo, todo se iba achicando y achicando y como escurriéndose para un lado y para otro. Y subían y subían.

— ¡No tengas miedo, Esparraguito! — repetía él mismo para darse ánimo. — Nada te va a pasar.

Y seguían subiendo.

Todo había pasado tan ligero que ni don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso, ni doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda, ni Pellejo Espinosa, alcanzaron a darse cuenta de lo ocurrido. Esparraguito no había gritado. Y aquel día lo buscaron y buscaron y buscaron..... Solo encontraron en la acequia la cascarita de nuez varada en el fango, la espina quebrada y pedacitos del pétalo de rosa. Buscaron a Esparraguito en la acequia, por si se había ahogado tratando de navegar. ¡Nada!

Y don Astroberto, bruto como era, se puso a llorar, y también doña Primorosa. Pellejo se rascaba la cabeza moviéndola de un lado para otro, y decía :

— Ni siquiera le puedo llevar flores del jardín, porque no sabemos dónde está.

Pero había un hombre que sabía, que siempre lo sabía todo, porque estaba alerta día y noche : Copucha, por la abertura del techo de su casita, había visto al cóndor y a Esparraguito pescado de la argolla en el pico y aferrado a una de las patas, y *con su anteojo, muy largo y poderoso, siguió por mucho rato aquel vuelo fantástico*, estupendo, aterrador, hasta que no se divisó sino un puntito negro que una nube gruesa se tragó!

CASCABEL No. 7

A 5.000 METROS DE ALTURA CON EMPERIFOLLADA



SPARRAGUITO se desmayó con la altura. No supo más lo que le pasaba; pero, por suerte para él, le dió uno de esos desmayos como los que Copucha llamaba catalepsia, que contraen y ponen rígidos los músculos, con lo cual quedó pegado al cóndor como si alguien lo hubiese amarrado. Cuando despertó, estaba en un lugar magnífico pero helado, muy helado. La luna brillaba sobre la nieve y eran como dos platas, una bruñida y otra mate, que se peleaban por aparecer a cuál más blanca. ¡Y qué soledad! No se sentía el menor ruido. ¡Y qué macizo y duro y atrevido se veía todo, a pesar de la suavidad con que la luna pretendía rodearlo!

El cóndor había desaparecido. Esparraguito no sabía que le había costado mucho sacudirse de él. Tan pegado estaba a una de sus patas, que había tenido que hacer una verdadera gimnasia sueca, estirando y encogiendo la pata izquierda, para sacudir a Esparraguito. Y por fin había caído éste sobre un colchón de nieve blanda, gracias a lo cual no se hizo daño. El cóndor se acercó, lo miró y lo olió. Y cerrando un ojo con malicia diabólica de ave de rapiña y balanceando la cabeza, pareció decir :

— ¡Ésto no parece carne! ¡No me gustan las legumbres!

Abrió sus alas tiesas e inmóviles como las aspas de un aeroplano, y tendió el vuelo hacia un cementerio de huanacos que él



Esparraguito se desmayó con la altura

conocía y en donde siempre encontraba su guiso favorito. De puro goloso había bajado allá al jardín de don Astroberto y doña Primorosa, corriendo un riesgo enorme de ser apaleado por Pellejo, creyendo que iba a encontrar en Esparraguito un bocado para chuparse cada una de las cuatro garras que tenía en cada pata. Lo único que había sacado era un calambre en la pata izquierda, por lo mucho que Esparraguito se la había apretado. « ¡Así castiga Dios a los golosos! » — habría dicho Copucha si hubiera estado allí. ¿Por qué no se había contentado con su plato de cada día de huanacos muertos y destripados?

— ¡Solo! ¡Solo! — exclamaba Esparraguito, y se habría echado a llorar si en ese momento no hubiese fijado sus ojitos de semilla de achira en la luna llena que parecía sonreirle con infinita bondad.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, se hincó en la nieve, juntó las manitos, y medio enterrado en aquel colchón blanco, le dijo a la luna con una voz que le salía del alma :

— ¡Serena! ¿Eres tú? ¡Serena! ¡Vén a socorrerme antes que venga el buitre otra vez!

Esparraguito no sabía que el pájaro grande que se lo había robado no era buitre sino cóndor. ¡Cómo se habría ofendido el cóndor, que se cree Rey de las montañas y de las nubes, si lo hubiese oído confundirlo con esa ave de rapiña, cursilona, ordinaria, soez, pestilente, de raza de basureros! ¡Por fortuna para Esparraguito, el cóndor altanero, orgulloso, de raza real, estaba en esos momentos muy léjos, dándose una panzada de hígados de huanaco que lo iba a dejar atontado y apoplético por dos o tres días!

Esparraguito, con la emoción del susto, tenía sed, mucha sed. Pero ¿de dónde sacar agua, cuando allí no había más que esa cosa como harina helada que Copucha llamaba nieve? Recogió un poco con su manito, y con el calor de su cuerpecito se derritió y lo mojó. ¡Bien decía Copucha que esa nieve que con él veían en lo

alto de las montañas, se derretía al calor del sol, y se escurría por las laderas y quebradas, y formaba torrentes, y luego caídas de agua, y luego arroyos, y luego esteros, y luego ríos, y luego lagos, y luego otros ríos, hasta que, por fin, caía a unas aguas inmensas y salobres que llamaban mar y que él nunca había visto!

La sed de Esparraguito creció al pensar que el agua de mar era salada; pero ¿cómo convertir la nieve en agua dulce sin que se le escurriera entre los dedos? Se acordó entonces de las « carabelas » que se había echado al bolsillo. Claro que si llenaba de nieve las dos medias cáscaras de nuez y las apretaba fuerte, muy fuerte entre sus manitos ardientes, se llenarían de agua. Así lo hizo, y con gran sorpresa de Esparraguito, la nieve, al derretirse y convertirse en agua, no llenaba la media nuez ni con mucho. ¡Cómo se encogía tanto, tanto! Algo le había dicho Copucha del volúmen mayor de un cuerpo líquido que se solidifica, pero él no había entendido nada de esas jerigonzas. Lo que él veía claro es que la nieve derretida no daba casi nada de agua. Dejó una media nuez en el suelo nevado y se dedicó a echarle más nieve a la otra apretándola con fuerza entre las manos y ¡oh sorpresa! la que había dejado en el suelo comenzó con el frío a llenarse y llenarse de hielo, y de pronto hizo un ruido raro y se rompió en mil pedazos. Por suerte le quedaba la otra en la mano y en ella bebió y bebió agua purísima muy rica, hasta que no tuvo más sed.

Esparraguito, para no entumirse de frío, comenzó a pasearse. Se frotaba las manos y la cara con puñaditos de nieve, y luego se le ocurrió hacer una cueva bastante grande para meterse en ella. La nieve no tenía allí gran profundidad, y escarbando y escarbando sintió que había pasto debajo. ¿Desde cuándo estaría allí? — pensó Esparraguito. ¿Y cómo era que no se había secado y quemado con el frío? ¿Abrigaría y protegería la nieve?

Se sentó en el pastito que había quedado descubierto, a esperar la luz del día bien abrigado por las paredes de nieve de la

cuevita que se había arreglado. Nada podía hacer para salir de aquella prisión en las alturas, mientras no pudiese ver con claridad para todos lados. Y entretanto, cada vez que le entraba miedo, miraba a la luna que se iba como escondiendo y pensaba en su amiguita Serena.

De pronto vió que las cumbres de las montañas comenzaban a teñirse de colores. Un azul gris, primero; luego un rosado pálido; luego azul y rosa fuertes, muy fuertes, más fuertes, y luego, como si fuera a estallar un incendio, unas llamaradas rojas. ¿Se habrían prendido fuego las montañas o algún automóvil colosal estaría subiendo del otro lado con unos faros encendidos de ésos que ciegan a la gente y atraen a las mariposas y zancudos?

— ¡Qué lindo! — exclamó Esparraguito.

Y luego, mirándose de arriba abajo, agregó :

— ¡Por Dios, que soy chiquitito!

Todo se perfiló a su vista como si se hubiesen encendido a la vez millares de lámparas, potentes como unas que Copucha tenía en miniatura y él había visto muy grandes con los vidrios de aumento. Abajo, en el fondo, se veía un valle verde lleno de árboles, cruzado por hilos como de plata que tenían que ser ríos de nieve derretida; a los lados picos más altos, más bajos, redondos unos, puntiagudos otros, cubiertos de nieve todos, arriba un cielo azul purísimo, con tintes dorados y quemantes en las cercanías en que el sol comenzaba a asomar la cabeza más brillante que nunca.

Esparraguito salió de la cueva y miró en todas direcciones. A poca distancia de allí había una mata tiesa con ramas espinudas y hojas duras, no muy alta, y sobre ella, parado, un pájaro muy raro. La mata era seguramente una de ésas que Pellejo llamaba espinos y que le gustaban mucho porque a ellas le debía su apellido Espinosa. Pero ¿y el pájaro? ¿qué sería? Le corrió un escalofrío por el cuerpo, creyendo que vendría a atacarlo, cuando lo oyó reirse y reirse a carcajadas, como solía hacer su papá cuando tomaba un

poco de vino de frutillas fermentadas, bebida que hacía la delicia de don Astroberto y la desesperación de doña Primorosa, porque era una de las causas de esos sueños de meses y meses que le solían bajar.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Brrrr... Brrrr... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!..... gritaba el pájaro.

Esparraguito, perplejo, no sabía qué hacer, y como, a pesar de lo inteligente, solía salir con unas tonterías muy grandes de puro susto, se acercó y mirando a aquel pájaro fijamente le preguntó :

— ¿Habla Vd. español, mi señor don Pájaro?

— Sí, joven voz de pito lleno de saliva, — le contestó el pájaro, mirándolo con sus ojos de topacio incandescente. ¡Español, inglés, alemán, chino, volapuc, italiano! Tartamudeo en las 230 lenguas de la India, mi tierra natal; hablo el idioma de todos los pájaros y de todos los animales; conozco lo que dicen las flores cuando la brisa las remueve; comprendo el zumbido de los moscardones y de las abejas, el borneo de los pescados al nadar, y, por fin, conozco a Copucha!

Esparraguito oía atónito y no acertaba a comprender qué era ese pájaro que lo miraba con unos ojos brillantes, enigmáticos, una cara como de alguien que tuviera en la boca muchas cosas sin tragarlas, un pico encorvado y puntiagudo como la nariz de un judío prestamista que vivía no muy lejos de su casita de los mil cubos de colores, una cabeza redonda como una bola que Pellejo le había regalado para que jugase con Serena, y unas plumas magníficas, preciosas, coloradas, azules, amarillas, verdes, rosadas, que se parecían por lo sedosas y ricas al traje de gala que doña Primorosa vestía en su cumpleaños. Mientras el pájaro hablaba no tenía expresión alguna. ¡Pero qué admirable claridad para decir lo que quería!

— ¿Conoces a Copucha, a mi padrino? — dijo Esparraguito, abriendo tamaños sus ojitos de semilla de achira. — ¿Y desde



puedes decirme como me decía mi papá, un loro viejo:
"Imperi"

cuándo? ¿y cómo? ¿y quién eres tú? Y mostraba con su dedito el valle que se extendía al pié de las montañas.

— Me gustan los niños preguntones, — dijo el pájaro. Son los únicos que aprenden algo. Por éso no me enojo nunca con ellos. Preguntar para aprender y aprender para preguntar más, — gritó el pájaro con una voz aguda, penetrante como el silbato de una locomotora. Y luego, bajando la voz y tomando un aire misterioso, habló así :

— Esparraguito : sé quién eres tú, y en mis largas conversaciones con Copucha he aprendido a quererte. Tenemos algo en común : tú eres casi legumbre y casi niño. Yo soy casi loro y casi lechuza. Los dos somos y no somos. A los dos nos miran siempre como intrusos; pero mi caso es aún peor como luego vas a ver. Quiero ser tu amiga, y digo amiga y no amigo, porque soy hembra. Si tú quieres ser mi amigo, recorreremos el mundo, y desde luego podrás bajar de estas montanas sin hacerte daño.

Esparraguito, que se sentía fascinado por las plumas que se parecían un poco a los colores de los mil cubos de su casita, y asombrado de la sabiduría de aquel pájaro, le contestó sin vacilar :

— Sí, quiero ser tu amiguito y tenerte siempre a mi lado. ¿Cómo te llamas?

— Mi nombre, dijo el pájaro, es un poco largo. Me llamo Emperifollada, pero para acortarlo *puedes decirme como me decía mi papá, un loro viejo : « Emperi ».*

— ¿Y de dónde vienes, Emperi? — suplicó Esparraguito.

— De la India, — dijo Emperi. — Soy una de las 2.300 aves de distintas castas que revolotean por aquellas tierras en que los bambúes crecen tan espesos y enmarañados como las mescolanzas de razas, lenguas y religiones, y en que pululan los tigres de Bengala y los elefantes salvajes; en que se levantan templos cuajados de oro y palacios habitados por príncipes, que resplandecen, cubiertos de brillantes, perlas y esmeraldas; en que se acumulan

millones y millones de miserables y hambrientos llenos de enfermedades y penas. ¡Tierras de luz y sombra, Esparraguito! en las que lo que brilla deslumbra y lo que es oscuro aplasta. Y porque vengo de allá, hablo las 230 lenguas de allá y las de todo el mundo, como ya te he dicho.

A pesar de lo mucho que Esparraguito había aprendido con Copucha, sentía que cuando Emperi hablaba él era ignorante y tonto.

— ¿Y cómo es, Emperi, que sabes tanto y te encuentras aquí? Copucha me había dicho que siempre llamaban « cabeza de pájaro » a los que no podían acordarse de las lecciones, pero bien quisiera yo tener la cabeza de un pájaro como tú. Y sabiendo tanto, tanto, ¿por qué te has venido de tu tierra a estas soledades de las montañas de otro mundo?

— Todo te lo diré por su orden, Esparraguito. Escucha mi historia, que es triste y no una pajarada como pudieras creer.

Y Emperi, a pesar de su voz chillona de loro, tomó un aire misterioso y grave al contarle esta su historia :

— Allá en las murallas ruinosas de un templo hindú, vivía solitaria una lechuza vieja. Nada había en el mundo que no supiera, porque Dios les dió a las lechuzas mayor suma de sabiduría que a ningún otro ser de la creación. Es el único, Esparraguito, que vé en la oscuridad mejor que a la luz del sol. En el templo, del cual solo quedaba un hacinamiento de piedras, había presenciado desde sus primeros años todas las invocaciones de los sacerdotes y oído explicar todos los misterios de esta vida y de la otra. Esa lechuza vieja sabía más que nadie. Sufría, sin embargo, mucho, porque no podía hablar ni comunicarle a las demás lechuzas el caudal de conocimientos que había atesorado. Sufría todavía más porque nunca había tenido lechucitas a quienes enseñar lo que sabía, y pensando y pensando, discurrió que lo mejor para ella era casarse con un loro hablador. No le importaba a ella que el loro



Brahma representaba la creación de todas las cosas.
Siva era el genio de la destrucción.
Ganesa lo llamaban. Tenía cabeza de elefante.
Kandarpa, Dios del amor.

fuera muy bruto, con tal que fuera precioso, con plumas de mil colores, y que pudiera hablar por horas con fluidez, elegancia e impavidez las mayores estupideces. Sabía muy bien la lechuza que la verbosidad está reñida con la inteligencia y es como esos motores de automóviles que, descompuestos, hacen mucho ruido sin que las ruedas se muevan. Así, el loro le daría a los pájaros que nacieran del matrimonio el don de la palabra y ella el don de la sabiduría, y la descendencia resultaría la perfección misma.

Mucho pensó la lechuza antes de salir a buscar un loro hablador con quién casarse. En el templo hindú en cuyas ruinas vivía, había visto ella que la gente adoraba una trinidad de dioses : uno que llamaban *Brahma y representaba la creación de todas las cosas*; otro que llamaban Vishnú y encarnaba la conservación de las cosas ya creadas y, por fin, uno que llamaban *Siva y era el genio de la destrucción*. A este último, la lechuza vieja le tenía mucho miedo porque era capaz de concluir, en un arrebato, hasta con las cosas mejor creadas y con más solicitud conservadas. Pero no eran los únicos dioses que allí había, aún cuando todos los demás parecían depender de ellos, porque había otro que llamaban Kubera y decían que era el dios de la riqueza; uno a quien le decían Hamman y era el Rey de los monos, y muchos otros..... Pero entre ellos había uno, Esparraguito, que te interesará conocer. *Ganesa lo llamaban. Tenía cabeza de elefante y una barriga tan grande*, que las pulgas tardaban hasta seis meses en atravesarla de lado a lado. Decían que era el dios de la sabiduría, y tengo para mí que Copucha, tu padrino, es uno de sus lejanos descendientes. Este último era el que la lechuza vieja quería más, y diariamente se le paraba en la barriga y lo despulgaba con gran contentamiento suyo y gusto de la lechuza, a la cual le encantaba comerse para el desayuno quinientas pulgas saltonas. Le quedaban comiendo en el estómago para el resto del día, y el cosquilleo la ponía de buen humor y le aguzaba la inteligencia.

El contacto diario y tan íntimo y alimenticio con el Dios de la Sabiduría fué poniendo a la lechuza vieja más y más habilosa. Un día, en medio de un cosquilleo delicioso de una panzada de pulgas, resolvió salir en busca del loro hablador que debía ser su marido. El sol daba de lleno sobre las ruinas del templo hindú. La cabeza de elefante de Ganesa, carcomida por el tiempo, parecía un enigma, y la lechuza pensó si también lo sería su sabiduría. Además, el mismo templo derrumbado, cubierto de malezas, con sus ídolos en pedazos, estaba probando que Siva, el genio de la destrucción, se la había ganado a Vishnú, encargado de la conservación, y solo quedaba Brahma que creaba primero templos magníficos, después ruinas y malezas, pero creaba, creaba y creaba..... A él me voy a encomendar, pensó la lechuza, y vamos creando..... ¡Voy a crear una casta nueva de loros-lechuzas que va a asombrar al mundo! Y cuando ya las sombras de la noche caían sobre las ruinas del templo que había sido su morada, emprendió el vuelo. Los ojos le brillaban como relámpagos y como los de otro dios que ella había visto allí, al cual llamaban *Kandarpa, Dios del amor*, que de una mirada de su tercer ojo reducía a cenizas a los que amaba. Voló toda la noche y al amanecer se encontró en una selva espesa y ardiente en que crecían helechos inmensos, bambúes gigantes, racimos de orquídeas y jazmines del cabo. El aire perfumado con aromas mareadores, la naturaleza engalanada de flores y guirnaldas, los pájaros de mil colores sedosos y metálicos, le ofrecían a la vieja lechuza arrebolada el más espléndido palacio para sus amores. ¿Dónde mejor que allí podía nacer el loro-lechuza, verdadero rey de la sabiduría y no como Ganesa una pura invención de los hindúes? Entusiasmada, la lechuza se colocó con cierto aire coquetón a la sombra de un helecho que se extendía sobre ella como un paraguas de encaje y arrellanada sobre una mata de jazmín del cabo a esperar los acontecimientos. Sabía ella que por esos parajes se daban cita muchos loros de los de mejor familia, y no podía

menos que encontrar entre ellos el marido que buscaba. La sombra le permitía ver bastante bien lo que pasaba. Pasó por encima una bandada de loros volando muy alto y muy ligero, sin hacer otro ruido que el del batir de sus alas...

— ¿Iba allí el loro novio de la lechuza? — interrumpió Esparraguito, que seguía el relato de Emperi con un interés enorme.

— No, Esparraguito, le contestó Emperi. La lechuza buscaba un loro hablador y esos loros eran de los sportivos, que no hablan nunca y si llegan a hablar es de pura necesidad. Además, eran loros jovencitos y la lechuza, sabia como era, no quería casarse con chiquillos sino con un loro maduro.

Y tomando de nuevo su aire misterioso y grave, Emperi prosiguió su relato así :

— De pronto, la lechuza sintió una gran algazara, como si mucha gente hablara a la vez y no se moviera de un sitio. Miró para todos lados y no vió nada. El ruido no parecía venir de arriba sino de abajo, como de la tierra. Y luego sintió que crujían unas hojas secas que cubrían el suelo. ¿Sería gente que se acercaba? Grave sería que en vez de encontrarse con loros galanes se topase con gente mala que le diese de palos. Ella sabía, además, que éso le solía pasar a mucha gente que andaba en aventuras amorosas. Luego se tranquilizó. Las voces eran de loro y las pisadas demasiado débiles para ser de gente. En un claro del bosque venía un gran grupo de loros y de loras caminando por entre las hojas con gran dificultad. Adelante, como haciendo cabeza, venía un lorazo magnífico, resplandeciente, hinchado de vanidad, que se balanceaba con aire majestuoso a derecha y a izquierda, luciendo una cola soberbia de plumas rojas como la sotana de un cardenal, doradas como el manto de un emperador, blancas como el velo de una novia, azul marino como el uniforme de un almirante. El pico relucía como si lo hubiesen barnizado y hablaba tanto, que la lengua, una cosa negra, carnuda, traposa, le salía a cada instante

borneándose como un molinillo. *Los loros y las loras que lo seguían hablaban también todos a un tiempo y ninguno oía lo que los demás tenían que decir.* Eso no importaba. La cuestión era hablar y hablar y hablar.

La lechuza vieja los veía, con una cara de malicia que habría hecho reirse a gritos a los loros mismos si hubiesen entendido y, aunque no hablaba, comprendía todo lo que los loros y las loras decían. ¡Qué decir de tonterías, Esparraguito! Las loras no hacían sino criticarse unas a otras los colores de las plumas y pavonearse de las guiñadas de ojos que les habían echado los loros más atrevidos e impávidos. Los loros peleaban todo el tiempo por el lado del maizal que les iba a tocar a la hora de la comida, porque había un lado sombrío en que los granos de maíz no maduraban y otro asoleado en que se daban casi del tamaño de una nuez y este último no alcanzaba sino para unos pocos muy peleadores que siempre, siempre, llegaban primero y arremetían a picotazos a los más tímidos y lerdos que pasaban alimentándose de granos de maíz pasmado y sufriendo unas indigestiones horribles. ¡Y estos últimos eran los que más gritaban, por lo mismo que eran los que menos hacían! El lorazo grande que venía adelante estaba tan contento consigo mismo que no hacía caso de la discusión y hablaba de su propia persona y nada más.

La lechuza, al verlo, dijo para sí : « éste es mi hombre », y comenzó a hacer dengues poniendo la cabeza de lado afirmada en un jazmín. A pesar de lo vieja y de lo fea, se veía muy interesante. El lorazo la miró y ella le cerró un ojo. El efecto fué mágico. El lorazo se infló como un globo pensando que había inspirado una pasión loca. « Cómo soy de bonito y qué bien hablo », pensó el loro. « Te tengo pescado por donde se pesca a todos los hombres », pensó la lechuza, y le hizo un pestañeo seguidito que dejó al lorazo más estúpido que nunca. Y como éste temiera que toda la lorería que venía de atrás se diese cuenta de la cosa, levantó



Los loros y las loras que lo seguían hablaban
también todos á un tiempo y ninguno oía lo que
los demás tenían que decir

de golpe y porrazo todas sus plumas, que se desplegaron como un abanico y le taparon la vista a los otros. Hecho lo cual, guiñó también el ojo y movió dos o tres veces la cabeza como diciendo que sí.

Así quedó establecida una comunicación secreta y muda entre la lechuza vieja y el loro infatuado.

El séquito de loros y loras se había detenido y gritaba al unísono :

— Miren la pariente pobre que se ha encaramado en la mata de jazmín. Miren, miren. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El lorazo bajó la cola, levantó la cabeza, abrió el pico como para tragárselos a todos, y gritó a toda fuerza :

— ¡Idiotas! ¡Marmotrecos pintarrajeados! ¡Pijes! ¡Porque la pariente de la mata de jazmín no grita tonterías como nosotros y porque viste plumas más bien de monja que de papagayo, creen que es pobre! ¡Colillas de tubos de pintura! ¡Tarros de lata con piedras! ¡Matracas descompuestas! ¡Paletas de pintores decadentes! gritaba el lorazo fuera de sí, recordando todos los insultos peores que había oído en las reuniones más agitadas de los reyes y príncipes de la lorería. Además, quería asustarlos para que se fueran, y agregó :

— Conozco muchas, muchas lechuzas y aunque no hablan como nosotros saben mucho más que los hombres de quienes nosotros hemos aprendido a hablar. ¡Váyanse, mugrientos! La lechuza me va a enseñar cosas.

Y en medio de una algazara infernal en que algunas voces más agudas sobresalían gritándole al lorazo : ¡Pavo inflado! ¡Globo de vientos de colores! ¡Chuncho disfrazado de loro! emprendieron el vuelo hacia el maizal.

El lorazo se acercó a la mata de jazmín y dirigiéndose a la lechuza vieja con aire de superioridad y con cierta emoción amorosa, le dijo :

— Lechucilla, ¿nos entendemos? ¿Te parezco bien con mi manto real de plumas?

La lechuza vieja no podía hablar. Ésa era precisamente la pena grande que tenía. Pero conocía todas las lenguas y con estos loros se entendía en español. Por lo gritones, suponía que eran de raza latina. Para expresarse había aprendido a dar golpecitos con la pata derecha. Un golpe correspondía a la letra A, dos a la B, tres a la C y así sucesivamente. Dando, pues, 19 golpes primero que correspondían a la letra S y, después de una pausa, 9 más que correspondían a la letra I, dijo :

— ¡Sí!

Y a golpecitos de la lechuza y palabras rebuscadas del lorazo, se entendieron muy bien.

Al lorazo le halagaba mucho que un pájaro tan inteligente como la lechuza se hubiera enamorado de él y lo quisiera para marido, y a la lechuza le encantaba la idea de poder mostrarle a toda la pajarería aquel magnífico arco iris emplumado diciéndole a golpecitos :

— Les presento a mi marido.

Muy pronto hicieron todos los arreglos para la boda. El lorazo, en un arranque de generosidad soberbia, se dió un picotazo y se arrancó una pluma dorada preciosa y con la pata derecha se la pasó a la lechuza y le dijo :

— Enrollátela en el cuello. Es un adorno más lindo que cualquier collar de oro.

— A vanidoso no te la ganará nunca nadie, pensó la lechuza, pero nada le dijo para no ofenderlo, ya que, en el fondo, era su manera de mostrarse cariñoso.

Pero al mismo tiempo resolvió darle una lección muda en la devolución del regalo, y sin decirle nada voló de la mata de jazmín con la pluma de compromiso enrollada al cuello hacia un árbol grande que daba unos frutos que llaman paltas. Arrancó una de

éstas, la abrió con el pico, sacó de adentro un cuezco grande como un huevo, lo refregó contra la pechuga hasta dejarlo lustroso y se lo pasó al lorazo, diciéndole a golpecitos :

— ¡Para que lo tengas a mano y te taconees el pico cuando te haga yo señas de que estás hablando como loro!

El lorazo le tenía miedo a la lechuza, porque era tan aguda, y además era tonto, y no se atrevió o no supo contestar. La lechuza lo tenía dominado. Era lo que buscaba. Lo convidó a que volaran juntos hasta las ruinas del templo hindú en que siempre había vivido, para celebrar allí el matrimonio y así lo hicieron. Llegaron por la mañana temprano con un sol radiante. Los trozos de piedra de algunos de los dioses reverberaban a la luz intensa de un cielo azul purísimo. El tercer ojo de Kandarpa, el Dios del amor, arrojaba reflejos inflamables. A la lechuza le dió miedo, porque de repente se acordó que en ese templo las palabras que resonaban a cada instante en las plegarias de los fieles y en las predicaciones de los sacerdotes eran « pureza de casta », « pureza de descendencia », « pureza de creencias ». ¿Y si después de toda su sabiduría iba ella, lechuza vieja y experimentada, a cometer la estupidez de casarse con un pájaro de otra estirpe y a violar las leyes divinas de la India creando una raza de loros-lechuzas que no serían ni lo uno ni lo otro, dándole vida, no a un pájaro que sería la perfección misma porque sabría todo lo que saben las lechuzas y hablaría como el loro más elocuente, sino a uno de esos seres despreciados, perseguidos, humillados, que llamaban « intocables » porque hasta su sombra contaminaba a los que recibían su proyección? ¿Dónde quedaba la pureza de casta en un loro-lechuza? Pero ¿y si ésta no era sino una preocupación y prejuicio de la ignorancia? ¿Cómo renunciar a su proyecto de crear un pájaro maravilloso? Además, la lechuza vieja se había enamorado del lorazo y estaba dispuesta a hacer cualquiera tontería. ¡Pobre mamá lechuza! ¡Si viera ahora a su hija desterrada, perseguida, volvería a morirse!

Sabia y todo como era, cayó en la trampa amorosa del lorazo.

Se casaron ese mismo día y se fueron a pasar la luna de miel en una mata de orquídeas que llamaban « anturrium ». Sus hojas, rojo encarnado, tenían forma como de corazón. Poco tiempo después, vine yo al mundo, Esparraguito. Mi mamá lechuza daba golpecitos con las dos patas diciendo que me parecía a ella en la cara y a mi papá loro en el cuerpo. Y mi papá loro pasó un mes entero gritando día y noche :

— ¡Hurrah! ¡hurrah! ¡hurrah!

Él me enseñó a hablar y mi mamá a pensar, y cuando estuve en estado de salir al mundo dieron una gran fiesta en aquel mismo paraje de la mata de jazmín del cabo en que se habían encontrado por primera vez. Convidaron a miles de loros y loras y lechuzas y chunchos. Todos estaban muertos de curiosidad por conocerme. ¡Pero aquella que debió ser fiesta de alegría acabó en una gran pelea! Apenas me vieron, las lechuzas dijeron a golpecitos : « ésta no es lechuza », y los loros a gritos : « éste no es loro ». Se formaron dos bandos y se arremetieron a picotazos, en medio de la desesperación de los dueños de casa. El lorazo, mi papá, y la lechuza, mi mamá, huyeron llevándome pescada de las plumas negras de mi cola en señal de luto y nos fuimos a esconder nuestra vergüenza en unas montañas muy altas y muy parecidas a éstas que llaman « Himalayas ».

— Coloquémonos a cierta altura, había dicho el loro, mi papá, a quien la vanidad impulsaba a no dar su brazo a torcer. Y por éso se habían ido a una montaña que llamaban « Monte Everest », que tenía la fama de ser la más alta del mundo.

La lechuza, mi mamá, comenzó a decaer visiblemente. Era muy duro para ella ver que su ambición concluía tan mal. A golpecitos decía, entre suspiro y suspiro :

— No hay que enmendarle la plana a Dios.

Y hundía su cabeza llena de sabiduría en el plumaje vistoso de

mi papá, como buscando consuelo en la belleza de los colores.

Mi pobre mamá lechuza se quedó así, un día, dormida para simpre y el lorazo, mi papá, gritaba entre apenado y fatuo :

— ¡Se fué! ¡Se fué! Pero hasta el último pegadita a mis plumas tan lindas.

Y vinieron lechuzas y loros y loras a darle el pésame al lorazo, trayéndole unto negro para que se tiñera las plumas de luto. Se negó. ¿Por qué habría de esconder lo que más admiraba la lechuza que tanto lo había querido?

Pero hubo algo peor. Toda aquella pajarería había llegado hasta allí, no tanto a darle el pésame como a exigirle que se deshiciera de mí. En cuanto comenzara yo a trajinar entre loros y lechuzas volvería a armarse una gresca y a él, mi papá, no podrían restablecerlo en su antiguo poderío entre los loros mientras no repudiase este vástago impuro. Y como era tan vanidoso y sufría mucho en el aislamiento de la montaña, me miró con aire suplicante y me dijo :

— ¡Emperi! ¡Emperita! ¿No te gustaría salir a rodar tierras, ver otras gentes, aprender más cosas? Para completar la educación decía tu mamá que era indispensable viajar. ¿No querrías irte del lado del Oeste donde se pone el sol?

¡Pobre papá loro! Tan ingenuo que era. Creyó que me la pegaba. Pero me hice la desentendida y hablándole en su idioma le dije :

— ¡Comprendo! ¡Hasta luego!

Y dándole una mirada de desprecio a todos los loros, loras, chunchos y lechuzas, emprendí el vuelo y volé, volé por años a través de continentes, de mares, de islas, de golfos, de ríos, selvas, llanuras, pantanos, volcanes. Quería volar y volar siempre sin parar. Y aquí me tienes, Esparraguito, encantada por primera vez de vivir, porque, como te dije, he encontrado en tí un ser que, como yo, no se sabe lo que es. Llegué por estos mundos el año I y fuí yo quién le anunció a Copucha que tú habías nacido.

Paró Emperi de hablar en el tono misterioso y grave, y tomando un aire familiar, le dijo a Esparraguito :

— Vámonos de aquí antes de que vuelva el cóndor. En poco rato más va a oscurecer. Es tan larga mi historia que ha tomado el día entero para contarla. ¡Vámonos!

Y Esparraguito, que había oído el relato como en éxtasis, se levantó y saltando repetidas veces sobre la nieve, dijo :

— ¡Sí, Emperi! ¡Vámonos! ¡vámonos!

Y se fueron.

CASCABEL No. 8

ESCUPITO


O puedo andar, Emperi. Estoy entumido de frío, — dijo Esparraguito con los dientes castañeteándole.

— Para combatir el agua, no hay sino el fuego, y para combatir el fuego no hay sino el agua — dijo Emperi, con ese aire sentencioso que tomaba cuando quería impresionar a Esparraguito con su superioridad.

Y agregó :

— Enciende una fogata, Esparraguito, para que te desentumas antes de ponernos en marcha.

No sabía Esparraguito cómo hacerlo. No tenía fósforos, ni estaba a la mano doña Mielosa con su aliento incendiario. Emperi, que lo vió confundido, le dijo entonces :

— Toma esas ramas secas de espino y júntalas. Pon debajo esas hojas secas que hay desparramadas por el suelo. Recoge esas dos piedras duras que vés ahí y refriégalas fuerte una contra otra hasta que salgan chispas.

Así lo hizo Esparraguito y en un momento se levantó una gran fogata que chisporroteaba como si miles de globitos estuviesen haciendo explosión. Un humo espeso se esparció alrededor de Esparraguito y Emperi y comenzó a irritarles los ojos haciéndoles llorar sin pena. Y aquella hoguera expedía un olor especial.

— Parece que hubieran regado este árbol con parafina, — dijo Esparraguito.

Emperi se rió de la inocentada y le dijo :

— No, Esparraguito. Es que el espino es un árbol de los que llaman resinosos y en su tronco y ramas circula, como la sangre en tu cuerpecito, un líquido que es como parafina y arde casi con la misma facilidad.

Bien pronto Esparraguito se sintió muy abrigado, los músculos recobraron su agilidad, y lleno de vida y fuerza comenzó a correr cerro abajo acompañado de Emperi que volaba sobre su cabecita, cerca, muy cerca, lista para pescarlo de la argolla que tenía en vez de ombligo al primer tropezón que lo amenazase con despeñarse. Llegaron a un precipicio, y con el impulso de la carrera, Esparraguito iba seguramente a caerse. Dió éste un grito de terror y Emperi, veloz como el rayo, lo pescó de la argolla y voló con él. ¡Qué distinto era aquel vuelo amistoso de salvación del otro con el cóndor cuando se lo había robado! Esparraguito esta vez miraba para todos lados, como si anduviese en la carretilla que Pellejo le había hecho para que corretease en el jardín. Bajaron con suma rapidez de las alturas. Esparraguito sintió algo raro en los oídos.

— Me he puesto sordo, Emperi, — dijo con voz afligida.

Pero Emperi, que lo sabía todo, lo tranquilizó inmediatamente :

— No, Esparraguito. Sóplate el copihue que tienes en vez de nariz apretándolo a dos manos y verás cómo vuelves a oir como antes.

— ¿Eres especialista de oídos, nariz y garganta, Emperi? — preguntó Esparraguito.

— No es necesario serlo, Esparraguito, para aconsejarte el remedio que te acabas de hacer. Cuando se baja de repente de la altura, siempre pasa éso. Y también cuando se sube. Son fenómenos de presión de la atmósfera que no puedes entender todavía,

porque estás muy chiquitito. Conténtate con que se te hayan destapado los oídos.

Y volaron casi a flor de tierra por un largo espacio de tiempo, hasta que estuvo muy entrada la noche.

— Parece que se me quiere descoyuntar el ombligo, Emperi, — dijo Esparraguito, sintiendo que la argolla amenazaba con aflojar.

— ¡Malo! — dijo Emperi. Buscaremos dónde aterrizar.

Habían llegado a unos parajes desiertos en que no había árboles sino llanuras arenosas y montañas. El aire era fresco y tónico y muy seco. En la ladera de un cerro se veían a la luz de la luna muchos hoyos y unos caseríos sin luz.

— Ahí vamos a alojar, dijo Emperi y señaló con el pico esa ladera extraña.

— Por favor, no, — dijo Esparraguito. Parece que hubieran ratones del tamaño de bueyes para haber hecho tantos, tantos hoyos.

— ¡Niño tonto! — dijo Emperi. Ésa es una mina abandonada y vas a ver en ella lo que los hombres que la trabajaron no vieron nunca porque no sabían lo que yo sé.

Y en un suspiro bajó hasta la puerta entreabierta de una de aquellas casas. Había adentro una oscuridad completa.

— Esparraguito, es necesario que duermas y descanses, dijo Emperi. Mañana temprano veremos lo que vamos a hacer. Voy a buscarte almohada y colchón. Siéntate tranquilo.

Esparraguito se sentó en el umbral de la puerta. No quería entrar a la casa porque le daba miedo. Y ¡cosa extraña! Emperi se fué derecho a una de las cuevas horadadas en la ladera y entró. A ella no le importaba la oscuridad, porque siendo medio lechuza veía hasta mejor. No supo Esparraguito lo que pasó dentro de la cueva, pero de pronto vió, a la luz de la luna, una procesión fantástica. Le parecía que estaba soñando. Emperi, adelante, gritaba :

— *¡Un! ¡dos! ¡un! ¡dos! ¡Apurarse niños! ¡No hay que aflojar! ¡Un! ¡dos!*

Trabajo le costó a Esparraguito descubrir cómo era que a estos gritos se movía, como si tuviera patas, una piedra inmensa del tamaño de una almohada, color entre acero morado y rubí que, a la luz de la luna, expedía unos destellos preciosos. Venía sobre el lomo de 500 lagartijas que le obedecían a Emperi como un regimiento a la voz de mando de su coronel. Se movían despacio porque la piedra debía ser muy pesada, pero avanzaban a paso seguro.

— Quítate de la puerta, Esparraguito, gritó Emperi. Mira que si esta gente se detiene la piedra las aplasta.

Esparraguito se quitó y le preguntó a Emperi qué cosa era aquello.

— Es un rosicler que te va a servir de almohada, dijo Emperi.

— ¡Qué lindo! ¡Qué lindo! exclamaba Esparraguito, entusiasmado ante aquel como rubí gigantesco. ¿De dónde sacaste este rubí, Emperi? — agregó, aplaudiendo a dos manos.

Y Emperi, tomando de nuevo ese aire sentencioso de superioridad, le dijo :

— ¿Dónde has visto rubíes de ese tamaño y que pesen una tonelada? ¿No sabes que los rubíes no pesan casi nada y es raro el que alcanza un tamaño mayor que el de una nuez? No, Esparraguito, lo que te traigo de almohada es plata pura, purísima, cristalizada por la mano de Dios en esta forma que la hace aparecer como un rubí. Solo se encuentra en estas montañas y es muy delicada. No se puede sacar sino de noche, porque la luz del sol la descolora. Por éso, mañana cuando despiertes hay que dejar la puerta cerrada para que no entre ni siquiera un rayo de luz.

Las lagartijas trabajaban en ese momento por entrar el rosicler a la casa, y en el umbral se les atascó. Se replegaron todas atrás, y a la voz de Emperi que les gritaba : « enderezarse, niños, sobre las patas traseras », « escupan por el tercer colmillo de la izquierda



- ¡Un! ¡Dos! ¡Un! Dos! Apurarse niños! No hay que aflojar! ¡Un! ¡Dos!

para tomar aliento », las lagartijas se empinaron y el rosicler se levantaba y levantaba de un lado hasta que dió una vuelta sobre sí mismo y cayó adentro de la casa con tal fuerza que siguió rodando hasta ponerse contra la pared del fondo.

— ¡Bien! ¡Bravo! gritaba Esparraguito, entusiasmado.

Las lagartijas rodearon a Emperi en tropel para oir cómo les iba a compensar el trabajo que acababan de hacer, y ésta les habló un idioma extraño que Esparraguito no entendió. Y como Esparraguito viese que las lagartijas corrían todas hacia un peñasco con una abertura sobre la cual unas basuras pegadas formaban como un letrero en signos muy raros, le preguntó a Emperi:

— ¿Qué les dijiste a las lagartijas y para dónde van?

— Esparraguito, a cada cual hay que hablarle en su idioma y a éstas acabo de decirles en jerigonza cocodrilana, que es la lengua madre de todos los reptiles, que en ese peñasco hay, como dice el letrero de encima formado con basuras, un Restaurant Barato donde encontrarán un verdadero banquete.

— ¿Es muy barato ese restaurant, Emperi? — preguntó Esparraguito.

— Se llama así, contestó Emperi, porque está lleno de baratas que a las lagartijas les encantan. Van ahora a comer allí a su gusto y con éso quedarán contentas.

Y entraron a la casa donde el rosicler que le iba a servir de almohada había quedado. Esparraguito se acostó para probarlo y lo encontró muy duro, a pesar de tener una forma admirable para el objeto, pues parecía que lo hubiesen tallado especialmente para que él pudiese reclinar el cuello.

— Tienes que aprender a dormir como las chinas y japonesas, que para no deshacerse el peinado reclinan solo el cuello, — dijo Emperi, con aire sentencioso de profesor.

— Pero es que el suelo es también muy duro, — alegó Esparraguito, y no me has traído el colchón que prometiste.

— Éso se arregla con arena, replicó Emperi.

Y salieron fuera de la casa. Emperi le mostró unas conchas marinas muy grandes desparramadas en las arenas.

— Estas parecen cosas del mar, Emperi, dijo Esparraguito.

Y Emperi le explicó que efectivamente lo eran y que lo probable parecía que el mar hubiese cubierto toda esa comarca durante el diluvio, esa lluvia que había inundado al mundo en tiempos muy remotos. Con las conchas, Esparraguito comenzó a acarrear arenas adentro de la casa y a depositarlas al pié del rosicler, hasta que hizo con ellas un mullido y dorado colchón.

Eran arenas finísimas que tenían reflejos metálicos. Esparraguito se acostó y a poco andar se quedó profundamente dormido. ¡Qué lindo se veía con su cabecita reclinada sobre el rosicler, el cuerpecito suavemente recostado sobre aquella arena pura y reluciente como el oro, iluminado por la luz plateada de la luna! Emperi se quedó contemplándolo un largo, largo rato y cuando vió que ya se había dormido, salió afuera y dijo para sí :

— Tengo que avisarle a Copucha. Voy de un vuelo mientras duerme. Y salió como un celaje volando por los aires. En poco rato llegó a la casita de Copucha. Era casi media noche. Copucha dormía. Por la abertura de arriba, le gritó :

¡Copucha! ¡Copucha!
¡Despierta y escucha!

Copucha despertó y restregándose los ojos se asomó por la abertura y oyó el largo relato que le hizo Emperi de todo lo sucedido a Esparraguito y cómo lo había dejado profundamente dormido, y sano y salvo. Copucha se rascó la cabeza, dió un suspiro como de locomotora que se detiene en una estación, y dijo :

— Emperi, que siga viaje Esparraguito. Le conviene rodar tierras y ver cosas. En tu compañía nada temo por él. Astroberto y Primorosa están desesperados, pero yo los tranquilizaré mañana

temprano y les encargaré que sigan rezando como lo están haciendo desde que Esparraguito desapareció. Convendría que le encontraras a Esparraguito algún medio de trasporte más cómodo que andarse colgando de su argolla en los picos de los pájaros. ¿Tienes algo pensado?

Y Emperi guiñó un ojo, como diciendo que Copucha era un infeliz que la creía a ella lerda y quedada cuando era un ser que todo, todo, lo preveía.

— ¡Las cosas suyas, *don* Copucha! — le dijo, tratándolo con cierta etiqueta para demostrar que estaba sentida. Le tengo un huanaco amaestrado que no hay mejor y mañana temprano estará a la puerta del alojamiento porque a mi regreso voy a pasar, antes que aclare, por un contrafuerte de la cordillera en donde pasa la temporada de verano.

— Pero Esparraguito no ha montado nunca a caballo, — observó Copucha.

— ¿Y a Vd. le parece, don Copucha, que montar en cóndor y subirse a la punta del cerro de un corcovo es más fácil? ¿Qué le pasa, don Copucha? ¿Está medio dormido? ¿Es que ha comido ratones?

— No exactamente, Emperi. Pero comí una ensalada de amapolas que me tiene medio atontado.

— Ya era tiempo, contestó Emperi, que Vd. supiera que las amapolas tienen opio. ¡Y dice que lo sabe todo!

— Mucho sé, contestó Copucha, pero tú sabes más de esas cosas que vienen de esas tierras tuyas del Asia.

Y dejando el tono de burla y desprecio en que le estaba hablando, Emperi se despidió de Copucha, asegurándole que Esparraguito sería cuidado por ella como si fuese una lechucita o un lorito de su propia cría.

Partió, y como le había prevenido a Copucha, se detuvo en un paraje de la cordillera que parecía inaccesible. Empezaba a aclarar.

Una manada de huanacos se paseaba moviendo la cabeza inquieta de un lado para otro. Uno de ellos, más chiquito y todo blanco, con una estrella negra en la frente, estaba echado como descansando. Emperi, que conocía el idioma de los huanacos, hizo un ruido como de carraspera para limpiarse la garganta y enseguida otros como gárgaras, y, por fin, unos silbidos como quien está escupiendo con música. Le entendieron todo lo que decía. Había llamado al huanaquito blanco de la estrella negra.

— *¡Escupito! ¡Escupito! ven aquí,* — le había dicho. Te necesito para que lleves en tus lomos a Esparraguito y corras con él a través del desierto y lo lleves a ver todas las riquezas que encierra. Yo los acompañaré volando.

Y Escupito, que era un huanaco juguetón, aventurero, andariego y muy saltón, escupió 19 veces primero, hizo una pausa y escupió otras nueve. Como no podía hablar, recurría al idioma de la lechuza vieja, mamá de Emperi. Quería decir S e I, Sí.

Emperi le contestó :

— No, Escupito, no me contestes con un sí seco, sino sígueme, y dió todos los golpes necesarios para que Escupito entendiera esta larga frase.

Escupito hizo dos brincos en cruz, lo que para él equivalía a ponerle la firma y el sello a un contrato. Y salieron ambos escapados para el alojamiento de Esparraguito, Escupito a galope tendido y Emperi volando desaforadamente. Temían que hubiese despertado, y encontrándose solo hiciese alguna tontería. Pero no. Cuando llegaron allí, Esparraguito dormía aún profundamente.

Emperi parada en la ventana y Escupito en el suelo, aguardaron que Esparraguito despertara, gozando de las primeras luces del sol, y cuando los rayos de éste penetraron a la casa e hirieron de lleno el rosicler que le servía de almohada a Esparraguito, éste se restregó los ojitos de semilla de achira y se levantó sobresaltado. Se acordó que la luz descoloraba el precioso color rubí del



—¡Kcupitō!.. ¡Kcupitò! ven aquí,— dijo Kmkeri

rosicler, y corrió hacia la puerta, salió afuera y la cerró a toda su fuerza.

— Te ha inspirado Vishnú, el Dios indio de la conservación, Esparraguito, — le gritó Emperi.

Esparraguito se sonrió con incredulidad y dulzura. No creía en las patrañas religiosas de Emperi, pájaro muy sabio pero lleno de ideas raras. Esparraguito no creía sino en el Dios grande, bondadoso, omnipotente, único, que Copucha le había enseñado a venerar y al cual le rezaba mañana y noche. Nada le dijo a Emperi, sin embargo, porque Copucha también le había enseñado a respetar las creencias de todo el mundo, aún las de los pájaros. Deslumbrado con la luz reverberante del sol multiplicada por la blancura de la arena del desierto, Esparraguito no había notado la presencia de Escupito que en ese momento se hacía la toilette de la mañana lamiéndose las cuatro patas y restregando la cabeza en la arena como quién se jabona con una esponja. De pronto lo vió y exclamó :

— ¡Emperi! ¡Emperi! ¿Qué cosa es esta oveja a la cual se le ha subido la cabeza encima de un telescopio?

— Es huanaco y no oveja y se llama Escupito. Tiene lana como las ovejas y por éso unos españoles que llegaron por estas tierras hace muchos años los llamaron « carneros de la tierra »; pero son más útiles que las ovejas, porque además de dar lana pueden trasportar cosas aún pesadas. Y vas a ver, Esparraguito, cómo Escupito puede llevarte en su lomo y correr contigo en todas direcciones.

Y dirigiéndose a Escupito en el idioma de los huanacos, le dijo :

— Escupito, levántate y prepárate para recibir en tu lomo al primer jinete legumbre que ha llegado al mundo.

Escupito se desperezó estirándose largo a largo y enseguida se escupió las cuatro patas y se las restregó unas contra otras, lo mismo que los acróbatas en el circo antes de hacer sus pruebas que

Esparraguito había visto un día en el pueblo cercano a su casita de los mil cubos de colores. Hecho lo cual, Escupito se levantó de un salto, se acercó a Esparraguito, se hincó con las patas delanteras y volviendo la cabeza atrás le señaló su lomo con tanta expresión que a Esparraguito le pareció que hasta le decía : ¡Súbete!

Esparraguito, encantado, iba ya a subirse, cuando se acordó que no se había lavado ni había tomado desayuno. ¡Cómo iba a salir de de viaje así no más! Pero ¿de dónde sacar agua y alimentos? ¡Qué trabajo! Emperi adivinó las vacilaciones de Esparraguito y para sacarlo de apuros le dijo :

— No te aflijas, niño. Súbete en Escupito y anda a buscar agua al oasis que hay a veinte kilómetros de aquí. Yo le daré mis instrucciones.

Y Emperi se acercó a la oreja de Escupito, hizo unos ruidos raros en la lengua de los huanacos, movió éste la cabeza en señal de asentimiento, y luego la meneó otra vez mirando fijamente a Esparraguito y como diciendo : « ¡Vamos, niño, súbete y no embromes más! »

— Agárrate firme, Esparraguito, le gritó Emperi. Los huanacos tienen también algo de cabras y saltan que es un contento.

Pero Esparraguito, a pesar de ser casi legumbre, tenía piernas muy firmes que se hundieron en la lana del huanaco como en un colchón y no bien se encaramó en el lomo, Escupito salió no como tal sino más bien como escopeta que se dispara.

En un suspiro llegaron a lo que Emperi había llamado oasis. ¡Qué lindo era! En medio del desierto en que no se veía ni un árbol, ni una casa, ni siquiera una cueva porque de allí parecía que hubiese arrancado todo lo que tenía hasta la apariencia de vida, surgían unos árboles de troncos muy largos, con unos como abanicos en la punta y de los cuales colgaban unos racimos de frutos que le parecieron a Esparraguito pelotas de football verdes. Y había allí viñas cargadas de uvas, un gallinero y huevos desparra-

mados por centenares alrededor de unas pollonas rubias que parecían venir de algun país de raza sajona, un establo con vacas negras a manchas blancas acompañadas de terneritos chiquititos que mamaban a toda su fuerza, unas arboledas cuajadas de duraznos, peras, ciruelas, manzanas y naranjas y, por fin, un sitio misterioso escondido en una hendidura cubierta de matorrales, en donde vivía el mago que producía ese milagro en medio de la soledad. Hacía un ruido delicioso como de cascada de agua. Esparraguito se bajó del lomo de Escupito y corrió hacia allá. Puso el oído en tierra para oir mejor el ruido. Parecía que cantaba un himno que refrescaba y daba vida y fuerzas. ¿Quién será? se preguntaba Esparraguito. Y el ruido parecía contestarle :

— Soy... soy... soy... soy... la... la... la... la... vi... vi... vi... vi... da... da... da... da...

Se acercó más, levantó un poco los matorrales para ver y se encontró con una vertiente de agua pura, fresca, deliciosa, que al salir a la superficie y correr sobre su lecho desigual de piedrecillas y leños caídos, hacía ese ruido. Se sacó su trajecito de seda, se dió un largo baño, bebió todo lo que le dió la gana, y refrescado se vistió de nuevo. Escupito, a todo ésto, comenzaba a dar brincos de impaciencia, y tanto brincaba que Esparraguito acabó de vestirse tan a escape que se puso el pantaloncito de seda al revés y el lazo de la cintura terciado sobre el pecho como banda de Presidente. Llegó hasta Escupito que con el hocico le mostraba las vacas para que les sacara leche, las pelotas verdes de las palmeras para que las partiese en dos porque eran lo que llaman cocos y le sirvieran de vasijas para contener la leche, y los huevos de las gallinas y las frutas de los árboles y las uvas de los viñedos. Escupito escarbaba el suelo con la pata delantera izquierda para señalar su impaciencia y se veía que estaba nervioso, muy nervioso por salir de allí. Esparraguito comprendió que algún motivo debía tener para tanta nerviosidad y corrió a la palmera a arrancarle dos cocos grandes.

Con una piedra filuda los partió en dos, y como un relámpago fué y lechó la vaca hasta llenar la mitad de un coco. Le puso la otra mitad encima y con una hoja de esa planta que llaman pita, ató ambas por manera que el coco quedó como si nunca lo hubieran partido. Otro tanto hizo Esparraguito con el otro coco y lo llenó de huevos frescos, y tomando otra hoja de pita los ató uno a cada extremo y los colgó en el cuello de Escupito. Recogió unos racimos de uvas y unas ramas cargadas de duraznos y otras de peras, ciruelas, manzanas y naranjas, y todo lo ató con hojas de pita, cargándolo en los lomos de Escupito que parecía una hortaliza ambulante, hecho lo cual se subió de un salto encima. Pero Escupito estaba como clavado en el suelo, con las dos orejas paradas apuntando hacia adelante como quien trata de aguzar el oído. Se sintió un crujido de ramas y luego un rugido como de trueno. Escupito tiritaba más bien como de rabia que de susto. Luego asomó la cabeza por el fondo del matorral una bestia que Esparraguito no había visto nunca. Era como un gato enorme, colosal, con una mirada feroz y luego una garra que plantó en una rama haciéndola mil pedazos como si fuera un palillo de fósforo. Esparraguito estaba como hipnotizado y se aferraba más que nunca a Escupito sujetando como podía todo aquel precioso cargamento. Escupito, como esos banderilleros que en las corridas de toros tratan de atraer al bicho para clavarle las banderillas, llamándole la atención, escarbaba el suelo con las patas delanteras y levantaba la cabeza invitando a la bestia a cargar. *El susto de Esparraguito era muy grande.* De pronto la bestia, que era uno de esos leones de montaña que llaman « puma », pegó un salto como para cargarles. Venía con el hocico abierto mostrando unos colmillos afilados y amarillos, rugiendo y con los ojos que parecían expedir chispas y ¡oh sorpresa! Escupito, tiritando de rabia, le lanzó dos escupos, uno a cada ojo, con una puntería maravillosa, y lo dejó ciego. Para no errarle era que lo invitaba a acercarse, y porque



El miedo de Escarraguito era muy grande

presentía que andaba por allí era su impaciencia. El puma agachó la cabeza, y rugiendo de dolor la enterraba en el suelo y se refregaba. Escupito dió media vuelta, y con el más profundo desprecio meneaba el pedacito de cola que Dios le ha dado a los huanacos, como diciendo :

— Ahí te dejo, mentecato. ¿No te gusta meterte con Escupito?

CASCABEL No. 9

TRAJINANDO EN EL DESIERTO

E un galope llegó Escupito con su preciosa carga a la casa en que Esparraguito había pasado la noche.

Emperi, revoloteando, se había metido en todas las cuevas de la ladera, e impaciente esperaba la llegada de Escupito y su jinete medio legumbre. Con una abertura de pico que parecía un suspiro de alivio, los recibió, y con voz burlona gritó :

— ¡Esparraguito! ¡Te trajiste todo el oasis! ¡Quien lo hereda no lo hurta! ¡Estás más hambriento que don Astroberto!

Esparraguito movió la cabeza tres veces como diciendo que sí. No le volvía aún el habla después del susto que se había llevado con el ataque del puma y la escapada maravillosa. A cada momento veía el par de escupos de Escupito como dos balas y los dos ojos del puma como dos faroles rotos. Bajó todo su cargamento : los cocos con la leche, y los huevos, las peras, las naranjas, los duraznos y las uvas, y lo entró a la casa. Se quedó como distraído pensando. ¿Cómo iba a comer sin platos, ni cuchillos, ni tenedores, ni cucharas? Claro que la leche podía tomársela en el mismo medio coco en que la había traído; pero ¿y los huevos? ¿Y cómo iba a pelar la fruta? Esparraguito era regalón y en su carita se dibujó un puchero. Después de tanto trabajo y del susto, ¿iba a quedarse sin comer? Emperi lo vio en ademán de llanto y le gritó medio enojada :



Los deditos comenzaron á sangrarle sin que hubiera
caído al suelo ni un pedacito siquiera

— Malo, muy malo, Esparraguito; no hay que llorar por cosas chicas, que bastantes cosas grandes hay que causan llanto. Peor sería que tuvieras platos, cucharas, cuchillos y tenedores y ninguna cosa que comer. Vas a encontrar de todo, pero tendrás que trabajar. ¡Nada se encuentra sin trabajo!

Esparraguito oía siempre con fé ciega todo lo que decía Emperi. ¡Claro que era una tontería afligirse por tan poca cosa! Se echó a reir de sí mismo, y con un ademán de potrillo listo para arrancar de un brinco, le dijo a Emperi:

— ¿Dónde quieres que vaya? ¿Qué quieres que haga? Nunca volveré a llorar por cositas chiquititas, aunque sean platos y cucharas.

— Móntate en Escupito, dijo Emperi, y corre a la cuarta cueva a la izquierda. No tengas miedo. Entra a la cueva, escarba un poco en las paredes y tráeme las cosas sueltas que van a desprenderse y a caer al suelo.

Salió Esparraguito como un celaje, a galope tendido en Escupito y éste paró tan repentinamente en la boca misma de la cueva, que Esparraguito salió limpio por la cabeza de Escupito y cayó de bruces adentro de la cueva. Se rasmilló el copihue que tenía de nariz y las rodillas, ¡pero no lloró! Por el contrario, le había divertido la media vuelta de carnero que acababa de darse. Sintiéndose muy valiente, irguió la cabecita y a paso de soldado en revista de parada, entró. La cueva era grande. Entraba por la abertura mucha luz que iba achicándose, achicándose hacia el fondo de una galería que parecía no tener fin. En las paredes brillaban unas como ramas. Pero no eran vegetales, sino metálicas. Escarbó, como Emperi le había dicho, pero estaban muy pegadas. *Los deditos comenzaron a sangrarle sin que hubiese caído al suelo ni un pedacito siquiera.* Casi se afligió otra vez, pero se acordó de Emperi y se dijo: « Mucho peor sería que no hubiera encontrado nada en las paredes ». Pero ¿y cómo sacar las ramas brillantes? De repente

tuvo una idea. Recogió unas piedras aguzadas que encontró en el suelo, tomó una en cada mano y comenzó a golpear a toda su fuerza. Aquello que parecía tan duro estaba un poco descompuesto y con poquitos golpes comenzaron a desprenderse muchas ramitas mezcladas con arena y piedra. Las que cayeron primero eran opacas y negruzcas, pero luego debajo aparecieron otras que brillaban como plata. La luz del sol quebraba sobre ellas como sobre un espejo. Esparraguito se entusiasmó. Saltó cinco o seis veces de gusto y casi se pega en el techo porque la cueva no era muy alta. Empezó a echarse pedacitos de rama y piedras a los bolsillos del trajecito de seda, y una asomó por debajo. Eran demasiado pesadas y le estaban rompiendo el traje. ¡Nueva dificultad! ¿Cómo llevarse todo ésto? Botado en la boca de la cueva había un tarro de lata agujereado, mohoso, arrugado, como un sombrero de copa en que alguien se hubiera sentado. Era uno de los muchos que siempre se encuentran en las minas abandonadas. Tenía de agarradero un pedazo de alambre también todo mohoso. Al lado había otro trozo del mismo alambre en que Escupito casi se había enredado una pata. Metió en el tarro todas las piedras y las ramitas y con el alambre lo amarró a una pata de Escupito. Se montó encima, le hizo cariños en el pescuezo de telescopio y le dió unas palmadas en las ancas para que partiese. Escupito, que era muy diablo, se largó en el acto a galope tendido con el tarro de lata y las piedras y ramitas a remolque haciendo un ruido infernal. Llegaron en un suspiro a la puerta de la casa.

— ¡Bien, bravo, Esparraguito! dijo Emperi al verlo llegar. ¡Has aprendido! En los dos tropiezos que tuviste, en vez de llorar como niño regalón, supiste arreglarte para salir del paso.

Esparraguito se sonrió de puro satisfecho. ¡Ya sabía manejarse en los apuros! Pero le comía una duda. ¿Cómo era que aquellas piedras y ramitas iban a volverse cuchillos, tenedores, cucharas y platos? Emperi meneaba la cabeza de un lado para otro como

diciendo : ¡Vamos! ¡vamos! ¿ya comenzamos otra vez? Y en voz alta le dijo :

— Sé lo que estás pensando, Esparraguito. Nada en este mundo se consigue así no más. Todo hay que trabajarlo. Vas a ver en un momento cómo de éso que parece solo roca descompuesta, saldrán las cosas que quieres. Sal a buscar las piedras redondas más grandes que puedas acarrear y ven conmigo hasta ese peñasco.

Y le señaló uno tan plano encima que parecía mesa. Se diría que con un serrucho lo hubieran descabezado.

Emperi, dirigiéndose a Escupito en lenguaje de huanacos, le gritó :

— ¡Apúrate, cogotudo!

Salió Escupito disparado con el tarro de lata a rastras. Emperi volaba en la misma direccion y Esparraguito corría con sus dos piedras redondas, una en cada mano.

Esparraguito, a la voz de mando de Emperi, sacó del tarro todas las piedras y ramitas y las puso encima del peñasco-mesa.

— ¡Machaca, machaca a toda tu fuerza, Esparraguito! Con las dos piedras redondas a un tiempo! le gritaba Emperi.

Esparraguito, colorado, pegaba y pegaba desesperadamente sobre las piedras y ramitas. Volaban chispas en todas direcciones y saltaba a los lados la arena y las piedras descompuestas. Iba quedando sobre el peñasco una masa como de metal blando que a cada golpe de Esparraguito relucía más y más y en vez de despedazarse iba ligándose en forma de lámina. Esparraguito tenía los ojitos de semilla de achira dilatados por la admiración. ¿Qué cosa sería?

— Éso es lo que llaman plata nativa, dijo Emperi, y por estas tierras la llaman plata piña. Es tan plata como el rosicler; pero Dios la creó en esta otra forma para ayudar a la gente pobre que antiguamente vivía en estas comarcas. De puro pobres, no tenían más que plata que a nadie le servía sino para hacer vasijas y platos.

¡Pobres indios! Tenían las mismas cosas de plata que usan los millonarios y eran pordioseros. Por éso los persiguieron. Otro día te contaré. ¡Machaca! ¡machaca, Esparraguito!

Y Esparraguito machacaba y machacaba furiosamente. Cuando tuvo una buena cantidad de esta pasta que lucía al sol como plata bruñida, cortó con piedras agudas primero unos cuantos palitos largos y después otros como discos.

— ¿Para qué me haces cortar ésto así, Emperi? preguntó Esparraguito, que trabajaba como un loco.

— Son tenedores, cuchillos y cucharas los palitos y platos los discos. Falta solo darles forma. Luego verás.

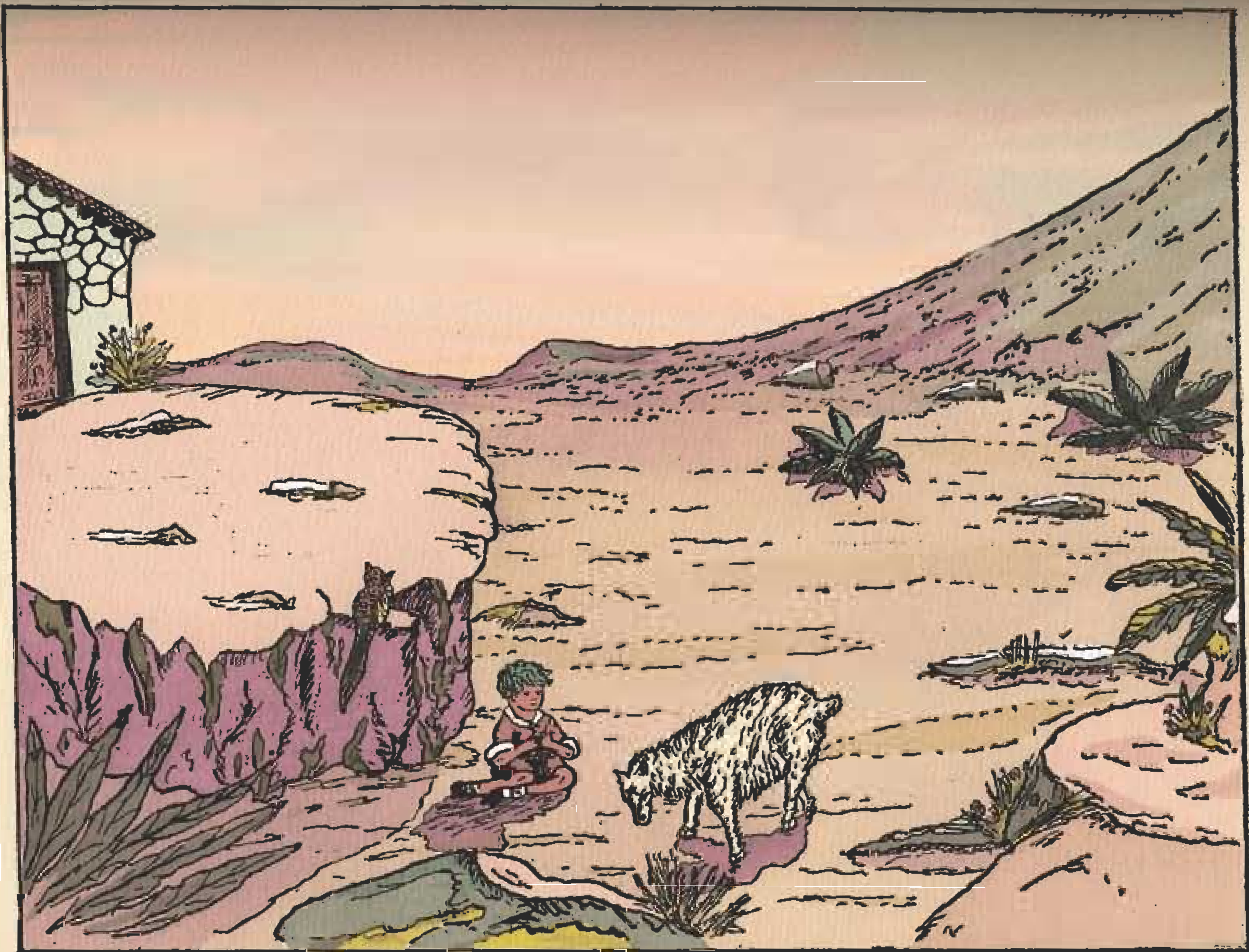
Y con piedras de distintas formas, Esparraguito fué moldeando esa masa informe y salió primero un cuchillo, después un tenedor, enseguida una cuchara, dos platos soperos y dos extendidos.

Esparraguito se secó el sudor y aplaudió. Emperi, con voz sentenciosa y aire de misterio, dijo entonces :

— Malo es aplaudirse a sí mismo, pero en fin, te ha resultado el trabajo y estás contento. Todo resulta con el esfuerzo, Esparraguito. Ahora, aprovechemos esta preciosa vajilla.

Y señalándole con el pico la casa donde estaban las provisiones, partió Emperi volando adelante, Escupito galopando y Esparraguito corriendo a todo lo que le daban las piernas con los platos debajo de los brazos y tenedor, cuchillo y cuchara en los bolsillos. Esparraguito, en un plato, armado de cuchillo y tenedor, peló fruta y le cortó la puntita a dos huevos que se chupó de un sorbo. Sirvió la leche en los dos platos soperos. En uno lengueteaba Escupito hasta tragársela toda y en el otro tomaba sorbos cortos y trabajosos, a causa de su pico, Emperi. ¡Espléndido banquete! decía Emperi, pasándose la lengua traposa por el pico, como para saborearse. Y estaba tan contenta que salió con esta ocurrencia :

— ¡Qué lástima que no sepas zamacueca para bailar contigo, Esparraguito!



Ekarraguitò llevaba el compás con las manos y Imperi cantāba

Escupito, en lengua de huanacos, le dijo a Emperi que él sabía zamacueca y tango, porque pasaba de uno a otro lado de las montañas y del otro lado les gustaba el tango. Y diciendo ésto se levantó y comenzó a balancearse airosamente en las cuatro patas. Con las delanteras hacía los pasos de los hombres y con las traseras los de las mujeres. *Esparraguito llevaba el compás con las manos y Emperi cantaba* así :

Baila a matarte, huanaco,
Pescuezo de catalejo.
¡Haz las de quico y caco
Hasta dejar el pellejo!

Escupe por el colmillo,
Salta en las patas traseras
¡Que te pillo! ¡que te pillo!
Le gritan las delanteras.

Escupito, en este arte
Mueve poco la cabeza,
Pero mueve la otra parte
Con donaire y ligereza.

En los negocios de tango
Las cosas son al revés
Y lo que más importa es
No la sartén sino el mango.

Pón ojos de huevos revueltos
Y cara de mucho susto;
Deja tus lomos bien sueltos,
Pero guarda el semblante adusto.

Nunca se había visto en aquellas soledades una fiesta más divertida y estrambótica. Un loro-lechuza, un huanaco y un niño casi legumbre, entregados al baile y a la música. Tan cansados quedaron que durmieron una siesta. Al caer la tarde, Emperi dijo que había mucho que ver y no podían quedarse allí. Y agregó :

— Esparraguito, es necesario que veas el mar y comas pescado.

Cargaron a Escupito con un saco en que iba toda la vajilla de plata, los cocos con los huevos y encima la fruta, y salió la caravana. Emperi volaba, Escupito galopaba y Esparraguito encaramado arriba iba durmiéndose de cansado. De noche ya, llegaron a una playa. Vieron unas chozas hechas de cuero de lobo marino afirmadas en quijadas de ballenas y tiburones, pero estaban abandonadas. Mejor alojamiento no podían esperar en aquellas soledades en que no se sentía sino el rumor del mar que quebraba mansamente sobre una playa muy extendida.

— Estas son viviendas de indios pescadores, explicó Emperi. Pasan un tiempo aquí y cuando ya se acaba el pescado que pulula cerca de la playa, se van a otra parte, porque no les gusta salir mar afuera.

Todo ésto era nuevo, muy nuevo para Esparraguito. Se acomodaron para pasar la noche, Escupito echado a poca distancia de la choza escogida, Emperi parada como un vigía encima de la quijada más saliente que sostenía la armazón, y Esparraguito acurrucado adentro y tapado con el saco de las provisiones que le servía de abrigo. Estaba quedándose dormido, cuando sintió un ruido muy débil, como de dientes que mascan algo duro. Emperi no se movía y dormitaba con un ojo cerrado y el otro abierto. Escupito tampoco. Era el más cansado, porque le había tocado cargar con todo. Esparraguito, empujado por la curiosidad, se levantó y caminó en la dirección del ruido. Vió miles de animalitos negros con colas largas que a la luz de la luna hecha un hilo, porque estaba en lo que llaman menguante, le parecieron ratones. Roían unos tubitos de metal dorado con un lápiz blando y rojo que asomaba de adentro. ¡Cosa más extraña! pensó Esparraguito. Siguió adelante y vió que las olas iban arrojando sobre la playa cantidades de estos tubitos que parecían salir del fondo del mar. Recogió uno. Era casi igual a una cosa que tenía doña Primorosa en su mesa de toilette para pintarse los labios en los días de fiesta. « Harto raro es ésto » pensó

Esparraguito, y volvió a observar más de cerca a los ratones. Unos ratones bigotudos que parecían hombres mordían los tubos con rabia, sacaban el lápiz blando y en vez de tragárselo lo escupían y se iban a morder otro con más furor todavía. En cambio, había otros que parecían ratonas mujeres, sentadas sobre la cola. Con



Esparraguito hacía esfuerzos por no soltar una carcajada que podía espantarlas.

una de las patas trataban de pintarse la boca con el rouge y se veían horrorosas, pero se sentían satisfechas porque borneaban la cola en señal de contento. *Esparraguito hacía esfuerzos para no soltar una carcajada que podía espantarlas* y se fué corriendo donde Emperi a contarle tan extravagante espectáculo.

— Y por Dios, Emperi, que se veían horribles con los labios tan colorados, decía Esparraguito pasándose por la boquita el dedo chico imitando a las ratonas.

Emperi, tomando ese aire sentencioso que magnetizaba a Esparraguito, le dijo :

— ¡Así pasa siempre! Mientras más se pintan, más grande se les ve la boca; pero seguirán, porque creen que se ven preciosas. Sé que por estas vecindades ha naufragado un buque que traía de tierras lejanas un cargamento de algo que llaman « rouge » para los labios y casi no hay hembra que no lo haya ensayado. Hace poco tiempo, ví unas ranas haciendo lo mismo. Una sapa negra y gorda, con una boca de buzón de correo, se estaba pintando con uno de estos tubitos y para qué te digo, Esparraguito, cómo gargareaban insultos los sapos de puro enojados. Ninguna lora lo ha ensayado todavía porque no tienen labios y en el pico se vería como la nariz de un borracho.

Esparraguito se durmió, acordándose que en los días de fiesta doña Primorosa le dejaba unas marcas que parecían heridas sangrientas en la cara cuando venía a besarlo y darle las buenas noches. Y como todos los niños cuando sueñan ensartan unas cosas con otras parecidas, se acordó en sueños que su Mamá, toda pintarrajeada, decía que no podía verse bien de fiesta hasta que no tuviese un collar de perlas.

Esparraguito amaneció con la idea fija de buscarle un collar de perlas a su Mamá y fué a preguntarle a Emperi dónde podía conseguirlo.

— Has de saber, Esparraguito, dijo Emperi, que las perlas no se encuentran en las minas como los brillantes, como las esmeraldas y como los rubíes, sino en el fondo del mar y que son una enfermedad de unos crustáceos marinos — así llaman a los pescados que viven en conchas o caparazones — que la gente llama ostras.

Esparraguito abrió tamaños sus ojos de semilla de achira y le dijo a Emperi :

— ¿Quieres decir, Emperi, que éso que llaman perlas y son tan preciosas, son una enfermedad? ¡Y las llaman ostras porque hay gente que cuando come una, quieren ostras y ostras y ostras más!

Emperi hubiera soltado de buena gana una carcajada. Con aire

de profesor, le explicó a Esparraguito que las ostras eran unas conchas dentro de las cuales había un pulpo que no se sabía si era vegetación marina o un ser viviente en embrión, y agregó :

— Así son las cosas en este mundo, Esparraguito. No tienen más valor que el que les dá la imaginación de la gente. Como esta enfermedad de las ostras le gusta a las mujeres y tiene forma y color muy lindo, el mundo la llama piedra preciosa. Pasan las cosas más raras, Esparraguito. ¿No has visto en este desierto que acabamos de atravesar que nada crece? Sin embargo, hay aquí una sustancia que lo hace crecer todo. Cuando la desparraman sobre otras tierras donde llueve, hace crecer y crecer y crecer a las plantas como te hizo engordar a tí el tónico que te daba Primorosa para que te fortificaras.

Esparraguito estaba todo confundido. Repetía entre dientes, hablando solo : « ¡ enfermedades que son piedras preciosas, desiertos que hacen crecer las plantas! ¡Me dá vuelta la cabeza! ¡No sé dónde estoy! »

Emperi adivinó el enredo que se le había formado en la cabecita y con una dulzura que nunca había empleado antes, casi con humildad y vergüenza, le dijo :

— Esparraguito, hasta los que creen saber mucho no saben dónde están. No te tortures la cabeza. Toma las cosas como vienen. Si las perlas le gustan a Primorosa, búscalas y admíralas y aprécialas, aunque sean enfermedades.

Y Esparraguito, con esa espontaneidad de los niños, exclamó :
— ¡Ya está! — Y se fué a la playa.

Allí encontró una chalupa del mismo cuero de lobo de las chozas. La habían cosido con tripa de tiburón, valiéndose de una espina de pescado como aguja, según le explicó Emperi.

— ¿Sabes nadar, Esparraguito? — le preguntó ésta.

— Nadaba como pescado en la acequia de casa, — contestó éste.

— Poco fondo tiene éso, dijo Emperi, pero por lo menos te

habrá servido para mantenerte flotando. ¿Afirmabas un pié en el fondo de la acequia para hacer creer que flotabas?

— No, Emperi. Hasta sé zambullirme, porque muchas veces me tiré a la pila a buscar en el fondo unas monedas que Copucha echaba precisamente para enseñarme a nadar bajo el agua.

— Entonces, Esparraguito, dijo Emperi, estás preparado para



Escupitó se había puesto de espaldas, mirando hacia la cordillera. No quería ver la partida de Esparraguito.

ser pescador de perlas. ¡Lánzate en la carrera de hombre de mar!

Escupito, muy valiente en tierra firme, le tenía terror al mar y *se había puesto de espaldas, mirando hacia la cordillera. No quería ver la partida de Esparraguito.* Un precipicio de mil metros lo tenía sin cuidado, pero esa masa de agua, entre azul y verde, agitada, rugiente, le infundía tal pánico que si no hubiera sido por la mirada severa y penetrante de Emperi, se habría largado a carrera tendida y no habría parado hasta llegar a los picos más altos de la cordillera, desde donde veía el mar tan pequeñito que no le daba ni pizca de miedo.

CASCABEL No. 10

TRAGA-ALDABAS Y EL COLLAR DE PERLAS


A chalupa se mantenía bien a flote, pero Esparraguito, que no había navegado nunca, estaba un poco mareado. Emperi, parada en la proa de la chalupa, lo animaba diciéndole :

— No tengas miedo, Esparraguito. Si la chalupa se vuelca te pesco de la argolla y vuelo contigo a tierra.

El mar no estaba encrespado, pero corrían unas olas grandes que no rompían, como si fuese aquello una gran sábana azul-verde que alguien soplaba por debajo. Y a ratos la chalupa de Esparraguito se veía abajo, muy abajo, como en una quebrada de agua, y otras veces alta, muy alta, como en la cumbre de una colina. En el cielo no había ni una nube porque en esas regiones no llovía nunca. Esparraguito remaba con unas paletas redondas fabricadas con dos aros de barba de ballena sobre los cuales habían cosido cuero de lobo de mar. Estos aros iban fuertemente atados con tripas de tiburón a una espina grande y gorda, también de tiburón. Y así, rema que rema, remontaba una tras otra las masas de agua que al llegar a la playa se deshacían en una espuma que a Esparraguito le parecía igual a una que levantaba cierta agua con infusión de una corteza que Pellejo llamaba « quillai » y con la cual doña Primorosa se lavaba su cabellera antes de la desgracia aquella de las

cuncunas que se la comieron con tanta rapidez y tan gran conocimiento del arte de los peluqueros.

La playa apenas se divisaba a lo lejos. A cada momento se veía más y más chiquitita.

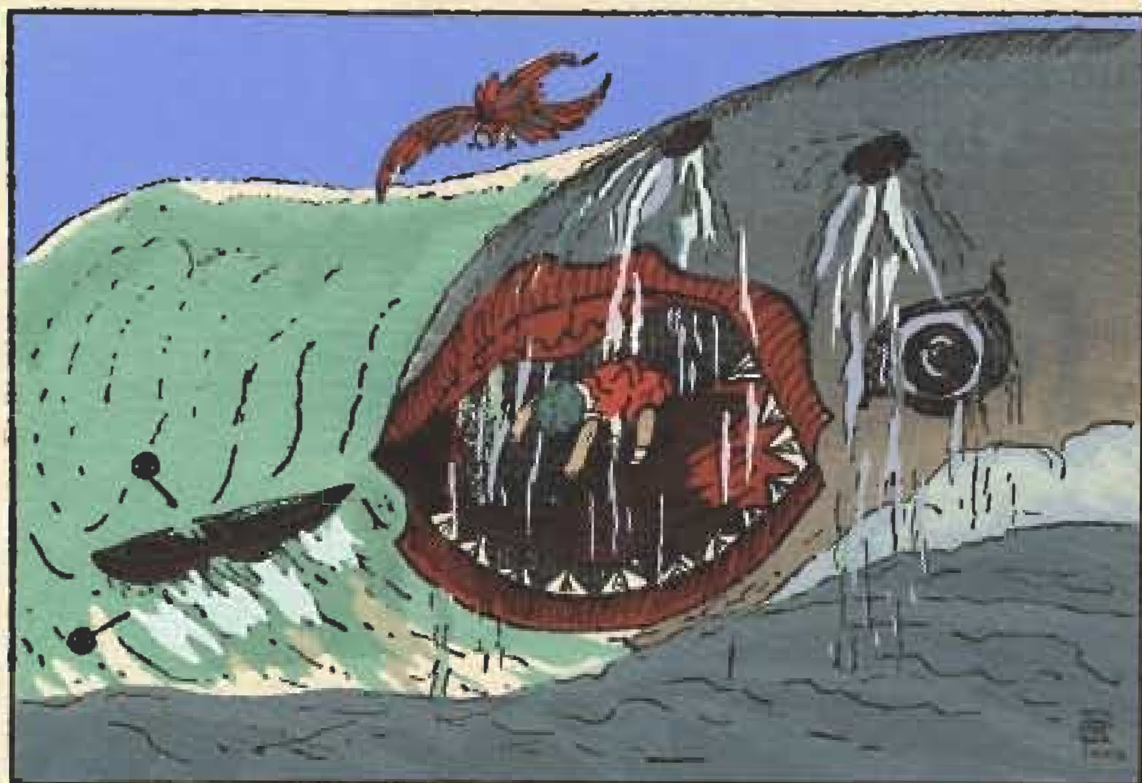
— Ésta es la pila más grande que he visto nunca, dijo Esparraguito en uno de esos momentos en que, a pesar de ser muy inteligente, salía con inocentadas grandes.

Emperi no se rió.

— Esparraguito, ésta es pila grande porque es hecha por Dios y no por Pellejo Espinosa como la de tu casita, y creada no para tener pescaditos colorados y unas cuantas flores acuáticas y una que otra rana que gargaree en las noches, sino para que la gente desparramada por el mundo tenga cómo comunicarse con facilidad y conocerse y llevarse unos a otros lo que producen y necesitan. Y en esta pilaza de Dios pululan pescados de todos tamaños y de todos colores, y duermen en el fondo entre unas hojas aceitosas y unas especies de espinos que llaman corales, blancos unos y rosados otros, miles de miles de langostas entre negras y verdosas que andan empinadas en sus caparazones, arrastrándose como arañas, centenares de pulpos de formas extrañas y raros colores, y millones de ostras cerradas como tales, escondiendo, tal vez por vergüenza más que por avaricia ya que a ellas de nada les sirven, esas enfermedades que llaman perlas. Hay debajo de estas aguas un mundo que yo no conozco sino de referencia, por lo que me ha contado un congrio comadrero con quien he solido entablar conversaciones que duraban días enteros porque hablaba con la boca llena de agua y era muy enredado.

Emperi trataba entretanto de penetrar con sus ojos de topacio incandescente a través de la masa de agua y ver todas aquellas cosas que conocía por las referencias del congrio que no le inspiraban mucha confianza. Por mirar tanto para abajo, no vió que acababa de aparecer detrás de una ola una cabeza negra inmensa,

horrible, como de un elefante gigantesco, deforme y ñato, que luego echaba un bufido y una columna de agua como la de la manguera de los bomberos que habían ido a apagar el incendio de la casa de doña Mielossa. A Esparraguito se le había levantado de punta todo su pelito verde con el susto, y antes que Emperi se hubiera dado cuenta de lo que ocurría, subía la chalupa la cresta de una ola, bajaba con rapidez vertiginosa, perdía Esparraguito el equilibrio, caía al agua sin conocimiento y no sintió sino que pasaba como por un vestíbulo hecho de resortes y luego por un tubo aceitoso y llegaba enseguida a un sitio oscuro, muy oscuro, resbaloso, lleno de algo que parecia agua salada. ¡Aquel monstruo marino se lo había tragado!



la ballena se había tomado a Esparraguito de un sorbo

En efecto, *la ballena*, porque aquel animal que parecía un elefante ñato no era sino una de esas ballenas negras que vienen del Antártico, *se había tomado a Esparraguito de un sorbo*, como quien se traga entera una yema de huevo, sin mascarlo.

Emperi, al darse cuenta de su descuido, se desesperó y atacó a la ballena, pero sus picotazos no le entraban y no parecían hacerle ni siquiera cosquillas, porque se resbalaban sobre el cuero lustroso y aceitado.

— No hay que perder un minuto, se dijo, si queremos salvar

a Esparraguito. ¿Cómo he podido caer en este descuido? ¡Qué horror!

Y batiendo las alas a toda su fuerza, voló hacia tierra; le hizo, en la playa, señas a Escupito que la siguiera y se fueron ambos a una velocidad fantástica donde Copucha. Nadie, sino éste, podía idear los medios de salvar a Esparraguito del terrible encierro en que estaba. En poco rato llegaron y Emperi, por la abertura de arriba, le gritó :

« Copucha, Copucha,
Tenemos lucha
Y muchísima pena
Por lo de la ballena. »

Copucha había tenido esa tarde presentimientos. Un mareo que en un principio atribuyó a una panzada de jaivas en almíbar, resultó más bien algo de la cabeza y no de la digestión. Sentía todo el tiempo rumor de olas, olor a cochayuyo, sensación de algo aceitoso, y veía profundidades de agua salada. En cuanto oyó la voz de Emperi, salió puerta afuera y con los ojos saltados, él, que era siempre tan tranquilo, gritó :

— ¿Qué hay?

— Se lo tragó una ballena, dijo Emperi, con una voz que parecía de llanto y sollozos.

Y Escupito, al oirla, dió tres corcovos con las patas traseras escupiendo a diestra y siniestra. En lenguaje de huanacos ésto quería decir que protestaba por habérsele permitido a Esparraguito navegar y salir mar afuera. En las montañas, gracias a su ombligo de argolla, los precipicios no tenían peligros, pero en el mar ¿de qué le servía?

Emperi le explicó enseguida, con cierto atolondramiento, lo que había pasado y cómo se distrajo mirando hacia el fondo del mar sin alcanzar a ver nada, cuando la ballena se acercó sin ser vista por ella.

Copucha, que tenía rabia por lo que acababa de ocurrir y además le guardaba a Emperi cierto rencor por los aires de superioridad que había tomado en la última entrevista, le dijo con voz recia y golpeada :

— Éso le pasa a todos los que tratan de ver muy profundo. Por mirar tan hondo no ven los peligros que tienen cerca.

Y luego enderezándose y tomando aires de boxeador que se prepara a una pelea, le dijo a Emperi :

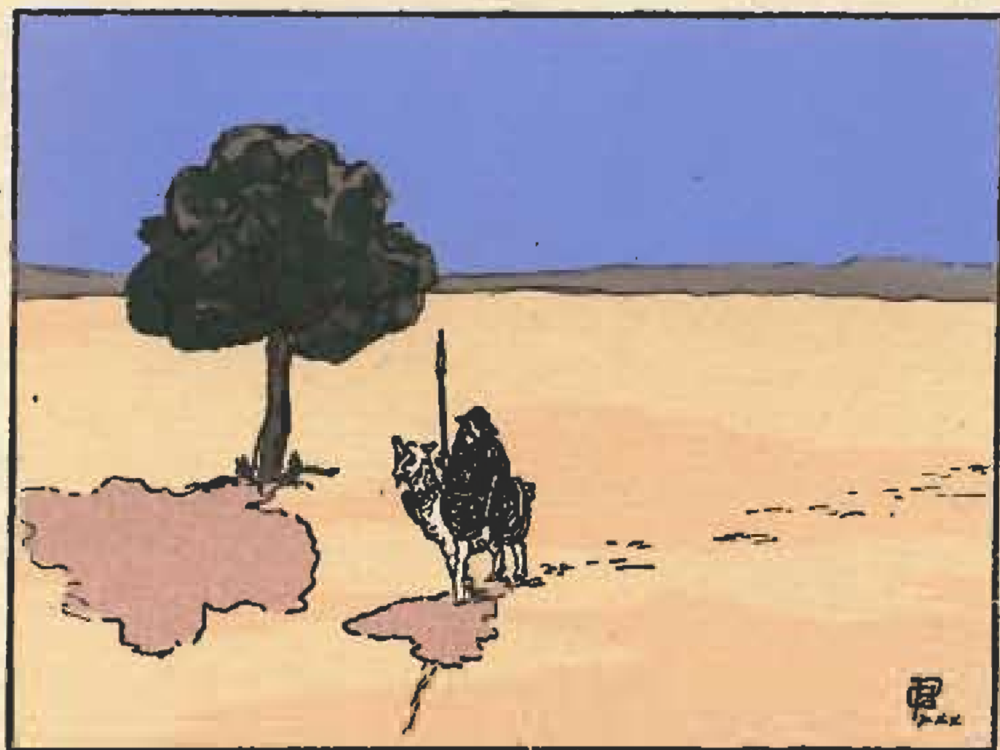
— No perdamos tiempo. ¡A salvar a Esparraguito! ¿Marcaste el lugar en que se hundió en el mar la ballena?

— No, dijo Emperi. ¡Pero ahí quedó flotando la chalupa vacía!

— Bien, dijo Copucha. Vuela, vuela a toda tu fuerza a la montaña y díle al Cóndor que mando decir yo que el que hace un daño tiene obligación de repararlo y que mientras más alto se está — y él se encuentra en la punta del cerro — mayor es la obligación. Él se robó a Esparraguito, de puro goloso. A él le toca ayudar a salvarlo. Muéstrale tú el lugar de la playa en que alojaron anoche, y allí nos encontraremos en poco tiempo más.

No bien había emprendido Emperi el vuelo, Copucha sacó de su casita un cuchillo grande y una punta como de acero y se fué al bosque a cortar un palo largo, flexible, muy derecho, de un árbol que llaman « quila » y del cual él sabía que los indios de los alrededores fabricaban lanzas para pelear contra los que venían a quitarles sus tierras. Encontró uno que era exactamente lo que quería : delgado, derecho, duro como el fierro y le metió en la punta el clavo de acero. Armó así lo que, segun él mismo, se llamaba un arpón y apenas terminó de arreglarlo amarrándolo a un cordel muy largo y firme que tenía guardado en la casa para lo que pudiese ofrecerse, ató dos canastos de provisiones a modo de árguenas sobre el lomo de Escupito y se montó en él armado de su arpón. *Partió Escupito encorvado con el enorme peso de Copucha y los canastos a todo lo que le daban las patas* y pasó,

como un celaje, frente a la casa de doña Mielosa. Ésta se encontraba en ese momento en el tunal de su casa gozando con las tunas y encantada de ver que aún la carne de esa fruta tenía tantas pepas duras e indigestas. Desde la desaparición de Serena y Esparraguito, estaba más furiosa que nunca y decía que Copucha era un brujo come-niños y no un sabio ni mucho menos un santo. Cuando lo vió pasar, corrió arremangándose las faldas para ver la dirección que llevaba y resolvió allí mismo seguirlo. A pié no alcanzaría nunca a Escupito que corría y corría como el huanaco de más pura sangre. Se acordó entonces del carretón de basura del pueblo que era casi un automóvil porque tenía un motor que hacía caminar las ruedas delanteras con una parafina revuelta con ácido sulfídrico que iba dejando un olor como a huevos podridos y tenía hasta la ventaja de impedir que la gente sufriese con el olor de las basuras mismas. El carretón estaba con pocas basuras en ese momento : corontas de choclos, peladuras de papas, tierra mezclada con pedazos de papel sucio y trapos rotos, cáscaras de huevos, una media sandía vaciada, dos trampas de ratones mohosas y descompuestas, paja usada de unas pesebreras poco higiénicas, aserrín de una barraca de madera y dos o tres botellas vacías de aceite de palmacristi. Llevaba delante, en vez de rueda de dirección, una palanca toda amohosada. En el apuro por seguir a Copucha, doña



Partió Escupito, encorvado con el enorme peso de Copucha y los canastos, a todo lo que le daban las patas



Aquella prisión era de carne roja, oscura, resbalosa

Mielosa no quiso vaciar el carretón y subió sobre todos aquellos desperdicios como quién se sienta en un mullido colchón, apretó un botoncito y el motor se puso en marcha con un ruido ensordecedor, expidiendo bocanadas de un humo espeso e infecto. Volaba detrás de Escupito, pero éste, bien pronto, apretó el galope y ganó distancia sobre ella. En el desierto salían de sus cuevas unos animalitos que secretaban un líquido infecto. « Chingues » los llamaban. Se asomaban a ver si venía alguno de su propia familia más crecido y forzudo, y luego se escondían enteramente mareados. Doña Mielosa se perdió en el desierto con carretón y todo, y hasta ahora la andan buscando.....

Entretanto, Esparraguito, en el vientre de la ballena, comenzaba a recobrar el conocimiento. Abrió los ojitos y en un principio no veía casi nada. *Aquella prisión era de carne roja, oscura, resbalosa* y tenía varios compartimentos. A juzgar por el tamaño, la ballena debía tener por lo menos 30 metros de largo, casi las dimensiones de un submarino. Esparraguito comenzó a pensar. Copucha le había enseñado que así lo hiciera en los grandes apuros y poco a poco vió más claro. En el fondo del estómago de la ballena había un líquido que expedía un poco de luz.

— Ya sé, se dijo. Es fosforescencia del agua de mar.

Copucha le había explicado que los pescados muertos y más de 40 animalitos vivos y aún vegetaciones marinas contenían sustancias luminosas en partículas tan pequeñas que era difícil individualizarlas, pero en tal cantidad que producían el efecto de ser el agua misma la que irradiaba luz. Si hubieran estado en cualquier otro estómago que no fuese el de la ballena, se habrían apagado porque necesitan aire para brillar; pero la ballena respiraba como un animal de tierra y algo le había pasado que permitía que el aire de sus pulmones circulara en la cavidad de su vientre. En poco rato, Esparraguito veía como en su casita de los mil colores cuando en las noches doña Primorosa encendía una

velita chata y redonda que dejaba ardiendo toda la noche y proyectaba en las paredes unas sombras que más de una vez le habían hecho tiritar de miedo. Desde luego, el aire era bueno, y cuando empezaba a ponerse malo, allá cada diez minutos, sentía que la ballena subía y subía, que la presión se hacía menos fuerte porque el vientre, con una elasticidad maravillosa, se dilataba, y entraba una corriente de aire fresco y puro. No podía afirmarlo, porque nada veía de lo que pasaba afuera, pero era seguro que la ballena había salido a la superficie a respirar. No se explicaba de otro modo el ruido infernal que coincidía con estas bocanadas de aire. Si no hubiera sido por esta constante renovación del aire, Esparraguito se habría sentido muy, muy mareado, porque la ballena subía y bajaba como un ascensor, se inclinaba de un lado y de otro. De repente entraba un chorro de agua salada. Era que la ballena se ponía a navegar a toda fuerza con la boca abierta, pero luego con la lengua sujetaba la inundación y dejaba enredados en el paladar entre las barbas que a Esparraguito le habían parecido resortes, millares de pescaditos. Lo que Esparraguito no había visto, porque la bestia se lo había tragado tan sorpresivamente, es que muy cerca, muy cerca de atrás nadaba una ballenita recién nacida y unos sacudones que Esparraguito sentía no era sino que ésta se ponía a mamar cuando le apretaba el hambre. Porque aquella ballena, como todas las ballenas, tenía leche. Otra ballena pariente suya, había estado algo afligida porque había tenido mellizos y la leche no le alcanzaba para las dos ballenitas.

La temperatura de 36° era un poco subida pero soportable. ¡Qué de cosas se había tragado la ballena! En uno de los recovecos del vientre había como un hacinamiento de rocas entre grises y verdosas y en otro un cajón entero medio desvencijado lleno de botellas. Esparraguito, sentado en una protuberancia que según después se vió correspondía a los riñones, comenzó a sentir gran curiosidad y patinando sobre aquel fondo mojado y aceitoso se acercó a ver las

rocas. No eran tales y ¡oh sorpresa! correspondían exactamente a la descripción de las ostras que Emperi le había hecho. ¿Serían ostras? Se acercó más y sacó uno de aquellos pedazos que había creído roca. ¡Eran ostras! Sacó del bolsillo el cuchillito de plata nativa que se había fabricado y abrió una de par en par. La sorpresa fué todavía más grande.



¡Esparraguito de mi alma! ¡Qué escapada!

En el fondo de nácar reluciente de la ostra brillaba una perla redonda, con irradiaciones entre rosadas y blancas. No era muy grande, pero sí muy linda. ¿Cómo podía decir Emperi que ésta era una enfermedad? Y luego abrió otra y otra y otra hasta completar doscientas. En cien de ellas encontró perlas, en cincuenta una carne deliciosa que se comió con mucho apetito porque el hambre comenzaba a apretarle. Las otras cincuenta las botó al otro recoveco del vientre de la ballena porque no servían para nada. Se llenó los bolsillitos de perlas y puso encima su pañuelito de seda para que no se le cayesen con los vaivenes de la navegación de la ballena. Pero las ostras le habían dado una sed espantosa. ¿Habría algo que tomar en ese cajón con botellas? Se acercó. El cajón, aunque muy roto, tenía el nombre de un vapor inglés, tal vez el mismo que había naufragado trayendo el « rouge » para los labios, pensó Esparraguito. « Winter Cherry », leyó éste.

— ¡El nombre de Copucha en inglés! exclamó Esparraguito.

Y sacó una de las botellas redondas perfectamente intacta y

bien tapada, llena de agua de soda cristalina y pura. Con su cuchillito de plata hizo saltar la tapa y en la cascarita de nuez que aún le quedaba, fué bebiendo a sorbos. Estaba un poco tibia, pero a Esparraguito, con la sed que tenía, le supo a lo más delicioso que él había tomado nunca.

Y así pasó un día entero cuando, de repente, estando la ballena en la superficie, mientras Esparraguito recibía una de esas bocanadas de aire fresco y delicioso, sintió que el animal se estremecía y daba una vuelta entera sobre sí. Quedó Esparraguito patas arriba, pero la ballena no parecía moverse más sino deslizarse muy, muy despacio, como si la estuviesen remolcando. Y enseguida se abrió la parte superior de su prisión carnosa, sanguinolenta y resbaladiza, y fué tal la luz que penetró que tuvo que cerrar violentamente sus ojitos de semilla de achira, para no cegarse. Y luego, llegó a sus oídos la voz familiar de Copucha que abrazándolo le decía :

— *¡Esparraguito de mi alma! ¡Qué escapada!*

A poca distancia, Escupito lo miraba con aire de reproche por haberse metido a navegar y Emperi de soslayo, porque estaba todavía avergonzada de su descuido. El cóndor aquel que se lo había robado en el jardín de su casa iba volando hacia la cordillera. Él, ave de rapiña, no estaba para esas escenas de ternura, y cumplida su obligación de reparar el daño, se volvía a la soledad de su grandeza. No se había descuidado, sin embargo, y antes de partir se había dado una panzada de hígado de ballena y sentía todas las coyunturas y vértebras de sus enormes alas como si las hubiesen untado con aceite lubricante. Esparraguito se moría de curiosidad por saber cómo lo habían salvado y le mostraba a Copucha con orgullo las cien perlas que había sacado. La ballena, varada en la playa, con su vientre blanco al sol partido medio a medio, había muerto y por todos lados le corría aceite, mucho aceite, y algo de sangre. Emperi, taimada más de vergüenza que de mal humor,

callaba, y aunque ella había ayudado muchísimo a la salvación yendo a buscar al cóndor y dirigiendo en el mar la maniobra para indicarle a éste exactamente el lugar en que la ballena se había hundido, quería dejarle toda la gloria de la salvación de Esparraguito a la



El arpón que había traído de su casa había sido amarrado á una de las garras del cóndor con un cordel.

santidad y sabiduría de Copucha. Y éste, tomando abrigo en una de las chozas de cuero de lobo, comenzó a explicarle a Esparraguito sentado al frente, cómo habían pasado las cosas.

El arpón que había traído de su casa había sido amarrado a una de las garras del cóndor con un cordel, y Emperi le había explicado a éste que en cuanto viera aparecer la ballena en la superficie se lo largara perpendicularmente en la parte más vital. Así lo hizo el cóndor con una puntería soberbia, y enseguida Copucha se embarcó en una de las muchas chalupas de cuero de lobo

que había en la playa y ayudado por la corriente remolcaron la ballena, el cóndor desde arriba, Copucha desde abordo, hasta vararla en la playa. Una vez allí, ¿de qué servía el cuchillo que había traído de su casa si no era para abrirle el vientre y sacar a Esparraguito?

Éste oía entusiasmado este relato y al mismo tiempo no acertaba a comprender cómo había podido vivir un día entero adentro del vientre de una ballena.

Copucha le hizo una larga explicación que Esparraguito entendió a medias no más. ¡Qué admirable se veía Copucha vestido de pescador de ballenas, con gorra y traje encerado en el cual llevaba bordados camarones, peje-espadas, lenguados, erizos y hasta un salva-vidas! En la patilla se había puesto una funda de goma como esos gorros que usan los nadadores en las playas de moda.

— Para mí, — dijo Copucha, explicando lo sucedido — esta ballena es una que tenía mucha fama en estas regiones y la llamaban « Traga-Aldabas » por las infinitas cosas que tragaba. Ya vés el tamaño, Esparràguito. ¡Treinta metros de largo! Por años ha sido el terror de todos los indios pescadores de estos lugares, que creían que era un descendiente degenerado y acuático de un animal anti-diluviano encontrado en una comarca llamada Patagonia y conocido con el nombre de « Plesiosauro ». Y debe ser así, Esparraguito, porque las ballenas son el único animal marino que tiene sangre caliente, que dá leche, y que necesita salir al aire a respirar. Estoy convencido que en otro tiempo ha sido un Plesiosauro de malas costumbres condenado a vivir zambullido para purgar sus perversidades. Ven a ver a Traga-Aldabas de cerca.

Copucha se levantó, y llevando de la mano a Esparraguito se acercó a la ballena.

— Mírale la boca, Esparraguito, dijo Copucha. ¿Vés esa multitud de barbas en la parte alta del paladar? Pues ésas, por muchos años, cuando no se conocía el acero, le servían a los guerreros para

sostener las plumas en sus cascos, para fabricar catapultas, unos aparatos que hacían las veces de resortes para lanzar piedras, y también a las señoras para corsées que les apretaban la cintura.

— Mi Mamá tenía uno para los días de gala, interrumpió Esparraguito.

— La cola, prosiguió Copucha, le sirve a la ballena como la hélice a los vapores, y esas paletas que tiene a los lados son como el timón. Mírale los ojos, Esparraguito. Ahora no tienen vida, pero ¡qué grandes! y nota que los párpados son gruesos, como blindados, para que no se le revienten las pupilas cuando navega en profundidades. Para lo mismo tiene esa enormidad de grasa. Si no fuera por ella, los tejidos le reventarían con la presión del agua cuando baja al fondo de los mares. El cuero no la defendería mucho porque, como vés, es delgado y fino para un animal tan grande. Las narices son esos dos hoyitos; pero ¡qué fuerza tienen! Esparraguito, para lanzar cada diez minutos el aire malo y respirado y tomar una cantidad igual de aire puro.

Y deteniéndose, Copucha le hizo señas a Esparraguito de no moverse y se avanzó hacia la boca abierta de la ballena, diciendo :

— Quiero ver algo.

Con espanto de Esparraguito, a pesar de saber que la ballena estaba muerta, Copucha metió la cabeza dentro de la boca y después los dos brazos. Se habría ensuciado mucho si no hubiese llevado impermeable y enfundada la barba.

— Ya está todo explicado, dijo Copucha, volviendo donde estaba Esparraguito. Por suerte para tí, Traga-Aldabas ha debido tener hace poco una pelea con un peje-espada, esos pescados que llevan un sable en la boca, como muchos militares indiscretos y fanfarrones, y éste le enterró la punta en el tubo digestivo que se llama esófago, uniéndolo con el otro por donde la ballena respira. Puede también que la ballena sufriese este percance, como tanta gente, por andar con la boca abierta. Lo cierto es, Esparraguito,

14

que gracias a ésto te has salvado, porque sin este vericueto providencial te ahogas allá dentro. Y con vericueto y todo también te habrías ahogado si te traga otro pescado, porque has de saber que la ballena lleva en la sangre una sustancia que se llama hemoglobina y que le dá, sobre los demás pescados, una capacidad que éstos no tienen para llevar oxígeno. No necesito agregarte que el oxígeno es lo más esencial para la respiración. Y todavía, Esparraguito, qué suerte para tí que las ballenas no coman legumbres ni carne, sino pescado, porque gracias a éso no te ha digerido.

Emperi, entretanto, seguía con el mayor interés las explicaciones de Copucha y éste, deseando que abandonara la taima, se dirigió a ella preguntándole :

— ¿Qué edad crees tú que tenía Traga-Aldabas?

— ¡Me parece, dijo Emperi, que era una vieja eterna!

— No estoy de acuerdo, dijo Copucha, porque acaba de tener una ballenita.

Emperi se enfurruñó de nuevo. Escupito dió dos corcovos, como diciendo que Emperi la había encontrado vieja porque tenía rabia con ella.

Toda aquella tarde pasaron recogiendo barbas de ballena, aceite, esperma, y unos dientes que parecían marfil de segunda clase.

— Ésto no es un animal : es una fábrica, decía Esparraguito a cada instante.

Por no ofender a Emperi, que estaba muy quisquillosa, no le dijo que a él le parecía que los elefantes de la India se veían como perros falderos al lado de Traga-Aldabas.

La noche empezó a caer. Todos estaban cansados y cada uno se preparó a dormir lo mejor que pudo : Copucha y Esparraguito se acurrucaron en la choza de cuero de lobo, Emperi se paró arriba, Escupito se echó en la puerta.

Y brillaron serenas las estrellas. En el mar, oscuro y lóbrego,

se divisaba un chorrito de agua débil, tan débil que apenas se veía. Era la ballenita huérfana que vagaba buscando a su madre. Por suerte, Esparraguito se había dormido, porque si la hubiese visto le habría dado mucha, mucha pena. Emperi, enigmática, lo vió y dijo para sí :

— ¡Ése es el mundo! ¡Los inocentes sufren por los crímenes de los demás!

CASCABEL No. 11

SIGUEN LAS AVENTURAS

UY temprano por la mañana, después de un suculento desayuno con las provisiones que Copucha había traído, hubo una conferencia privada entre éste y Emperi. Hicieron las paces y discutieron con gran minuciosidad los planes para el futuro. ¿Debía Esparraguito volver a la casa paterna o convenía que siguiera aprendiendo en el gran libro de la vida lo que Copucha no había querido enseñarle en su biblioteca, y en las lecciones que le había dado? Ambas cosas ofrecían peligro. Si se las enseñaban sólo en libros, iba a crecer con ideas un tanto falsas de la verdad de las cosas y más tarde sufriría muchos percances y desengaños. Si seguía corriendo el mundo, ¡quién sabe cuántos peligros como el de la ballena iba a correr! Pero Emperi prometía ahora tener doble cuidado. Un error tan serio como el que había cometido le enseñaba a ella, tan sabia, más, mucho más que todas las filosofías. « Un chasco a tiempo enseña un mundo », decía siempre Copucha; y, por lo mismo, convino con Emperi en que no había el mismo peligro de un descuido de allí en adelante.

Esparraguito, como todos los niños, experimentaba sentimientos encontrados. Se moría de ganas de volver a la casa de los mil cubos de colores, y de abrazar a don Astroberto, y de regalonear en la falda de doña Primorosa; pero, por otro lado, estaba loco de curiosidad por ver otras cosas preciosas que Emperi le

había mencionado en las conversaciones de las noches antes de dormirse. ¡Y cómo había soñado él con bosques, flores, pájaros de todos tamaños, indios, lagos, ríos profundos escondidos entre helechos y árboles centenarios, con colmenas de abejas, colonias de hormigas, fantasmas nocturnos! Sabía Esparraguito que la parte verde de su país natal de forma de espárrago estaba hacia el Sur, en esas regiones en las cuales pululaban las ballenas como Traga-Aldabas, y suponía que si Copucha y Emperi resolvían que continuase viajando, sería allá donde tendría que dirigirse.

— Creo, Esparraguito, dijo Copucha, que antes de volver a tu casa debes seguir viajando y aprendiendo cosas. Emperi te acompañará y se fijará mejor en los peligros que puedan presentarse. Yo le contaré a Astroberto y Primorosa lo que ha pasado y cómo te encuentras.

Sabía que Esparraguito le obedecía sin discutir, porque creía que nadie tenía mayor interés por él. Copucha se levantó de su asiento con cierta dificultad por lo mucho que había comido en el desayuno, y en tono resuelto, como quien está mandando, dijo :

— Anda con Dios, Esparraguito. Que el sol te ilumine de día y la luna de noche, que a falta de ésta te guíen las estrellas y que en todo tiempo y en todo lugar no hables, ni hagas, ni pienses sino lo que Dios mismo hablaría, haría y pensaría en tu lugar. ¡Esparraguito! Dios es todo lo bueno que cada niño lleva en sí mismo y por éso te he dicho : ¡Anda con Dios!

Esparraguito se levantó a su turno, se acercó a Copucha, se hincó y le besó un crucifijo que llevaba en un rosario que nunca lo abandonaba, como para implorar su bendición. Copucha lo levantó en brazos, le besó la frente y repitió con esa misma voz que Esparraguito le había oído en el santuario de su casa y le había parecido a él música de órgano de iglesia :

— ¡Anda con Dios, y mira y admira todo lo que su mano ha creado en estos mundos!

Y diciendo ésto, Copucha se preparó a partir dirigiéndose con paso resuelto hacia la playa.

— ¡Copucha! ¡Copucha! ¿a dónde vas? preguntó Esparraguito.

— A embarcarme, contestó Copucha. Escupito no puede llevar tanta gente y aquí no hay sino tres maneras de viajar : a pié, y éso es muy largo, en chalupa y éso es muy peligroso para tí, o en huanaco. Móntate en Escupito, que yo pienso navegar hasta cerca de mi casa.

— ¿Eres también marino, Copucha? preguntó Esparraguito.

— No, Esparraguito, pero me voy por la costa de día, me alojo en tierra cada noche y de aquí a un mes llegaré frente al bosque en que está mi casa.

A Esparraguito le pareció que Copucha iba a emprender un viaje muy largo y muy incómodo y le propuso que se montara en Escupito y que a él lo llevara Emperi de la argolla. Copucha insistió diciendo :

— Quiero navegar. Necesito aire de mar y ejercicio. ¡No hay como remar!

Empujó la chalupa de la playa al mar y cuando ya empezó a flotar se subió y remó a toda su fuerza hasta perderse de vista.

— ¡En marcha! dijo Emperi.

De un salto Escupito se puso en postura de caballo que va a arrancar de un galope, y ya iban a partir cuando oyeron grandes gritos de Copucha que volvía a todo remo a la playa. Corrió Esparraguito a recibirlo temiendo algún percance grave.

— No es nada, Esparraguito. Se me había olvidado entregarte ésto que te puede servir mucho y te había traído de casa.

Y *le entregó los vidrios de aumento* que le había puesto a modo de anteojos el primer día que Esparraguito había ido a su casa.

Copucha zarpó otra vez mar afuera y Esparraguito, montando en Escupito, partió al galope en la dirección que Emperi señalaba volando adelante.

Atravesaron el desierto, montañas muy altas, campos sembrados de trigo, viñas, hortalizas, arboledas frutales, lagunas, ríos y cada día aumentaba el tamaño de los árboles, el caudal de agua de los ríos, la espesura de los bosques, la nieve de las montañas. En algunas de estas últimas aparecían entre las nieves unos penachos de humo que en las noches se veían rojizos como si en sus entrañas ardiese una grande hoguera.



Y le entregó la vidria de aumento

— ¿Estará fumando adentro algún gigante escondido? — preguntó Esparraguito la primera vez que vió uno de estos cerros echando una humareda que oscurecía el cielo.

Emperi ladeó la cabeza como hacía cuando Esparraguito salía con ideas raras y le dijo :

— No, Esparraguito. Éso es lo que llaman un volcán. Las entrañas de la tierra son ardientes y para que no revienten por todas partes, Dios les ha dado esas bocas por donde dejan escapar todos los residuos de la combustión : humo, vapor de agua, piedras derretidas. ¿No te ha pasado a tí, Esparraguito, que cuando comes demasiado te sientes muy mal y te has visto obligado a vomitar? Pues éso es lo que le pasa a la tierra. Tiene adentro tantas, tantas cosas en ebullición, que se vé obligada a arrojar algo por esos boquerones que llaman volcanes. Y ha solido ocurrir que vomitan tanto, tanto que cubren valles enteros, cambian el cauce de los ríos, inundan ciudades, ciegan lagos.

A Esparraguito le corrió un frío por la espalda y desde ese día no quiso nunca acercarse a los sitios donde divisaba un volcán.

Una tarde llegaron a orillas de un lago inmenso. Casi parecía el mar. La puesta de sol fué magnífica. Sobre las aguas tranquilas cayó un manto de oro de rayos resplandecientes que luego fué palideciendo hasta que quedó de un color entre rosado y azul, luego gris y por fin negro. A Esparraguito le dió miedo y encendieron una fogata al pié de un árbol enorme que extendía sus ramas como abanicos verdes en todas direcciones. Esparraguito se había acurrucado entre las raíces salientes del árbol, Escupito se echó a su lado y Emperi, muy vigilante desde el deplorable incidente de la ballena, se paró en la rama de encima mirando para todos lados resuelta a pasar la noche en vela. El silencio era profundo, pero de cuando en cuando se oía el ladrido de varios perros, unos roncos y amenazantes, otros como de juguete, y el gorgoreo de las ranas, a orillas del agua. También se sentía de vez en cuando aleteo de pájaros de rama a rama entre los árboles.

— ¿Pasan cosas muy terribles en estos bosques, Emperi? preguntó Esparraguito con un miedo espantoso.

— No, Esparraguito, pero en estas espesuras han vivido por siglos de siglos muchos indios ignorantes que siempre se han imaginado que los miles de ruidos de la naturaleza eran cosas de brujas y han vivido muertos de miedo por cosas que no existen : buques fantasmas, animales monstruosos, envenenamientos misteriosos..... ¿Oyes cómo el viento hace moverse y sonar las hojas de los árboles? No debes creer como los indios que es una vieja bruja que viene por los aires a tirarle piedras a la gente. Es solo viento creado por Dios, para traer nubes cuando los campos necesitan lluvia y llevárselas cuando piden sol, para hacer dar vuelta los molinos y sacar agua de los pozos, para henchir las velas de los buques de los pescadores que salen a su trabajo, y son solo hojas, pobres hojas, verdes en la primavera, rojas en el otoño,

amarillas y secas en el invieruo, que nacen y mueren de una estación a otra, Esparraguito, y son tiernas y dulces porque cuando están recién brotadas y cuelgan de las ramas dán sombra y cuando caen por tierra entregan al suelo lo mejor que tienen y lo enriquecen y ayudan a que crezcan otras plantas. Todas cosas buenas y hermosas, Esparraguito, y no para tenerles miedo.

Y Esparraguito se sintió contento y tranquilo, cerró los ojos y entre dientes murmuró :

— Buenas noches, Emperi. ¡Qué bueno es Dios!

Estaba el sol ya alto cuando despertó y en el bosque reinaba una agitación extraordinaria de alegría y de vida. Zumbaba cerca de allí una bandada de matapiojos. En el lago navegaban unos cisnes blancos de cuello negro, que a Esparraguito le recordaron a doña Mielosa que se ponía una cinta negra en la garganta para taparse una cicatriz muy fea que tenía. Luego vió que el parecido no era ninguno, porque los cisnes tenían una gracia y belleza que la vieja maligna no pudo tener ni siquiera cuando era pollita. Una manada de corderitos comía un pasto tierno color verde claro en un prado que caía sobre el lago. Unos patos silvestres volaban haciendo un ruido infernal de ¡cuack! cuack! cuack! y en los árboles habían aparecido millares de millares de unos loritos verdes que se veían como pigmeos al lado de Emperi.

— ¡Mira! ¡Mira! gritó Esparraguito a Emperi. ¡Qué lindos los loritos!

Emperi, india de nacimiento, llena de las ideas aristocráticas de casta y muy susceptible por lo que a ella misma le había pasado, levantó su cabeza de lechuza con aire despreciativo y dijo :

— Ésos no son loros, Esparraguito. ¡Son « choroyes » y entre los loros los miran como pijes!

— No te entiendo, Emperi, dijo Esparraguito. ¿Qué quieres decir con « choroyes » y « pijes »?

— Pije, — dijo Emperi — llaman por estas tierras a los cursis,

y « choroyes » a estos loros de la clase media con pretensiones de cacatúas. Ya vés que son verdes. Los pijes también, porque son caballeros que no han alcanzado a madurar.

Y diciendo ésto, Emperi se echó a reir en tal forma que los choroyes se iban en bandadas sin saber si aquél era un grito de guerra de un pájaro tanto más grande y fuerte que ellos.

Escupito, entretanto, aprovechaba el mismo pastito verde claro en que pacían las ovejas para darse una panzada como hacía tiempo que no lograba.

Estaba Esparraguito tomando un desayuno suculento de avellanas tostadas, leche de cabra y miel, cuando llegó hasta allí un enjambre de abejas y se esparció por las flores silvestres. Miles de miles se pegaron un rato a las corolas de los juncos, de las violetas silvestres y de la flor del avellano, chuparon aleteando y zumbando y se fueron. Esparraguito veía abejas por primera vez.

— Qué lindos son estos moscardones rubios, Emperi, — dijo en un arranque de entusiasmo.

— ¿Y no sabes, Esparraguito, que son éstos que llamas así los que producen esa miel dulce riquísima que acabas de tomar?

— Pero ésa es miel de oveja — dijo Esparraguito señalando a los corderitos.

— ¡Niño tonto! dijo Emperi. De abeja querrás decir. Y esos moscardones son abejas, uno de los insectos más curiosos que hay en el mundo. Viven en ciudades que llaman colmenas.

Esparraguito seguía con la vista el enjambre de abejas que se alejaba bosque adentro, y como la observación de Emperi le picara la curiosidad, se levantó y corrió en la dirección en que aquellas volaban. Emperi, temiendo que cometiese alguna imprudencia y escociéndole todavía el negocio de la ballena, lo siguió con la vista y enseguida de un solo vuelo lo alcanzó. Escupito, indiferente a todo desde que había encontrado tan buen pasto, se echó en el prado que el sol bañaba de lleno, mientras las ovejas

y corderos, sintiéndose algo emparentados, le hacían compañía. Berridos que se oían de cuando en cuando eran, según Emperi, conversaciones de poco interés porque los corderos, como ocurría con algunas personas, eran muy buenos y tiernos, pero de escasa inteligencia, tan escasa, que sucedía con frecuencia que un cordero se caía a una zanja y los demás lo seguían y se caían encima, creyendo que era lo que había que hacer, cosa que también pasaba con la gente cuando se juntaba en mucha cantidad y tocaba que uno medio tonto o tonto entero llevaba la delantera.

Esparraguito había llegado a un claro del bosque y allí vió un espectáculo realmente maravilloso. Emperi no había exagerado : las colmenas en que vivían las abejas eran como ciudades en miniatura, con calles, plazas, cúpulas, palacios, habitaciones de todos tamaños. ¡Cómo le gustaría acercarse y mirar todo, todo! pensó Esparraguito. Emperi adivinó su pensamiento y le dijo :

— Cuidado, Esparraguito. Las abejas cuando se enojan son terribles. Si quieres verlas de cerca, pónte primero los vidrios de aumento que te dió Copucha y enciende enseguida con ramas secas un fuego que dé mucho humo. Has de saber, Esparraguito, que el humo es lo único que aterra a las abejas y envuelto en él puedes acercarte a ellas sin temor.

Así lo hizo Esparraguito y gracias al humo y a sus vidrios de aumento vió cosas estupendas. Y como muchas de ellas no las entendiera bien, Emperi se las explicaba.

Las colmenas pintadas de azul eran las más concurridas. Había en ellas no menos de 100.000 abejas, cada una ocupada en alguna cosa.

— El azul, — explicó Emperi — es el color preferido de las abejas.

— ¿Tienen muy buena vista? preguntó Esparraguito.

— Vistas querrás decir — replicó Emperi. Con tus vidrios de aumento puedes tú mismo comprobar que tienen tres ojos en la

frente y cerca de 7.000 facetas laterales con las cuales también ven.

— Entonces, dijo Esparraguito, en la frente son como ese dios Kandarpa de tu tierra que me describiste cuando nos conocimos y por los lados como esos vapores anclados en la noche en las bahías con miles y miles de lucecitas en los costados.

— Exactamente, dijo Emperi.

Esparraguito estaba maravillado con una colmena soberbia que tenía delante. Se había hincado en el suelo para verla mejor con sus vidrios de aumento. Había murallas enormes de cera que parecía marfil trasparente, cúpulas como de iglesia, construcciones atrevidas que parecían desafiar el equilibrio y *millares y millares de casilleros con manchitas rojas, amarillas, moradas y negras, pequeños depósitos de oro rubio y líquido y otros más grandes* que parecían de lo mismo pero mucho más oscuros. Volvió su carita Esparraguito en ademán de súplica hacia Emperi y ésta le explicó el misterio de todo aquello.

— Lo que vés, Esparraguito, es una ciudad de abejas. Las manchitas de todos colores son un polvillo finísimo que las abejas recogen en las flores y es su alimento. « Polen » lo llaman las personas grandes y entendidas. Y esos depósitos de oro rubio son la primera miel de la primavera y los otros más oscuros la miel del verano que comienza. Es el azúcar que las abejas le chupan a las flores y que ellas transforman en esa miel que tanto te gusta. Y fíjate, Esparraguito, que hay muchas abejitas que están aleteando a toda su fuerza sobre cada uno de los casilleritos con miel. Son abejas-ventiladoras, que están echando aire para que la miel no se descomponga con el calor.

Esparraguito se acercó más y vió una abeja más grande y panzuda que todas las demás que, con mucho afán, iba de casillerito en casillerito depositando unas cositas chiquitas que parecían huevitos. No menos de veinte depositaría en el cuarto de hora que Esparraguito la estuvo mirando.



millares y millares de casilleras con manchitas rojas, amarillas, moradas y negras; pequeños depósitos de oro rubio y líquido y otros más grandes

— ¿Quién es esa abeja barrigona? ¿Qué anda haciendo con esos trajines? preguntó Esparraguito a Emperi.

— No seas atrevido, Esparraguito, le dijo Emperi con aire burlón. *Ésa es la Reina de las Abejas, Madre y Padre de todas las demás abejas,* y ésos que te parecen huevitos lo son en realidad y de allí van a salir abejitas, y unas serán princesas y vivirán en la oscuridad conservando la blancura de la inocencia hasta que les toque ser *Reinas* o morir, y otras serán *esclavas* y trabajarán en esas construcciones que tanto te han maravillado o irán a buscar en las flores el polvito que les sirve de alimento y el azúcar que llaman néctar para fabricar la miel, o barrerán las calles y plazas, o ventilarán la miel con sus alas, o montarán la guardia a la entrada de la colmena para cerrarle el paso a las abejas maleantes que andan acechando el momento de robar y matar, y por fin otras nacerán *abejones* y serán los seres más desgraciados de todos.



Esa es la Reina de las abejas, Madre y Padre de todas las demás abejas

Esparragüito oía el relato de Emperi con la boca abierta de admiración, y como era niño hombre, a pesar de ser medio legumbre, se interesó por saber algo más de los abejones.

— Son muy brutos, le dijo Emperi, y merecen su suerte. No sirven sino para que la Abeja Reina escoja entre ellos un marido, dándole la muerte a los demás por inútiles. Son bullangueros, pues no hacen más que zumbar sin objeto, pretenciosos porque andan mostrándose como si estuviesen trabajando en algo útil

cuando no hacen nada, son torpes y no trabajan porque no saben cómo hacerlo, son sucios como lo vés porque tienen las alas llenas de inmundicias y los cuerpos pardos de tierra y, por fin, como son enormes llaman mucho la atención y le dan rabia a las demás abejas.

— ¿Y nacen muchas abejas a un tiempo, Emperi? preguntó Esparraguito. ¡Mira que parecen estar unas encima de otras!

— Esparraguito, la Reina que anda poniendo huevitos no se ocupa de otra cosa y pone hasta 1.800 al día. Y cada huevito llega a ser abeja. Al principio es « guagüita » y la llaman larva porque es como los niñitos recién nacidos y no puede moverse. Por éso hay unas abejas que son amas de cría y las alimentan con una lechecita muy rica y sustanciosa que llevan en la cabeza. Y alimentan mejor a las que van a ser princesas que a las que van a ser simplemente obreras.

— ¿Y quién les construye las colmenas? preguntó Esparraguito, cada vez más asombrado.

— Ellas mismas, contestó Emperi. Has de saber, Esparraguito, que hay abejas arquitectos y abejas albañiles. Estas últimas mezclan la cera que producen con su propia saliva para formar los pedacitos que, ajustados unos con otros, forman las murallas, los techos, las cúpulas, los cuadritos, las habitaciones reales en que vive la abeja Reina; los doce o más palacios cerrados en que habitan las princesas sumidas en las tinieblas y envueltas en un sudario esperando la hora de reinar o morir; las 40.000 casitas ocupadas por las ninfas; las 16.000 en que reposan las larvas; los 10.000 rincones en que la abeja Reina va depositando sus huevitos. ¡Mira, Esparraguito! Mira con tus vidrios de aumento y verás todo ese mundo gobernado por una sola abeja, y busca a ésta en la colmena y fácilmente podrás distinguirla.

Esparraguito volvió a mirar y a poco dijo : ¡Ésa es! señalando la misma grande y panzuda que había visto antes. « Ésa tiene que

ser — agregó — porque es la única que anda poniendo huevitos por todas partes, y además, porque la anda siguiendo como una escolta de abejas. ¡Mira! Emperi, mira cómo esas abejas le están pasando la miel más linda, ésa más rubia y cristalima y mira ahora cómo están limpiándola.

Y luego, fijándose en otro lado de la colmena, Esparraguito



La Reina, los abejones y las obreras

preguntó por qué había unas abejas más flacas, como peladas, con las alas rotas y gastadas.

— Son las más viejas, Esparraguito, dijo Emperi.

Un enjambre de abejas salió de la colmena y se esparció por los campos a chuparle su savia a las flores. Al poco rato volvieron trayendo el botín. Y cada una depositó lo que traía.

— ¿Y cómo no se lo comen todo? preguntó Esparraguito.

— ¡Ah! dijo Emperi, es que tienen dos estómagos : uno en que guardan lo que traen para la colmena y ha de ser para todas las abejas que allí viven, y otro en que echan su propio alimento. No necesitan comérselo todo.

Y luego, enderezándose y tomando ese mismo aire de autoridad que tomaba Copucha cuando disponía lo que Esparraguito debía hacer, Emperi le dijo :

— Si quieres ver otras cosas de la vida de las abejas, anda a mirar otras colmenas.

Esparraguito se levantó. Lo que había visto era tan maravilloso que ardía en deseos de ver más. Emperi se había detenido en un vuelo corto sobre la rama de un árbol que daba sombra sobre una colmena que parecía abandonada. Un tanto decepcionado, Esparraguito quiso irse a otras en que veía que las abejas iban y venían sin cesar. Y dirigiéndose a Emperi, le dijo con aire de niño taimado :

— ¿Y para qué quieres que mire ésto, cuando no hay nada?

— Esparraguito — dijo Emperi, tomando su aire sentencioso — tienes ojos y no vés, oídos y no oyes, inteligencia y no piensas. Solo pareces tener boca para quejarte. Esa colmena te va a enseñar más que la otra.

Esparraguito no entendía, y más por obedecerle a Emperi que porque le creyera, miró. La colmena estaba llena de miel y del polvito ése que Emperi había llamado « polen », las construcciones eran aún más maravillosas que las de la otra, pero no había sino una que otra abeja roñosa que seguía trabajando como desganada. Esparraguito miró a Emperi como diciendo « ¿Y qué? no le veo la gracia a la colmena ». Emperi, tomando aire más de loro que de lechuza, gritó tres o cuatro veces en una voz muy aguda :

— ¡Se fué la Reina! ¡La Reina se fué! ¿Dónde estará la Reina? Yo no más lo sé.

Esparraguito creyó que Emperi se había vuelto loca. Pero no. Emperi quería solamente despertar la curiosidad de Esparraguito un poco estropeada por la decepción, y lo consiguió, porque éste le preguntó qué quería decir con éso.

— Esparraguito — dijo Emperi — las colmenas son como los

países : llegan a ser muy ricos y cuando están más ricos comienzan a decaer y a ponerse pobres y los Reyes que los gobiernan son acusados de todos los males, y los destronan y a veces los matan. Así ha pasado con esta colmena. Estaba llena de miel, de princesas blancas, de cientos de miles de abejas obreras y tenía una Reina grande, gorda y muy ponedora. Pero hubo peleas cuando más miel había y vinieron enfermedades y la Reina se aburrió y se fué a fundar otra colmena precisamente cuando todo parecía prosperar y crecer.

— ¿Y no volverá nunca más? preguntó Esparraguito.

— Quién sabe, dijo Emperi. Cuando se fué, las abejas quedaron zumbando en tono de duelo. Era querida y muy, muy ponedora. Y como todas las Reinas, no había visitado nunca una flor. No tenía tiempo ni tenía para qué. Has de saber, Esparraguito, que las abejas tienen su idioma y zumban de una manera cuando están enojadas, de otra cuando están contentas y de una tercera cuando están tristes.

Y luego, con una voz gangosa que en ella acusaba tristeza, Emperi agregó :

— Ya vendrá el invierno y se quedarán todas dormidas hasta la primavera y entonces, Esparraguito, todas las colmenas te parecerán abandonadas.

Ninguna de sus aventuras había hecho en Esparraguito una impresión tan grande como este mundo de las abejas. « Cómo le gustaría — pensó — saber más, mucho más de ellas ».

— Díme, Emperi — dijo de repente. ¿Copucha tiene libros en que se puedan leer cosas de las abejas?

— Muchos y algunos muy, muy viejos, — le contestó Emperi. Un romano que se llamaba Plinio dijo que otro compatriota suyo, tirado a filósofo, había pasado 58 años de su vida observando a las abejas. ¡ Algo debe haber aprendido! Y has de saber, Esparraguito, que un suizo ciego que se llamaba Huber dedicó toda su vida a

estudiarlas. Su sirviente miraba lo que él no podía ver y él entendía lo que su sirviente no podía entender, y así el sirviente le dió ojos a su patrón y el patrón le dió entendimiento a su sirviente. Los hombres, Esparraguito, que comenzaron por hacerse tiranos de las abejas para arrancarles el fruto de su trabajo, que, como sabes, es miel y cera, han concluído por ser sus amigos y protectores, aprendiendo sus costumbres para evitarles las horribles matanzas a que antes se entregaban, y buscando manera de hacerlas producir tanta miel y tanta cera que todas las abejas pasan indigestadas de alimentos y alojadas como nunca lo estuvieron antes; a la vez que sus amos recogen toda la miel y toda la cera que el mundo puede desear. Han sido más tiernos y piadosos con las abejas que con su propia especie.

Esparraguito no entendió muy bien, pero le pareció que Emperi hablaba con tanta sabiduría como Copucha y se sintió más chiquitito que nunca. Tan entretenido estuvo que el día entero no se movió de las colmenas. Al caer la tarde, Emperi le dijo:

— Tenemos que seguir viaje, Esparraguito. A Escupito hay que hacerlo galopar. Ha comido demasiado todo el día. ¡Vamos!

De un salto se subió Esparraguito sobre el lomo de Escupito y éste partió en un trote desganado que acusaba una indigestión feroz.

CASCABEL No. 12

LAS HORMIGAS Y LA VUELTA


LOJARON a orillas de un río y Escupito pasó muy mala noche. Se revolvía de un lado para otro y balaba como los corderitos con los cuales había pasado todo el día anterior. Amaneció casi inútil. Esparraguito estaba preocupado y triste. ¿Qué hacía si Escupito se inutilizaba y se moría? Entre los conocimientos de Emperi, había uno muy útil para el caso : era herborista, es decir, conocía el uso y propiedades de las yerbas, especialmente las medicinales que tanto abundan en los bosques de la patria de Esparraguito.

— Hay que darle un remedio a Escupito, — gritó Emperi. Busca hojas de boldo que son buenas para la bilis, Escupito. Por lo lacio que se vé, debe tener un ataque al hígado.

Esparraguito no sabía lo que era el boldo. Emperi le explicó cómo sus hojas eran casi redondas y lustrosas y emanaban un olor especial como de hojas de yedra concentrada. Y luego agregó :

— En estas benditas tierras tuyas, Esparraguito, cada árbol, cada arbusto, cada planta es una botica colgante y el que sabe encuentra aquí remedio para todas las enfermedades.

Esparraguito, dirigido por Emperi, encontró muy pronto las hojas de boldo, hizo con ellas una infusión con agua caliente y se la dió a beber a Escupito. Había aprendido durante sus largas excursiones, por el desierto primero y por los bosques después,

a encender fuego frotando dos maderos secos o haciendo saltar chispas de las piedras, a acarrear agua y hacerla hervir en aquel plato sopero que se había fabricado con plata nativa sacada de la mina. Esparraguito estaba hecho casi un « boy-scout », pues nunca, nunca se sentía en apuros. Algo le costó que Escupito se tomase el brebaje. El pobre huanaco, sintiéndose muy enfermo y con asco por todo, olió aquello y volvió la cabeza para un lado, pero Esparraguito no estaba para bromas y le tomó la cabeza a dos manos, le abrió el hocico, le metió un palo como puntal contra el paladar, lo dejó con la boca abierta y le zampó el plato entero de infusión de hojas de boldo. ¡Pobre Escupito! Tuvo que tragárselo, y apenas Esparraguito le retiró el puntal, cerró la boca y se dejó caer pesadamente sobre el pasto. Emperi y Esparraguito velaban sobre él con tanto cariño como si se hubiese tratado de un hijo o de un hermano. Lo que pasó con el remedio durante la noche no se supo ni se vió. Estaba demasiado oscuro. Pero al despuntar el alba Escupito andaba a saltos y brincos con una alegría loca de encontrarse bien otra vez. Y se pusieron de nuevo en marcha a través de esa selva maravillosa. Recogió Esparraguito a manos llenas frutillas blancas y rojas que en aquellas comarcas crecen silvestres, y estuvo a punto de sufrir una indigestión como la de Escupito porque, además, se había hartado con otro fruto que llaman piñón y es como una castaña menos dulce, y puntiaguda en vez de ser redonda. Y qué lindas y semejantes a su nariz le parecieron a Esparraguito unas flores como campanitas, rojas unas y blancas otras que según le dijo Emperi, se llamaban copihues. A mediodía, como hacía bastante calor, Esparraguito y Escupito se tendieron a la sombra de un árbol que les pareció muy lindo, mientras Emperi se paraba en una de las ramas. No haría sino minutos que estaban allí cuando Emperi comenzó a gritar :

— ¡Que me comen! ¡Que me comen! Éstas no son pulgas sino

pulgones. ¡Voy a volar aleteando a la manera de los patos neurasténicos para sacudirlas!

¡Y voló! Esparraguito saltó también todo lleno de ronchas y Escupito de un corcovo se metió a un estero que pasaba allí muy cerca.

Pero, ¡cosa extraña! a ninguno se le pasaba la comezón y a Esparraguito se le había hinchado la cara. Emperi gritaba enfurecida :

— ¡Demonios con los bichos! ¡Qué ensartaderas tienen! ¡Tengo dolor de garganta en todos los caños de las plumas!

No le faltaba razón a Emperi para quejarse así, porque con las hinchazones se le habían levantado como un abanico todas las plumas del lomo y asomaban sus carnes rosadas como si de adentro las estuviesen soplando. Esparraguito se veía como si en cada carrillo tuviese una nuez grande.

Sin embargo, no se divisaban bichos de ninguna clase por ninguna parte. Emperi se examinó bien todo el cuerpo, rascándose con el pico hasta sacarse sangre, y de pronto, como quien tiene una inspiración, voló al árbol a cuya sombra habían estado, arrancó a picotazos una hoja y soltó una carcajada :

— ¡Qué tontos! Esparraguito. No hay tales pulgas. Este árbol es uno que llaman « litre » y su sombra es venenosa y da estas hinchazones.

— ¡Doña Mielosa! exclamó Esparraguito, que se sentía con la cara estirada como un tambor que Copucha le regaló en un día de Pascua.

Y Emperi entre seria y jocosa le contestó :

— Sí, Esparraguito. Entre la gente hay litres como doña Mielosa y la hay también como otro árbol que llaman manzanillo, que no solo envenena sino que adormece y aún mata.

Escupito, con unas cuantas zabullidas en el estero, se sintió refrescado y Esparraguito, viendo ésto, se desnudó y se zabulló

también en aquella agua fresca y cristalina. Emperi, como las aves de rapiña, era refractaria al agua y para bajar las hinchazones se lanzó al espacio en un vuelo agitado, haciendo piruetas y acrobacias aéreas que le dieron a Esparraguito la impresión de que estaba borracha.

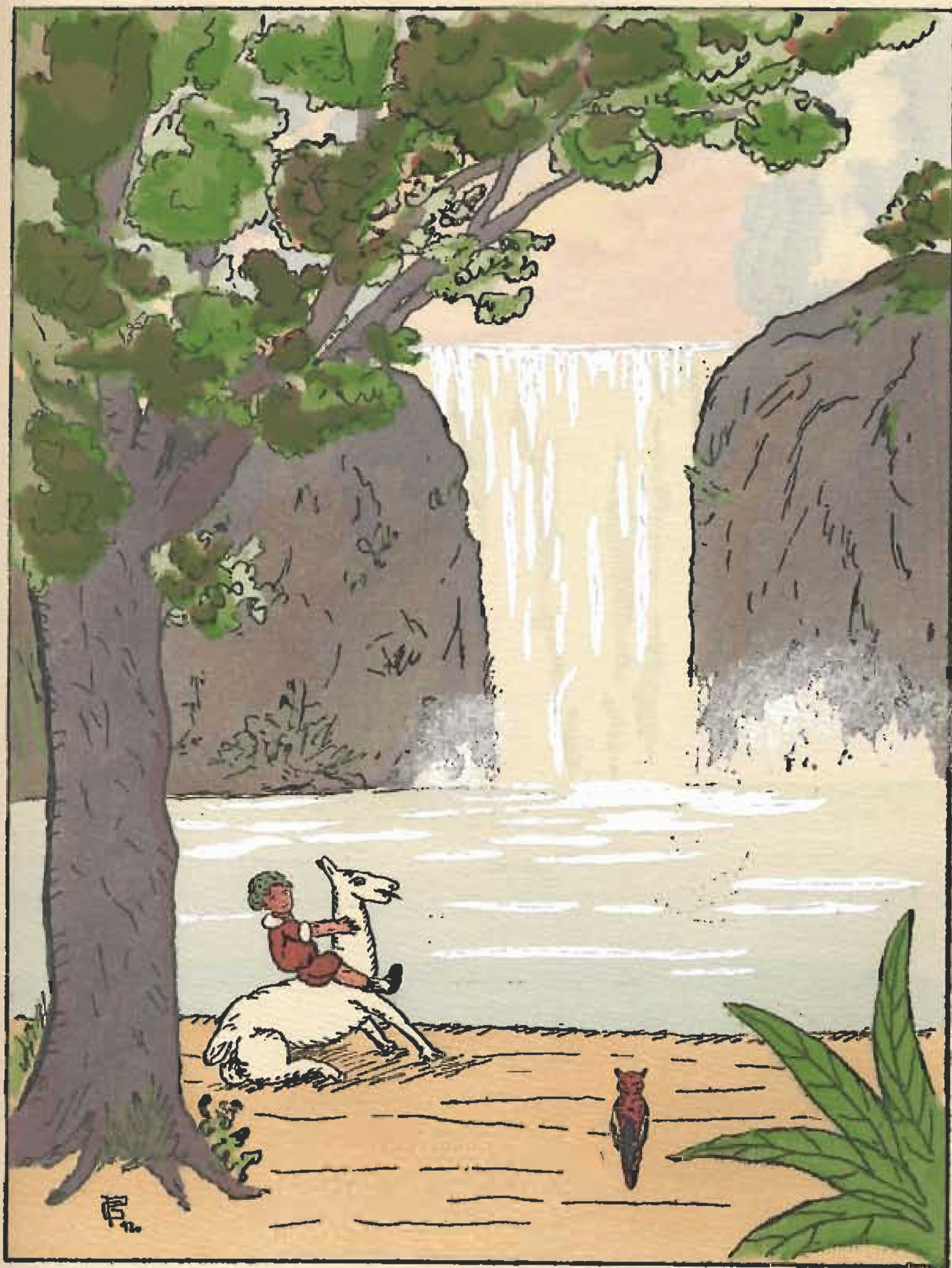
En su vuelo, Emperi había visto no lejos de allí un espectáculo magnífico : un río entero, enorme, inmenso, se precipitaba de una altura en torrentes que levantaban nubadas de vapores de agua. El ruido no se oía, sin embargo. Y a Emperi, que lo sabía todo, no le extrañó porque no ignoraba que el sonido se demoraba más en herir los oídos que los objetos o la luz la vista, y que el fogonazo de un disparo de cañón se veía mucho antes que se oyera la detonación. Pensó, sí, que Esparraguito debía ver aquello y le dijo :

— Sal de ese baño ridículo, Esparraguito, y vén conmigo a ver el baño de lluvia de unos gigantes que viven escondidos por estas tierras.

Esparraguito se vistió a escape, y como le ocurría siempre que estaba apurado, se puso los pantalones al revés y el cinturón de la chaquetita terciado como Gran Cruz de la Orden de los Mocosos, como le dijo Copucha un día que lo vió así. Montó en Escupito y partieron guiados por Emperi, que volaba por encima de las copas de los árboles señalándoles la dirección. A poco andar, Esparraguito contuvo a Escupito aterrado. El huanaco estiró las orejas para adelante y quedó como clavado.

— Los gigantes están bramando, Emperi, gritó con fuerza para que ésta le oyera en medio de aquel ruido que apagaba todos los demás de la naturaleza que Esparraguito estaba acostumbrado a oir.

Era aquello, en realidad, como si mil gigantes con voz de bajo profundo estuviesen gritando, estornudando y tosiendo a la vez. Esparraguito se sintió más chiquitito que nunca.



Nenpito se había sentado sobre las patas traseras, mientras Esparraguito se abrazaba de su pescuezo para no resbalarse hacia atrás

— Sigue tu camino, Esparraguito. Sácate esa especie de Gran Cordón de los Mocosos y dale un latigazo a Escupito.

Como el botón del cinturón fuese de hueso duro, el latigazo le dolió horriblemente a Escupito y pegó un salto que casi deja a Esparraguito enredado del pelo en la rama de un árbol, como le había pasado a un tal Absalón según le había contado a él Copucha.

Del envión salieron a un claro y allí pudo contemplar Esparraguito el espectáculo más soberbio que había visto en su vida. Tenía razón Emperi cuando decía que aquello era un baño de lluvia para gigantes. En un largo trecho se despeñaban desde una gran altura torrentes y torrentes de agua, levantando espumarajos abajo, arrojando hacia arriba nubes cuajadas de vapores muy parecidas a las que Esparraguito había atravesado en el vuelo en las garras del cóndor, y el río, abajo, como atormentado, se revolvía en remolinos, saltaba con estrépito, corría para atrás azotándose contra los peñascos, y furioso y bramando se revolvía y continuaba su curso hasta que, repuesta el agua de aquellos golpazos, comenzaba a tranquilizarse, y más abajo veía Esparraguito que, como olvidada del porrazo, corría y corría, ancha, tranquila, casi sin ondulaciones, hasta perderse de vista. Emperi, muda, contemplaba aquel soberbio espectáculo con los ojos húmedos, no porque estuviese enternecida, cosa de que era incapaz, sino porque los vapores de agua le mojaban la cabeza que era lo único que sacaba afuera de las ramas del árbol en que se había cobijado. Escupito se sentía aplastado y *se había sentado sobre las patas traseras, mientras Esparraguito se abrazaba de su pescuezo, para no resbalarse hacia atrás*. Largo rato se quedaron contemplando aquella magnificencia en medio de un ruido tan ensordecedor que no valía la pena intentar siquiera decir media palabra. Emperi bajó del árbol y aleteó sobre la cabeza de Escupito como diciendo « ¡Vámonos! » Emprendieron la marcha. Cuando ya el ruido

llegaba hasta ellos como un rumoreo lejano apagado por la distancia, Emperi le dijo a Esparraguito :

— Éso es lo que llaman una catarata y es como la vida de los pueblos. Corre el río tranquilo arriba, luego se despeña, se arremolina, aparenta retroceder y después sigue su curso más abajo, turbulento en un principio, ligeramente agitado, apacible después, hasta que se pierde de vista y desaparece en el mar infinito.

Esparraguito entendió que se trataba de un río que desembocaba en el mar y entendió bien, pero estaba demasiado chiquito para comprender el sentido metafórico de las palabras de Emperi. Poseída del deseo de enseñarle a Esparraguito, solía decirle cosas que no eran para niños sino para gente más grande.

Al caer la noche, alojaron en una llanura en que gente mala había arrancado o quemado los árboles. Esparraguito se metió en el hueco de un tronco de Araucaria todo chamuscado, con sus ramas despojadas de toda vegetación, cenicientas, quebradas unas, erguidas todavía otras, pero todas muertas. El interior del tronco era duro y Esparraguito se hizo un colchón de musgo y hojas secas, bostezó y se quedó profundamente dormido. Emperi, como siempre, velaba su sueño y Escupito se echó, como si fuese perro regalón, a la entrada del tronco.

Muy temprano despertó Esparraguito sintiendo que una infinidad de bichos, un poco más grandes que una pulga, corrían en todas direcciones, en formación cerrada como si fuesen regimientos de uniforme y coraza roja. Algunos se le subían por un lado de las piernecitas y bajaban continuando su viaje, sin perder la línea. Esparraguito llamó a gritos a Emperi que viniese a ver aquello.

— ¡Son hormigas! le dijo Emperi. Pónte los vidrios de aumento que te regaló Copucha y míralas de cerca. Es el insecto más valiente, más noble, más abnegado que Dios ha creado y es tan admirable que siendo millones y millones las hormigas que



entre las hormigas no solo pone huevitos la reina,
sinó también otras que llaman hormigas ponederas

hay en el mundo, son casi tantos como ellas los libros que se han escrito sobre sus costumbres.

Esparraguito se puso sus vidrios de aumento y empezó a seguir los movimientos de las hormigas. Veía a éstas grandes, enormes, gracias a la previsión de Copucha. ¡Cuántas maravillas se le habrían escapado si hubiese carecido de sus vidrios de aumento! Después de mirar un rato largo, Esparraguito le dijo a Emperi :

— No parecen ser todas iguales.

— No lo son, Esparraguito. Como en el caso de las abejas, hay unas que son reinas y viven hasta doce años y otras que son obreras y solo viven cuatro, pero a diferencia de las abejas, *entre las hormigas no solo pone huevitos la reina, sino también otras que llaman hormigas ponedoras* y ayudan a la reina a aumentar la población cuando el hormiguero necesita más gente, o porque hay grandes obras en construcción que necesitan muchas, muchas hormigas obreras, o porque hay guerra con alguna de las otras seis mil especies de hormigas que habitan el mundo.

— ¡Mira! ¡Mira, Emperi, esas hormigas que van volando! Tienen un corsé de ésos pasados de moda.

Esparraguito se refería a un corsé que le molestaba mucho a doña Primorosa porque le apretaba horrorosamente la cintura y la hacía verse como esos relojes de arena con dos globos, uno arriba y otro abajo y casi cortados en el medio.

— Ése es un matrimonio de hormigas, Esparraguito. Es lo que llaman el vuelo nupcial. Fíjate qué hormiguero de hormigas y cómo salen de todos lados a tomar parte en la celebración.

Una verdadera nubada de hormigas había emprendido el vuelo. Había muchas parejas de novios, hormigones fornidos y hormiguitas delicadas y tiernas, que se iban lejos del hormiguero, como las personas, a fundar una nueva familia. Esparraguito las siguió con sus vidrios de aumento por largo rato y luego se puso a mirar a las otras hormigas que se habían quedado en el suelo. Vió que

unas se subían por el tronco del árbol hasta una especie de nido que con gran trabajo se habían construído ellas mismas con hojas, pajitas y tierra en una de las ramas de la Araucaria, que otras se iban a esconder debajo de una piedra que no las aplastaba solo porque eran tan pequeñitas, y, por fin, que había millares que se dirigían en formación de a una en fondo, guardando rigurosamente la distancia, a unos como cerritos que Esparraguito veía inmensos con sus vidrios de aumento. Y todas, todas andaban juntas y por millares. Emperi le explicó a Esparraguito que las hormigas pertenecían a lo que llaman « insectos sociales », ésto es, que no andan solitarios buscando su alimento, sino que se juntan, como la gente, a vivir en ciudades y son más hermanables y humanos que la gente, porque siempre, siempre, se ayudan unos a otros, trabajan los unos para los otros, se entregan recíprocamente el fruto de su trabajo, se regalan el alimento que recogen, para lo cual tienen, además de un estómago para su propio uso personal, otro que es una especie de bolsillito en que van guardando alimento para las otras. Y porque es con ese noble fin que lo depositan allí, Dios les ha dado la virtud de poder conservarlo en ese sitio sin que se descomponga hasta que la hormiguita se acuesta de espaldas y empieza a entregarle por su boquita a las demás todo lo que puedan necesitar.

Esparraguito, a medida que Emperi le explicaba, corría de un hormiguero a otro observando todas estas maravillas con sus vidrios de aumento. Nunca se había imaginado que en insectos tan diminutos cupiesen tan grandes virtudes.

— ¡Mira! ¡Mira! Emperi, repetía a cada instante Esparraguito, descubriendo algo nuevo.

Le había llamado la atención, desde luego, la boca de las hormigas, que se le había antojado muy parecida a la de unos animales que Copucha le había enseñado en unos grabados y que llamaban cocodrilos.

— Sí, le dijo Emperi, pero son de cocodrilos microscópicos y desmuelados. Para su tamaño tienen una fuerza tremenda en las mandíbulas, que les sirven de sierra para cortar hojas, leña y hasta roca y abrirse camino y construir sus casas. *Y cuando se enojan*, Esparraguito, *y salen a pelear, con esas mismas mandíbulas le cortan la cabeza a las hormigas enemigas.*



Y cuando se enojan y salen a pelear, con sus mismas mandíbulas le cortan la cabeza a las hormigas enemigas.

— ¿Y esas panzonas que van allí? preguntó Esparraguito, señalando unas que tenían como una joroba en el lomo, en forma de damajuana.

— Esas, Esparraguito, son almacenes ambulantes. Son hormigas encargadas de guardar las provisiones y repartirlas a domicilio. Cuando ha terminado su tarea, pasa que las otras hormigas quedan panzonas y ella flaca, chata y descuajeringada.

— ¡Como le pasó a Tontolicio Manirrota! exclamó Esparraguito, recordando que Copucha le había contado que en un pueblo vecino había un individuo de ese nombre, muy, muy tonto y muy, muy rico, que se había quedado sin nada pidiendo limosna, mientras los otros, aprovechando su tontera, se habían llenado de plata.

— No exactamente, contestó Emperi. A los hombres los mueve la avaricia y la maldad. A las hormigas no. La hormiga panzuda está entregando lo que tiene, porque así es ella. Lo junta para entregarlo. A Tontolicio se lo quitaron sin que él hiciera el menor amago de querer darlo. Entre la gente, hay hormigas

panzudas, pero son escasas. Cuando las hay, les hacen monumentos y los llaman filántropos.

Esparraguito, al poco rato, vió que de los millones de hormigas que habían volado no volvían al hormiguero sino dos o tres y se preguntaba qué les habría pasado a las demás. ¿Algún hombre malo como ésos que habían quemado el bosque las habría perseguido y muerto? Lleno de angustia, le preguntó a Emperi.

— No te aflijas, Esparraguito. Nada especial les ha ocurrido. Siguen la ley de la naturaleza trazada para ellas por la mano de Dios y éste ha querido que de las fiestas de bodas sobrevivan muy pocas, porque de otro modo el mundo se llenaría de hormigas y no habría lugar ni para las plantas, ni para los frutos, ni para las flores, ni para los demás animales, ni, por consiguiente, para los hombres. Esas dos o tres van a ser madres de millones de hormigas y se van a dedicar a su misión con tal empeño que ya verás.

Efectivamente, las dos o tres que habían vuelto se despojaron de sus alas como quién se desnuda y se enterraron en el hormiguero a entregarse de lleno al cuidado de millares de hormiguitas chiquititas. Esparraguito las vió desaparecer y se puso a esperar que salieran de las entrañas de la tierra.

— Es inútil que esperes, Esparraguito, dijo Emperi, porque se van a quedar allí más de seis meses y es ya tiempo que vuelvas a tu casita de los mil cubos de colores.

Esparraguito estaba fascinado. Hubiera querido quedarse el resto de su vida mirando con sus vidrios de aumento aquella organización maravillosa de las hormigas en la cual veía reproducida la vida de los hombres que Copucha le había descrito. ¿Qué sería todo éso? La misma mano de la Providencia que regulaba el curso de las estrellas, del sol y de la luna, la formación de las nubes, el alza y baja de la marea, tenía que ser la que les había dado a las hormigas el instinto que las impulsaba a organizarse

para crecer y multiplicarse en medio de la mayor suma posible de comodidades para ellas mismas, sin destruir la armonía infinita del universo creado por Ella y sin quitarle a los demás seres los medios y el espacio de crecer y multiplicarse también.

— ¿Son muy viejas las hormigas? le preguntó Esparraguito a Emperi.

Y Emperi, siempre pronta a contestarle, le dijo :

— Hormigueros hay, Esparraguito, que cuentan más de cincuenta años y éso es muy poco, pero las hormigas mismas existen y han existido por los siglos de los siglos. Representan tal vez la civilización más antigua del mundo, si por tal se ha de entender la organización y disciplina de todos los seres de una especie para el bien y el progreso común.



Esparraguito no se cansaba de examinar los hormigueros

— ¿De manera, Emperi, dijo Esparraguito, que para que el mundo avance, todos tienen que ayudarse unos a otros?

— Exactamente, Esparraguito, contestó Emperi con un tono que le recordó a aquel la voz de Copucha en el santuario de su casa. Las hormigas, hasta con peligro de su vida, salen a buscar y traen lo que las demás hormigas necesitan.

Esparraguito no se cansaba de examinar los hormigueros, algunos de profundidades de más de un metro cincuenta, otros de una superficie de más de 200 metros y a cada instante exclamaba :

— ¡Y tan chiquititas que se ven!

— Es que son más industriosas e inteligentes que los hombres, le decía Emperi. Éstos desde hace miles de años le muestran al mundo como una maravilla las Pirámides de Egipto y se olvidan

que hay hormigueros que, comparados con el tamaño de la hormiga, representan pirámides ochenta y cuatro veces más grandes!

Y tomando un aire sibilino que desconcertó a Esparraguito, agregó :

— Los aventajan también en el arte de la guerra.

— ¿Acaso pelean las hormigas? preguntó Esparraguito, espantado ante la posibilidad de ver a seres tan, tan pequeñitos peleando como la gente grande.

— ¡Vaya si pelean! dijo Emperi. Hay entre las hormigas guerras terribles en que mueren por millares. Cada una lleva en sus mandíbulas toda clase de armas : unas, tenazas; otras, tijeras; otras, lanzas y, por fin, las hay que llevan un saco de veneno para exterminar al enemigo. ¡Y los hombres que creen que han inventado algo con los gases asfixiantes!

— No te entiendo, Emperi, dijo Esparraguito.

— No me extraña, Esparraguito. Estoy adelantándome a mi tiempo en mil novecientos treinta años. Pero a las hormigas les pasa como les pasará a los hombres : por envenenar a sus enemigos se envenenan ellas mismas y mueren por millares en tan mezquina y miserable empresa.

— Ya sé, dijo Esparraguito. Una vez que por embromar a Pellejo le tiré un puñado de tierra me cayó todo en la cara y estuve con los ojos colorados por varios días.

— Exactamente, dijo Emperi, con ese mismo tono de voz de Copucha en el santuario.

Y luego, con aire de familiaridad, agregó :

— Esparraguito, sería bueno que fuéramos caminando y que volvieras a tu casita de los mil cubos de colores. No podemos quedarnos con las hormigas para siempre. Sácate esos vidrios de aumento.

Esparraguito se los sacó, se puso de pié y como quién sacude un sueño, dijo :



Quedó Capucha encantado de ver lo adelantado de Esparraguito y le estrechó la pata derecha á Anfesi con mucho entusiasmo

— Vamos, Emperi. ¡Después de todo son puros insectos!

Los veía chiquititos, miserables, escondiéndose en los vericuetos de la tierra. Emperi suspiró, y como hablando consigo misma dijo:

— ¡Así es la vida! Grandes nos parecen en un momento las cosas que poco después se nos antojan miserables.

Se pusieron en marcha. Escupito solo se quejaba de habérsele alojado en la cola una colonia de hormigas que procuraba sacudirse. Y para ayudar, se puso a correr a galope tendido con Esparraguito a cuestas.

Y galoparon toda la noche y la mejor parte de la mañana siguiente.

Eran como las tres de la tarde cuando llegaron a casa de Copucha. Esparraguito se bajó del huanaco y golpeó a la puerta. Salió Copucha a abrirle plácido y cariñoso como siempre. Hacía tiempo que había llegado, después de una navegación muy feliz. La muerte de Traga-Aldabas había ahuyentado a todas las demás ballenas y « Chorrito » (asi se llamaba la ballenita hija y huérfana de Traga-Aldabas) comenzaba a crecer y comía sola cardúmenes de sardinas, pero se guardaba muy bien de meterse en aventuras.

Quedó Copucha encantado de ver los adelantos de Esparraguito y le estrechó la pata derecha a Emperi con mucho entusiasmo, moderándose solo cuando ésta le dijo entre sonrisas que casi se la había zafado. Escupito esperaba también alguna muestra de gratitud por su trabajo. Después de todo, era él quien había corrido de un lado para otro con Esparraguito a cuestas. Copucha comprendió y trajo un macetero.

— ¡Escupe aquí, Escupito! — le dijo. Estoy seguro que van a salir mezcladas una planta de violetas, la flor de la humildad y un manojo de no-me-olvides.

Escupito brincó de entusiasmo e hizo lo que Copucha le pedía, no sin pensar que también podía salir, contra su voluntad, una mata de hojas de boldo.

— Y ahora, dijo Copucha, cada cual para su casa. Esparraguito, ya es tiempo que vuelvas donde Astroberto y Primorosa. Escupito ¡lárgate a la cordillera! Y tú, Emperi, acompaña a Esparraguito hasta dejarlo en su casa con sus padres y véte donde quieras a tomar vacaciones hasta que yo te necesite de nuevo.

Poco después, todos se pusieron en camino.

CASCABEL No. 13

LA GOTA DE ROCÍO

ANSADO con la larga caminata y el calor, llegó Esparraguito a la reja del jardín de la casa. Los últimos rayos del sol le daban a los cubos de todos colores matices extraños y ricos y a Esparraguito, feliz de encontrarse de vuelta vivo, sano e instruído después de tantas y tan variadas aventuras, le pareció que los cubos rojos eran rubíes sangre de pichón, y los cubos azules zafiros, y los amarillos topacios, y los verdes esmeraldas, y los blancos perlas, y los negros azabache.

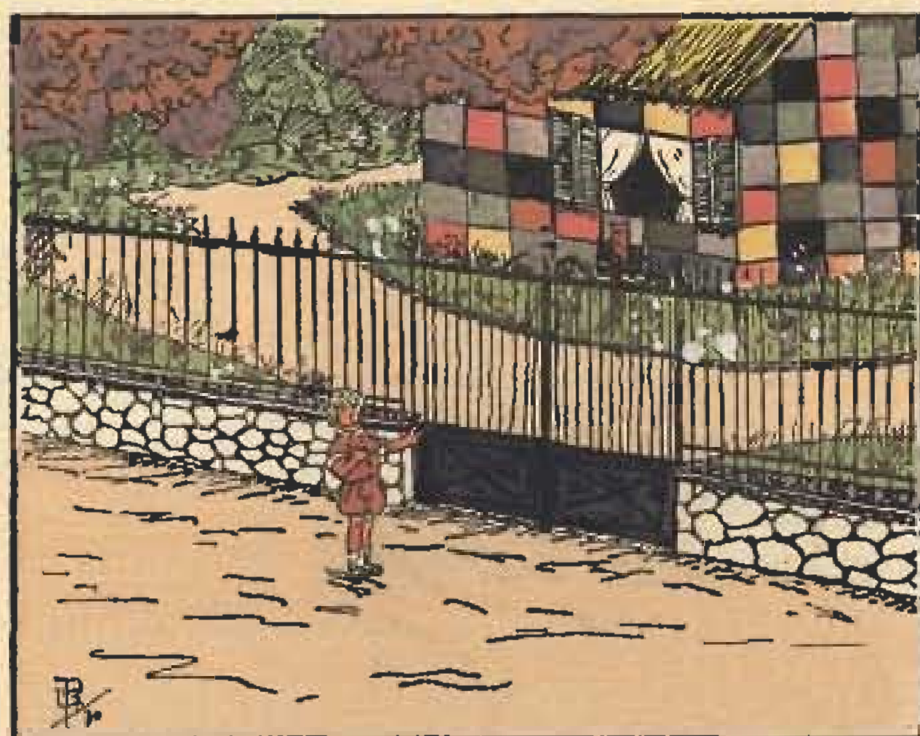
— *¡Qué linda se vé mi casita, Emperi! dijo Esparraguito con una vocecita dulce velada por lágrimas de gusto.*

Y Emperi, irguiéndose sobre las patas, con los ojos brillantes de sabiduría, mirando lejos, muy lejos, hacia mundos que Esparraguito no veía pero presentía por lo que le pulsaba el corazoncito, le dijo así :

— Esparraguito, estás mirando tu casita con los ojos del alma que Dios te ha dado, y porque en ella están tus padres y viniste al mundo, la vés hecha de rubíes, zafiros, topacios, esmeraldas, perlas y azabache, y porque la habías perdido y creías que nunca más la volverías a ver, te parece más preciosa todavía. ¡Esos rayos de sol que rompen sobre ella es la mirada ardiente de Dios que todo lo vé!

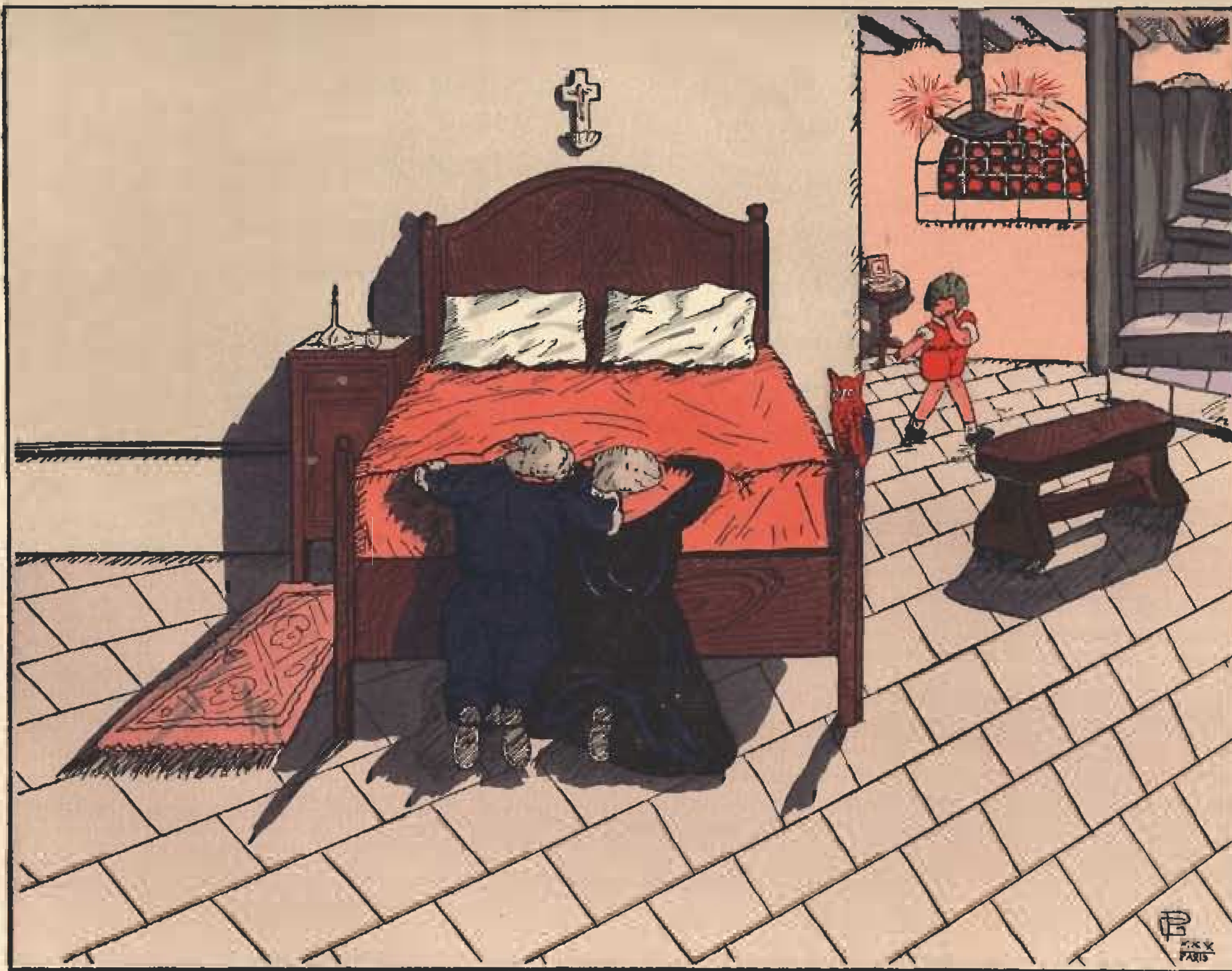
Esparraguito tembló ligeramente y se llenó de felicidad. A pesar de ser casi legumbre, tenía alma, la sentía palpitar y ahora venía a ver que no podía ser de otra manera porque nada nacía ni vivía ni moría sin la voluntad de Dios, fueran niños, animales, peces o flores.

¡Qué feliz se sentía de estar de vuelta! ¡Qué escapadas las suyas, de las garras de aquel cóndor, del vientre de aquella ballena, de las soledades y hambres del desierto, de los senderos enmarañados del bosque, del cansancio del largo, larguísimo camino para llegar a su querida casita!



—Qué linda se ve mi casita, Emperi! —dijo
Esparraguito con una vocecita dulce
velada por lágrimas de gusto

Don Astroberto y doña Primorosa, cansados de esperar por años y años que volviese Esparraguito, aquel niño que habían esperado durante 333 años, su tesoro, seguían hincados pero dormían, extenuados de tanto llorar su ausencia. A don Astroberto, de pena, se le había achicado la nariz, y a doña Primorosa se le habían secado las vegetaciones raras del rostro. Arrugas muy hondas les surcaban el semblante. Ellos que en 333 años de matrimonio jamás se habían envejecido, estaban ahora encorvados. El pelo se les había puesto blanco como la nieve de las montañas que Esparraguito había visto tan de cerca en su vuelo fantástico en las garras del cóndor. *Esparraguito se acercó en puntillas y vió a los dos viejos abrazados y roncando con sollozos*. Emperi miraba y no podía enternecerse, porque era ave de rapiña y ésas no fueron hechas por Dios para la ternura.



Ukarraguitó se acercó en puntillas y vió á las dos viejas abrazadas y roncando con holgura

Esparraguito vaciló. ¿Los despertaría para abrazarlos o los dejaría descansar hasta la mañana siguiente después de tantos y tantos años de vigilia y de llanto?

— ¿Qué te parece, Emperi? — dijo Esparraguito en voz baja, tan baja que parecía el vuelo de una mariposa. ¿Los despierto o espero hasta mañana?

Emperi, tomando de nuevo ese aire superior del que lo sabe todo, le dijo :

— Para saber esperar es que Dios le dió inteligencia al hombre, y el que se priva de un gusto, para el bien ajeno, le inspira a Dios una sonrisa de orgullo y de bendición, porque le refleja su propia obra cuando quiso crearte a su imágen y semejanza en espíritu.

Esparraguito entendió a medias las cosas misteriosas que decía Emperi, pero vió claro que si él no despertaba a sus padres era por su bien, aunque le costara mucho aguardar hasta la mañana siguiente para darles un beso después de tantos, tantos años. Se acercó al velador de doña Primorosa en que había una imágen de la Vírgen y un retrato de don Astroberto, los tomó en sus manitos y los besó. Se acercó enseguida al velador de don Astroberto, en que había un crucifijo y un retrato de doña Primorosa, y también los besó con gran fervor y cariño. Sobre el velador de doña Primorosa dejó las cien perlas que traía en los bolsillos y un ramito de « no me olvides » que cogió en el jardín antes de entrar. Y en puntillas, como había entrado, salió de la casita cuando ya el sol se ponía y empezaba a oscurecer. Emperi se preparó a pasar la noche parada en la rama de un árbol que parecía un encaje verde tejido por mano de ángeles : tan finas eran sus hojas.

Esparraguito se fué a dar una vuelta por el jardín que tanto quería. Estaba lleno de flores, especialmente rosas, y en sus pétalos vió que brillaban unas gotas de rocío tan cristalinas que parecían brillantes como los que llevaba el vestido de gala de su amiguita Serena.

¡Qué lindo es el rocío! pensó Esparraguito. Y qué bueno debía ser para que los pétalos de las rosas, tan delicados y tiernos, parecieran felices cuando los besaba. ¿Qué cosa sería el rocío? ¿Quién lo habría traído? ¿Cómo caía con tanta suavidad que la rosa no solo no se deshojaba sino que ni siquiera se estremecía?

Y de pronto, se le llenaron los ojos de lágrimas a Esparraguito. ¿Serían todas esas gotas llanto de su madre durante su ausencia? ¿Habría ido a llorar sobre las azucenas, los claveles y las rosas, recordándolo a él, desaparecido, después de haberlo esperado 333 años? Y olió las rosas. « ¡Claro! — se dijo — ese perfume tiene que ser de cariño. ¡Es tan delicioso! » Y se fué corriendo al árbol en que Emperi miraba y miraba en la noche con la misma penetración que en el día. ¡No en balde tenía ojos de lechuza!

— ¡Emperi! ¡Emperi! ¿Qué cosa es el rocío? ¿Es llanto, Emperi? Díme, díme, — gritaba Esparraguito medio sollozando.

— No te aflijas, Esparraguito. El rocío es llanto, pero llanto de alegría y de amor que Dios derrama sobre las flores cada noche para que al día siguiente amanezcan más lozanas. Y, ¡Esparraguito! el rocío es lo que llaman símbolo. Representa la virtud de darse entero para hacer la alegría y la vida de los demás. Cada noche el rocío llega del cielo a darle alegría y vida a las flores y cada mañana, cuando el sol ardiente quiere quemarlas y consumirlas, el rocío empieza a entregar, uno a uno, los átomos de su vida y con éso las protege hasta que desaparece en los espacios. Y a la noche siguiente otras gotas vienen a lo mismo, y así desde toda una eternidad y por los siglos de los siglos.

Esparraguito secó sus lagrimas y sonrió con cierta tristeza. Lo que acababa de decir Emperi le recordaba a lo vivo su amiguita Serena y su desaparición en el bosque. ¿Volvería como las gotas de rocío aquella noche en que todo lo que quería, menos ella, había vuelto? Estaba muy, muy cansado, y se recostó al pié del árbol sobre un musgo tierno que a su sombra había conservado



Y le pareció á Esparraguito que las estrellas
brillaban con mucha fuerza en ese momento

toda su lozanía. A través de las ramas veía el cielo cuajado de estrellas. De pronto le vino una idea.

— ¡Emperi! ¡Emperi! exclamó. Díme, díme. Las estrellas, ¿son gotas de rocío que Dios ha dejado en el cielo por haber hecho tanto, tanto bien a las flores? ¿Será por éso que Serena no ha vuelto?

Y Emperi, tomando de nuevo ese aire de misterio y de grandeza y en voz que parecía arrullar a Esparraguito para que se quedase dormido, le dijo :

— Duérmete, duérmete, Esparraguito. La voz de los ángeles está hablando por tu boca como habla siempre por boca de todos los niños. Y los ángeles velarán tu sueño y te dirán que las estrellas son el rocío con que Dios salpicó el cielo para que nosotros acá, en la tierra, las miremos como el símbolo de lo que debemos ser los unos para los otros.

Y le pareció a Esparraguito que las estrellas brillaban con mucha fuerza en ese momento, y que Dios era muy bueno, la tierra muy linda, Emperi muy sabia y la casita suya el reflejo y el alma de todo éso. Y se quedó dormido con una sonrisa angelical.

En una de las hojas del árbol a cuya sombra se había recostado se formó, como sobre las demás, una gota de rocío, grande, cristalina, bellísima, y en un ligero movimiento de la brisa, cayó de arriba sobre la frente de Esparraguito dormido. Éste soñaba en esos momentos que Serena había vuelto y le había dado un beso.

CASCABEL No. 14

MIL NOVECIENTOS TREINTA AÑOS DESPUÉS



N una tarde bañada de sol, como las que solo se ven en Viña del Mar, ese rincón privilegiado de la costa de Chile y del Pacífico, y en un sitio llamado desde tiempos remotos « Los Canelos », un niño a quien llaman Cuchito y una niña a quien llaman Sonia, sentados en las rodillas de su abuelo, acaban de oirle estos cuentos. Rubio él, morena ella, ambos llevan en sus semblantes angelicales esa sonrisa de dulzura y cariño que Dios le ha dado a los niños para compensarle a los viejos la pena de ir acercándose a la hora de la partida. Quieren que el abuelo les cuente más y el abuelo promete contarles más otro día. Quieren también que el abuelo les diga qué cosa representan don Astroberto, doña Primorosa, Esparraguito, Copucha, Serena, Emperi, dona Mielosa, Pellejo, Escupito y Traga-Aldabas, y si ellos podrían verlos ahí en Viña del Mar o en alguna otra parte que no fuese este libro.

— Están muy chiquititos todavía, — les dice el abuelo dándoles un beso, — pero más tarde los encontrarán a todos en lo que los viejos llamamos el libro de la vida. Verán un día, mis amores, que la casita de uno, donde están los viejos que nos han dado la vida, contiene joyas más preciosas que las que vemos en los escaparates de los más ricos joyeros; que don Astroberto y doña Primorosa

son la imágen de un matrimonio modelo y feliz y que la felicidad no escoge tanto las regiones en que brilla la inteligencia sino los sitios en que mandan los sentimientos de amor, fidelidad y hábitos conformes con la condición y los medios de cada cual y con el rol que le corresponde desempeñar en la vida; que Esparraguito es la encarnación de una verdad conocida y apreciada, cual es, que los niños que nacen tienen mucho de plantas y hay que cultivarlos como a ellas para que crezcan lozanos y derechos, y de otra verdad menos conocida y menos apreciada : los seres humanos tienen mucho, muchísimo de la tierra y del clima en que nacen y hay razón para creer que es como si allí hubieran brotado. Esparraguito es casi legumbre porque los niños son el alimento del alma de los viejos, y su argollita representa la protección maravillosa que Dios les da a los niños para que lleguen a grandes. Copucha, el padrino religioso y sabio, encarna la escuela y la iglesia, que siempre deben andar juntas, y representa una verdad que pocos reconocen : infinitas veces se encuentra, como en Copucha, bajo la envoltura más material y grosera, la elevación del pensamiento hacia Dios y el culto de la ciencia y de las letras. Serena es el ideal que en la vida a veces tocamos por un instante y se evapora, y Serena es toda bondad y dulzura porque sin esas virtudes no hay ideales posibles. Doña Mielosa es la encarnación de la maldad y de la mentira que pasa por el mundo hiriendo como las espinas de que estaba hecha su casa y nos pierde, como ella se perdió en el desierto. Pellejo, el servidor viejo y fiel que nunca falta en toda casa buena. Emperi, con sus plumas de mil colores, encarna dos cosas : la sabiduría distribuída en los tomos de variados colores de una biblioteca, y la desgracia que aguarda a los que se casan fuera de su raza y de su clase social. Escupito y Traga-Aldabas, el primero animal de las montañas y la segunda animal de los mares, simbolizan la cordillera que corre a lo largo del espinazo de nuestro Chile y el mar que baña sus costas.

Y como los chicos estuviesen quedándose dormidos sin entender lo que el abuelo les decía, comenzó éste a señalarles las montañas y a decirles que allí se encontraba Escupito, y ambos repetían « Escupito », mostrando el cerro más cercano con un dedito. Tomándolos de la mano, subió con ellos por caminos cortados en laderas cubiertas en parte de quiscos y tunales.

— Ésa es doña Mielosa, dijo el abuelo.

— Mielosa, repitieron los chicos tapándose sus caritas con las manos.

Subieron a lo alto del cerro. El mar se veía con maravillosa claridad abajo, muy abajo.

— Por ahí anda Traga-Aldabas, dijo el abuelo.

— ¿Y así es como le gustaba mirar el mar a Escupito? preguntó el mayor.

— Así le gustaba, contestó el abuelo, creyendo que por mirar de aquí lo veía de arriba abajo. ¡Pobre Escupito! Estaba muy equivocado. El mar, aunque esté abajo, domina como quiere a la montaña que se siente arriba. Es, además, su madre, porque las montañas salieron un día de su seno y llevan el sello de familia. Así lo dice la arena que vamos pisando, que es la misma del fondo del mar.

Bajaron de lo alto del cerro cuando ya el sol se estaba poniendo en medio de una orgía de colores. Las montañas se tiñeron de tintes rosados. Era para los chicos hora de acostarse y emprendieron camino de regreso a Viña del Mar mismo, donde vivían en una casa rodeada de jardines con grandes árboles que daban mucha sombra. *Sobre las dos pilastras blancas de la reja de entrada brillaba una plancha de marmol, y en ella,* si los niños hubiesen sabido ya leer, habrían visto que *decía « Villa Serena »*. El abuelo se los dijo, y el mayor preguntó si se le había dado ese nombre por la amiguita de Esparraguito.

— No exactamente, contestó el abuelo, pero algo hay de éso.

A Serena le dí ese nombre porque, como ya les he dicho, representa el ideal y en esta casa en que he vivido tantos, tantos años con su abuelita y con su padre, es donde he estado yo mismo más cerca de alcanzarlo.

Los chicos se bajaron y entraron a la casa. A poco se durmieron con las ventanas abiertas, y entraba por ellas el perfume de los jazmines que embalsama el aire en ese rincón privilegiado, y se veía a través de las ramas de los árboles un cielo cuajado de estrellas como no se vé en los cielos de Europa. El abuelo se sentó en el pórtico en un sillón de canasto.



Sobre las dos pilastras blancas de la reja de entrada brillaba una plancha de mármol y en ella decía "Villa Serena"

Hasta allí llegaban los acordes de un piano y levantándose se acercó y se asomó a una de las ventanas abiertas. En el salón de un color verde intenso, una mujer alta, rubia y bella tocaba un aire que le traía, como ocurre con la música, los más tiernos recuerdos de una vida entera. Otra, también alta, delgada, de ojos hermosos, jóven y morena, sentada a su lado sonreía mostrando una hilera de dientes blanquísimos.

Un jóven alto, fornido, parecido al abuelo, leía « El Mercurio » en un sillón.

— Olga y Chavela son los eslabones de oro de la cadena, — murmuró tirándoles un beso a ambas con la mano. Y volvió a sentarse.

Luego, cerrando los ojos, agregó :

— Todo en este mundo lleva el sello de la grandeza de Dios;

pero si hubiera de pensar en qué aparece con más resplandor, diría que en el semblante de ángeles que le dió a los niños.

Hizo una pausa y luego agregò :

— Y además en el culto por la conservación de la especie creada por Él, que enciende en nosotros tan infinita ternura por nuestros hijos y nuestros nietos.

París, Julio 7 de 1930.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN ARGENTEUIL (S.-&-O.) EN LAS PRENSAS DEL MAESTRO-IMPRESOR R. COULOUMA, H. BARTHÉLEMY, DIRECTOR, EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1930. EJECUTÓ LOS GRABADOS EN PARIS, LE COLORIS MODERNE, M. LECOURT, DIRECTOR.























